Lady Seren



una novela de
Serendipia Stark

POR EL AMOR DEL CONDE DE MEROY

POR EL AMOR DEL CONDE DE MEROY

SERIE «Las ladies» VI

La serie «Las ladies» está compuesta por **6 novelas autoconclusivas,** ambientadas en la Inglaterra de la **Regencia.**
Si adoraste los Bridgerton, si disfrutas el romance histórico y el mundo de Jane Austen, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.
Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en
INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora
FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2024
Código ASIN: B0D5H22YKQ
Todos los derechos reservados©
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

Empieza a leer…

LONDRES,
1815

1

Un olvido imperdonable

—Que hiciste ¿qué?

—Que osaste ir sin carabina a casa de ¿quién?

—Que te dejaste olvidado… ¿el qué?

—Los calzones —repetí muerta de vergüenza—. Me olvidé de los calzones. Bordados con mis iniciales y el escudo de la familia Pembroke.

El gallinero que generaron las exclamaciones de mis amigas retumbó dentro de mi cabeza como un eco mortífero. Un frío intenso me bajó por la espalda.

La gelidez del desastre.

—Esto que estoy oyendo es… sencillamente increíble —comentó lady Grace cubriéndose la boca con una mano.

¿Acaso estaba tratando de no reírse?

—Necesito una tila —jadeó lady Clara con los ojos en blanco—. Necesito algo que me calme los nervios lo antes posible.

Hice una seña y apunté sin fuerzas a la campanilla de llamada. Victoria Wellfly fue la primera que saltó de su asiento y tiró con fuerza de la banda. Dos pisos por debajo, en la zona de servicio, la campanilla vinculada a mi gabinete privado en Pembroke Hall se habría agitado enloquecida atrayendo la atención de las doncellas. Una de ellas, probablemente Lissi, que era la que me atendía con carácter personal, acudiría rauda a satisfacer nuestras necesidades.

La mía, en aquel momento, era que la gruesa tarima de madera del suelo me tragara y nadie volviese nunca a saber de mí.

Una vez estuvo encargado el servicio de tilas y valerianas, nuestra extraña conversación siguió adelante. A trompicones.

—Sarah. ¿Prometes que no nos estás mintiendo? —quiso saber Victoria al recuperar su asiento.

Levanté el rostro descompuesto, la piel pálida como el nácar y los ojos anegados en lágrimas.

—¿Tengo aspecto de estar gastándoos una broma? Ojalá no fuera cierto.

—Pero con lord Burgundy… Ese hombre ostenta una de las peores reputaciones de todo Londres. ¿Cómo has podido relacionarte con él?

—Y menos hasta ese punto —remachó su hermana Grace—. Ni siquiera deberías haberte acercado. Dicen que es un auténtico depredador de vírgenes, un peligro andante.

—Teniendo en cuenta que todas estamos casadas menos tú, eres la única virgen de nuestro grupo. Sarah, ¡por amor del cielo! —se escandalizó de nuevo la alegre Clara que, de ordinario, nunca veía demasiadas aristas en nada.

—Yo quería… solo pretendía… —estallé de nuevo en llanto—. ¡Ya os he dicho lo que buscaba!

—Y te entendemos, querida. —Lady Grace Wellfly cambió de posición para colocarse a mi lado y rodearme los hombros con el brazo—. No creas que no te entendemos. Pero has sido sumamente insensata, ¿a quién se le ocurre?

—Hiciste la peor elección posible, Sarah —expuso Victoria dándome unas palmaditas de consuelo en la mano—. Lord Burgundy es capaz de quebrar la reputación de una joven casadera con solo pasarle por el lado y rozarle una manga. ¿Con otro caballero menos crápula? Bueno, tal vez.

Su hermana Grace le dirigió una dura mirada de amonestación.

—Eso equivaldría a admitir que fue una buena idea. Y no lo fue, en absoluto. Ni con ese hombre detestable, ni con ningún otro.

Arreció mi llanto. Entraron las doncellas cargadas con las bandejas y me permití no parar pese a sus miradas de desconcierto. Grace me alargó un enorme pañuelo de seda blanca y con un segundo inició ella misma la tarea de secarme las mejillas empapadas.

Las doncellas, una de ellas Lissi, se me quedaron mirando estupefactas.

—¿Se encuentra bien milady?

—¿Necesita que avisemos al médico?

—Milady está perfectamente —resolvió Clara con su sonrisa toda hoyuelos, con la que desarmaba al más pintado—. Solo se está desahogando un poquito.

—Sean discretas —agregó Grace antes de que salieran por la puerta.

Volvimos a quedarnos en la intimidad y yo a berrear como una vaca en mitad de un alumbramiento. Lady Clara sirvió una taza colmada de infusión para los nervios y me la ofreció con un suave siseo, un ruidito como el que se le hace a los bebés para calmarlos.

Sorbí un trago. Tragué valeriana y lágrimas. La opresión que sentía en el pecho, en la zona donde debía encontrarse el corazón, no me permitía respirar con normalidad. Adivinando que mis manos estaban demasiado flojas y torpes como para sujetar convenientemente la porcelana, lady Victoria se adelantó a una posible catástrofe y me la arrebató para posarla en la mesita.

—¿Qué voy a hacer? ¡Cielo santo! ¿Qué voy a hacer?

Mis tres adorables amigas cruzaron miradas inteligentes. Parecían estar comunicándose sin necesidad de palabras, como habían hecho otras veces también conmigo. Solo que, en aquella ocasión, yo estaba demasiado devastada como para participar.

—Está muy claro. Recuperaremos esos calzones tuyos —sentenció Grace con rictus severo. Al parecer, las ganas de reír se le habían pasado.

—A como dé lugar —zanjó su hermana Victoria.

—¿Para qué existe si no, el club de las ladies? —dejó caer lady Clara.

Todos nuestros ojos volaron y se clavaron en ella. En la duquesa de Montrose, la genio de las ganzúas a la que ninguna cerradura se le resistía, probablemente la más osada de las cuatro.

—¿El club…?

—Por supuesto. Ya sabemos que somos dueñas de ciertos inusuales talentos que nos permiten colarnos sin demasiada dificultad donde nos interesa, y apropiarnos de lo que nos haga falta. Yo lo hice en su día para recuperar el diario de mi querida Amy y luego actuamos juntas, cuando el sentido de la justicia nos aconsejó ayudar a tu esposo, Grace. No podemos dejar de hacerlo ahora.

—El club de las ladies —repitieron las hermanas Wellfly a coro.

—¡Me gusta! —aplaudió Victoria encantada.

—No nos quedaremos de brazos cruzados viendo cómo la reputación de nuestra Sarah se

desmorona —prosiguió Clara con entusiasmo.

—Por un nimio error sin importancia —aporté yo, algo más sosegada.

Me repasaron con las cejas arqueadas, sin misericordia alguna.

—¿Nimio?

—¿Error sin importancia?

—¿Verte con un caballero de ese pelaje a solas y en su casa te parece un paso en falso insignificante?

—Por no mencionar el que le permitieras arrancarte los calzones…

—Y luego salieras corriendo, olvidándotelos allí.

—Lo que yo llamaría un olvido imperdonable, querida. Que estemos decididas a sacarte del atolladero no resta gravedad a tu acto.

Volví a gimotear a gritos. Escuchándolas a ellas todo parecía aún más grave. Más espantoso y horrible, menos honorable, más difícil de solucionar.

—Pero los recuperaremos, tenlo por seguro —me animó Grace con una palmadita en la espalda.

Clara Montrose volvió a acercarme la taza con la infusión y un pastelillo de almendra.

—Ese rufián no tendrá oportunidad de dañar tu honra. Antes de que pueda darse cuenta, ya no estarán en su poder; tus calzones habrán desaparecido sin que jamás sepa cómo.

2

Un compromiso indeseado

Treinta días antes.

—Pero ¡padre!

—La decisión está tomada, Sarah, querida, deja de quejarte y protestar.

Después de decir aquello, mi madre se llevó la tacita de porcelana a los labios y dio un pequeño sorbo al café, cuyo aroma me llegaba hasta la nariz pese al tremebundo disgusto que me tenía tan crispada.

—Pero ¡madre!

—Es hora de que te cases, hija —retomó mi padre, el conde de Pembroke, cargado de lo que él consideraría paciencia ante una hija algo díscola—. No permitiré que una muchacha tan bella y llena de talentos se malgaste convirtiéndose en una solterona de la que todo el mundo habla.

—Chismorrea —corrigió la condesa con ardor.

Apreté furiosa los puños.

—Me prometiste que, llegado el momento, me dejarías elegir.

—Y cumplí con mi palabra. Has tenido mil y una oportunidades de escoger al caballero de tu preferencia, pero te has dedicado a despreciarlos a todos.

—¡Porque no me gustaba ninguno!

—Pues ahora será tu padre quien elija —resumió mi madre con cierto agrado.

La miré resentida. Después me dejé caer en el sofá de terciopelo y hundí los ojos en la alfombra.

—No quiero casarme con lord Meroy. No es un hombre de mi agrado.

—¡Pero si ni siquiera le conoces! Ninguno le conocemos.

—Conozco a uno de sus hermanos. Y es feo. Me basta.

—Un poquito orondo, nada más —suavizó la condesa—. Y quizá ligeramente bizco. Poco pelo…

—¡Tiene los mismos rasgos que los sapos de las charcas cuando te miran babosos antes de escupir! Su hermano debe parecérsele, será igual de… espantoso. Si no más todavía —añadí cayendo de repente en la cuenta de que las cosas siempre podían empeorar, y mi destino ser aún peor de lo que temía.

—Theodore Peter Beale, actual conde de Meroy está llamado a heredar el título de su padre cuando este falte —recitó papá con sorna—. Se convertirá en duque de Cleveland ni más ni menos. Deberías sentirte honrada de que te hayan aceptado como esposa y parte de la familia. Es un honor inmedible.

—Mi hija, duquesa —ronroneó lady Pembroke ahuecando las alas como una gallina

clueca con su fantasía.

—Es lo único que os importa —les reproché.

Mi acusación no surtió el menor efecto. Me miraron extrañados, con un pestañeo teñido de la mayor inocencia.

—Nada de eso, hija mía. Nos preocupa asegurarte el porvenir. Clase, posición y fortuna. Todo eso tendrás. No se puede pedir más.

No es que lo pusiera en duda.

Mis padres, a su manera, me querían. Seguro que deseaban y buscaban lo mejor para mí, su única hija entre cuatro varones. Pero los hijos Pembroke gozaban de una libertad que yo no experimentaría ni en sueños. Era muy probable que ellos decidieran con quién y cuándo casarse. Yo, sin embargo, me sentía maniatada, encarcelada. Y con aquella horripilante elección matrimonial me condenaban a ser desgraciada de por vida.

Queriendo encumbrarme a lo más alto, me cortaban las alas y me rompían el corazón.

—Nuestra familia no pasa apuros, padre, no necesitamos la fortuna de nadie. Y tenemos nuestro propio título —boqueé a media voz.

—Que en nada se parece al de duque —precisó la condesa—. Además, querida, recuerda que tienes cuatro hermanos y solo uno de ellos llegará a ser conde. No estará de más que la familia nade en la abundancia a fin de asegurarles el sustento a todos ellos.

—¿Para que puedan despilfarrar a manos llenas? ¿A costa de mi libertad?

Mi madre dibujó una especie de corazón en el aire con la tacita de café y los ojos en blanco.

—Por todos los santos, Sarah, ¡qué dramática! ¿Qué más da que sea o no atractivo? Cuando las clases altas se casan, lo que menos importa es el amor, querida. Eso es algo que llega con el tiempo.

—O no —me enroqué con el ceño fruncido.

—Tu madre y yo no estábamos enamorados cuando nos prometimos —adujo el conde.

—Ni bastante tiempo después. Pero míranos ahora, no puede decirse que hayamos sido una pareja infeliz.

—Pero madre…

—Existen otras virtudes a tener en cuenta al margen de la apariencia física.

—¿Sí? Dime cuáles.

—Que sea perspicaz, ingenioso, que tenga sentido del humor… A ti te gustan mucho los libros y tengo entendido que él es bastante culto, podríais pasar horas muertas en la biblioteca comentando lecturas de interés.

La condesa observó mis gestos queriendo convencerse de que me había persuadido. No fue así. Mis labios continuaban apretados en una mueca infame y tenía las mismas ganas de gritar de desesperación que hacía un rato.

—Todas las jóvenes se casan. Mira si no tus amigas. Eres la única de las cuatro que todavía sigue soltera. Eso debería darte que pensar.

Mis ojos se desviaron hacia mi padre que se estaba manteniendo en silencio demasiado tiempo, permitiendo que mi madre llevase la voz cantante en aquella lucha sin cuartel.

—Sabéis que George es de naturaleza… —Me paré a escoger bien las palabras con las que definir a mi hermano mayor, heredero de todo— floja y distraída.

Los cuellos de los condes se ladearon a la par. Boquiabiertos ante mi desfachatez.

—No le gusta administrar las fincas, es un caballero de ciudad. Acordamos que cuando se convierta en conde, yo me encargaría de las gestiones que mantienen el patrimonio.

Ahora sí, mis padres abrieron las bocas formando una O enorme.

—Has debido de perder el juicio, querida —se ahogó la condesa.

—¿Una mujer dando órdenes a los aparceros? ¿Tratando con los arrendatarios? ¿Negociando la venta de las cosechas? ¿Dónde se ha visto eso? —se enfureció milord—. Cásate con lord Meroy cuando regrese de su feliz viaje y tengamos todos la fiesta en paz.

Mi futuro prometido, quien seguramente estaría tan encantado con la perspectiva de la boda como yo, volvía en mes y medio de un viaje de placer por el continente. Más me valía aguzar el ingenio, ya que disponía de unos cuarenta y cinco días para quedar por completo presa. Entendía que lord Meroy no merecía que yo echara a rodar mi reputación o dejara de ser una joven respetable. Mis dementes ideas no iban por ese camino, dar a entender que me había entregado a otro hombre para dejar de ser digna del hijo del duque.

No. Tal lacra me mancharía de por vida.

Tenía pensado entregarme de veras. Al contrario de lo que hacían otras, una estratagema donde la única informada y beneficiada fuese yo.

Lo curioso y triste del caso era que, de algún modo, la enérgica Sarah Chester, acostumbrada a someterse como buena hija que era, entendía que no había escapatoria para su aciago destino. Iban a casarme con un futuro duque, feo como el pecado, aburrido e insípido, puede que hasta fofo y deforme. ¿Cómo podía cambiar eso? De ningún modo conocido.

Lo que sí podía era conocer la lujuria de la pasión desenfrenada en brazos de un hombre atractivo y experimentado, antes de entregarme a la vida monacal que me esperaba.

Eso fue lo que inventé. Y entonces me pareció una salida excepcional.

Primero había que seleccionar al instrumento de mi «enseñanza». No podía ser otro que lord Burgundy, el mayor libertino de Londres. Su fama de mujeriego le precedía y decían las malas lenguas que era tan apuesto y diestro en las artes amatorias, que las damas sufrían vahídos e incontenibles ataques de histeria si tenían la fortuna de cruzarse con él.

El segundo paso, y el más comprometido, era contactar con milord y establecer las reglas del encuentro. Si la mitad de lo que contaban sobre el caballero era verídico, no le haría ascos a una jovencita virginal de buena familia, sin intención de exigirle nada, que no haría preguntas.

Un instante de placer, seguramente menos de cinco minutos, y luego nada.

No tenía ni que despedirse. No era necesario. El resto de nuestras vidas fingiríamos no conocernos por más que coincidiéramos en eventos sociales.

¿Podía disponer un plan mejor? Me sentía hasta orgullosa de mi ingenio.

Solo podía confiar en Lissi, mi doncella personal. Preparé una notita en la que solicitaba de lord Burgundy una entrevista tan urgente como clandestina. Y en los días que siguieron me dediqué a pasear insistente arriba y abajo por la calle St. James, acompañada de Lissi, rezando porque en algún momento lord Burgundy saliera o entrara al club White´s y poder entregarle la nota.

Hubiera sido menos evidente hacerme la encontradiza en Hyde Park o Vauxhall, pero milord frecuentaba el club de caballeros con mucha más asiduidad que los parques. Y yo no disponía de un plazo demasiado amplio para mover mis hilos. Si no quería morir célibe, insatisfecha y sin saber nada de la vida, debía resolver aquello y resolverlo ya.

3

Sin cartas ni escritos

—¿Cree que coincidiremos con el caballero en algún momento antes de nuestra muerte, milady? —quiso saber Lissi, que llevaba media hora quejándose de que los zapatos le apretaban.

—Déjate de sarcasmos. Eso espero. —Escudriñé la hermosa puerta tallada—. Aunque tampoco es que esté en condiciones de afirmarlo.

—¿No habría sido mejor en un baile, milady? Mas sencillo…

—En público no pueden verme cerca de un caballero así, Lissi. Las veces que hemos asistido a la misma celebración, la condesa me ha obligado a estar siempre a veinte cabezas de distancia de su persona.

Los mofletes de mi doncella se pusieron del color de las fresas maduras.

—Tan… ¿peligroso es?

—¡Mira, Lissi! ¡Es él, ahí está!

La pobre muchacha no imaginaba de lo que yo sería capaz con tal de entregar la nota a su destinatario. Por eso se quedó sin habla cuando me vio abalanzarme contra lord Burgundy como un ariete vikingo, simulando un choque casual que me tiraba al suelo. Mientras ella ponía todo su empeño en no desmayarse, los fuertes brazos del hombre que me mostraría los secretos del placer carnal más absoluto se estiraron para sujetarme y evitar que mi trasero se estrellara contra el pavimento de polvorientos adoquines.

—¡Señorita! ¡Tenga cuidado!

Me agarré fuerte de sus antebrazos. Incluso con el impedimento del grueso paño de su levita podía notar sus músculos poderosos contrayéndose como si danzaran. Y era guapo. Vaya si lo era.

—Lo… siento —balbuceé con una tímida caída de pestañas.

—Mire por dónde pisa. —Yo ya estaba erguida y a salvo, él podría haberme soltado, pero no lo hizo; una mano seguía alrededor de mi brazo, la otra rodeaba mi cintura, y nuestros cuerpos estremecidos permanecían inadecuadamente cerca—. ¿O es que por casualidad acaba de tropezar con su interés?

Lo interrogué con un arqueo de cejas.

—Con su interés por conocerme —aclaró socarrón.

En lugar de replicar a su arrogante petulancia, le introduje el papelito en el hueco de la mano y acto seguido, me liberé, aterrada ante mi propio coraje.

—Discreción máxima, milord —ordené con un siseo—. Queme mi nota después de leerla. Respóndame únicamente sí o no por medio de un criado, sin cartas ni escritos.

Tras lo cual, giré muy digna sobre mis talones y me alejé de allí a toda prisa dejándolo con dos palmos de narices y seguramente, más estupefacto de lo que lo habría dejado jamás una mujer.

Lord Burgundy se apresuró con la respuesta. Era de suponer que mi estrambótico comportamiento le hubiera resultado lo bastante llamativo como para no dilatar el encuentro. Al día siguiente de nuestro encontronazo, envió a un pilluelo vendedor de barquillos en el parque a abordarme, empecinado en regalarme su mercancía al tiempo que recitaba una dirección y un día con su hora.

El muy… Ni siquiera se había molestado en confirmar que aceptaba. Lord Burgundy y su vanidad a prueba de bombas. Solo esperaba que el enorme riesgo que iba a correr mereciera la pena, que aquel crápula con reputación de indecente me regalase una noche inolvidable capaz de compensar las del resto de mi insulsa vida junto al futuro duque con demasiadas lorzas.

Me esmeré escogiendo mi ropa interior, bañándome en agua perfumada, cepillando mi cabello hasta hacerlo centellear. Una atribulada Lissi, resentida al límite con lo que pensaba hacer, me asistía sin despegar los labios. Algo preocupante, dado lo parlanchina que de habitual era. Una vez hubo terminado, las dos contemplamos satisfechas en el espejo grande el resultado de sus esfuerzos.

—Milady, mire que todavía está a tiempo de no cometer el peor error de su vida.

—Lissi…

—¿Cómo va a explicarle a su esposo que no es… que no es…?

—¿Virgen?

Una vez más, mi doncella se puso como los tomates de huerta.

—Para empezar, no creo que le importe demasiado. Por desgracia, cuando lo descubra ya estaremos casados y será demasiado tarde para ambos. Un poco de teatro aquí, simulación de un dolor por allá…

—¿Y la sangre, milady? ¿Y la sangre? —me interrogó frenética.

Suspiré agobiada. Si el resto del mundo se pasara media vida entre libros, leyendo, investigando y aprendiendo, como yo, sabrían que la desagradable señal no siempre aparece.

—Deja de preocuparte, Lissi. Lo tengo todo controlado —mentí sonriéndole con afecto.

Me colocó la capa encima de los hombros y dejó caer la capucha sobre mi rostro para comprobar que ocultaba mi identidad.

—Es una barbaridad, milady. Esto que está usted a punto de hacer es un auténtico disparate.

—¿Está avisado el coche de alquiler? —la interrumpí impaciente.

—La espera a tres calles de aquí, según lo convenido.

—¿Todos duermen?

—Los señoritos seguramente no, pero al menos, cada cual está en su alcoba.

—Bien. —Disimulé mis temblores—. Llegó el momento.

Di un par de pasos en dirección a la puerta. La voz afligida de Lissi volvió a detenerme.

—Ay, milady…

Estiré la espalda e hice mi postura más arrogante en un intento por asentar y hacer sólida mi decisión que, sí, quizá era un poco desatinada, aunque en mi mente resonara magnífica y como la única salida.

—Me niego. No me condenaré a una vida de tedio y aburrimiento sin haber probado antes las mieles de un buen amante.

Así fue como acabé en el coqueto apartamento que el peor mujeriego de Londres tenía en

un barrio apartado y discreto, zona de pintores, poetas y otros artistas, en los que el trasiego de damas y caballeros que no deseaban ser reconocidos era frecuente. Le indiqué al cochero que me esperase justo en la esquina, donde no llamara demasiado la atención, listo para recogerme cuando saliera. Porque aquello iba a tardar… ¿Cuánto?

¿Cinco?

¿Diez?

¿Quince minutos?

Lo primero que me sorprendió es que no me abriera la puerta un criado, sino el propio lord Burgundy, vestido elegante pero informal, con una copa de vino en la mano, como si aguardara mi puntual llegada. Una sonrisa lobuna que me repasó de pies a cabeza, una mano que me entregó el vino mientras otra cerraba a cal y canto la puerta y despachaba mi capa.

Ni siquiera supe cómo lo había hecho. ¡Qué presteza! ¡Qué rapidez! ¡Cuánta habilidad! Lord Burgundy me tomó una mano con un ademán afectado, tal que si fuéramos a danzar algo medieval o pasado de moda.

—Señora mía…

—No soy señora —lo corregí.

Observé con horror que, sin ningún tipo de preámbulos, me conducía a la cama. De modo que me llevé la copa a los labios, abrí cuanto pude la garganta y dejé que el vino bajase por ella caldeándome por dentro.

—Veo que está ansiosa… —Sus gentiles dedos palparon la tela de mi vestido y, dispuesto por lo visto a no perder un segundo, empezó a desabrochar lazos y botoncitos.

Con una mano mía paré su laboriosa tarea.

Hasta el último músculo de mi cuerpo se había tensado al punto de rotura.

—¿Ocurre algo? ¿La he molestado? ¿Le duele?

Por más que fingiera preocupación, su imperioso tono de voz expresaba lo contrario. Más bien urgencia y bastante lujuria.

Tragué el nudo de saliva que se me había atascado en mitad de la garganta.

—¿No podría ser…? ¿Hace falta que me quite la ropa?

4

Una huida vergonzosa

Los pecaminosos labios de mi anfitrión se curvaron en una malévola sonrisa.

—Entiendo. Desea un asalto salvaje y desenfrenado. Curioso. Pensé que alguien como usted preferiría la lentitud del romanticismo.

—No entiendo cómo podría haber romanticismo entre nosotros, milord. No nos conocemos de nada y así seguirá siendo tras esta noche.

—Que me encargaré de hacer inolvidable —me susurró junto al cuello.

Lo siguiente que sentí fue su lengua recorriéndome la piel. Desde la base de la oreja a la clavícula y de ahí, de nuevo, rodeándomela por detrás. Aquello me generó unas cosquillas insoportables. Terminé dando un paso atrás para alejarme e impedir que lo repitiera.

Lord Burgundy paró en seco y me observó francamente sorprendido.

Con un deje de confusión en sus profundos ojos castaños, incapaz de entender cómo no me deshacía bajo su tacto, el hechizo de su voz ronca y sedosa, su perfume de auténtico hombre. Podía muy bien ser la primera ocasión en que una dama se resistiera a sus encantos.

Preso de una desconocida resolución volvió a pegárseme, sus dos manos subieron mi falda hasta casi la cintura y me arrebataron los calzones levantándome en vilo para sacármelos por los pies. La carne se me erizó con el cambio de temperatura. Tenía tanto frío y estaba tan nerviosa, que no noté reptar sus dedos por la cara trasera de mis muslos buscando subir y sumar mis nalgas prietas a su meticuloso examen.

Mientras, con la mano libre, se iba desprendiendo de prendas de vestir, una a una, como si bailara, hasta quedar por completo desnudo frente a mí.

Estuve a un tris de caer redonda al suelo.

Fui consciente de lo que tenía delante cuando él afianzó ambas manos en mis posaderas dispuesto a impulsarme desde las caderas y empalarme en aquel miembro rígido como un tronco de chimenea.

Solté un gritito histérico, y al empujarlo con todas mis fuerzas y pillarlo desprevenido, acabó despatarrado en el suelo.

Yo cacé al vuelo mi capa, me cubrí con ella como si estuviese a punto de perder la vida, cerré la capucha sobre mi cara y, aterrorizada hasta la médula de los huesos, abandoné el apartamento del hombre que debía haberme hecho gozar por vez primera, tan virgen e incauta como cuando entré.

Así fue como me olvidé los calzones.

Con el bordado de mis iniciales y el inequívoco escudo del apellido familiar. Una prenda altamente comprometedora en manos de aquel caballero deshonesto, que ahora no tenía más remedio que recuperar.

Antes de que se supiera.

Veinte días después.

—¿Iremos las cuatro? —preguntó Clara tomando notas—. Porque deberíamos.

—No creo que sea la mejor idea. Movernos en grupo nos hace más visibles —repuso Grace. Miró al techo pensativa—. Aunque se supone que actuaremos mientras lord Burgundy se encuentra en un baile, con entretenimiento para rato.

—Nosotras podríamos asistir a ese baile y mantenerlo bajo vigilancia —propuso lady Victoria mirándome directamente a los ojos—. Así, Grace y Clara podrían entrar en el apartamento y recuperar tu ropa interior.

—Enfrentarme a él en público después… ¿después de lo que pasó? —me horroricé.

—Con más motivo. Seguro que arde en deseos de coincidir contigo de nuevo y, de algún modo, cobrarse su deuda. Mientras estés en el salón de baile, podemos estar seguras de que no lo abandonará.

Mi mente atormentada se había quedado atascada en una frase anterior. Me eche a temblar.

—¿Co… cobrarse la deuda? ¿Qué significa cobrarse la deuda?

—Ya sabes, enmendar el agravio de tu fuga. Dudo que sea un caballero acostumbrado a los desprecios. —Lady Grace le restó importancia a mis miedos.

—¿Y qué podría hacerme?

—Nada, querida, no lo permitiremos porque no te dejaremos sola ni un instante —me prometió Victoria aderezando su compromiso con una pícara sonrisa—. Y si lo intenta, entre todas le daremos su merecido.

—Es muy probable que solo quiera intentarlo de nuevo, arrancarse la espina que dejaste clavada en su pecho. ¿Qué digo espina? —rio Grace—. Estaca. Le atravesaste el corazón con toda una estaca.

El buen humor del grupo contribuyó a serenarme. Lady Clara y lady Grace se jugarían el tipo colándose en el apartamento del rufián, mientras que lady Victoria y yo merodeábamos en el baile al que él asistiera la noche señalada, con el fin de servir de cebo, entretenerlo y vigilar sus movimientos.

En especial, aquellos movimientos que implicaran regresar al apartamento con compañía. Si lord Burgundy no iba acompañado por una dama, lo lógico era que regresara a su mansión, no a aquel nido oculto de lujuriosa perversión donde daba rienda suelta a sus peores instintos con sus presas.

Parecía increíble que pese a todos los rumores acerca de su reputación, aún lo aceptasen en los salones como a un caballero respetable.

Repasamos concienzudamente los pasos del plan. Ya no se nos podía considerar, de ninguna manera aficionadas. Desde aquella primera noche en que, medio en broma, nos colamos en dos mansiones para intercambiar la posición de la diadema de la marquesa de Welnesh «regalándosela» a la condesa de Velvett, habíamos repetido las incursiones cada vez con más frecuencia y habilidad, por mera diversión. Bien sacábamos objetos valiosos de una casa para colocarlos en otra, o bien simplemente los reteníamos un tiempo para restituirlos a su legítimo propietario cuando nos venía en gana.

Era divertido comprobar que, en la gran mayoría de casos, nuestras víctimas no eran siquiera conscientes de que algo les faltaba, ni cuando se trataba de una joya.

Consecuencias de ser ricos en exceso, de tener demasiado de todo. Pero nos divertíamos observando sus reacciones en las fiestas y bailes que seguían
al hurto, y para nuestras calmadas vidas exentas de excitación, suponía un inmejorable aliciente.

Gracias a las cadenas de criadas que la duquesa de Montrose y su doncella manejaban con magistral destreza, averiguamos que aquella noche lord Burgundy asistiría a un baile en Mayfair, en casa de los vizcondes Donnerton, al que todas nosotras estábamos igualmente invitadas.

Solo lady Victoria y yo confirmamos asistencia.

Lady Grace y lady Clara se excusaron con amabilidad y en una de las habitaciones de servicio de Gloucester Hall, la mansión familiar de los Wellfly en Londres, desmantelada y casi vacía dado que la mayor parte del tiempo lo pasaban en la cercana comarca de Colsontown, ellas cambiaron sus fastuosos ropajes por unas vestimentas más bien masculinas, completamente negras, con las que moverse sin dificultad y pasar desapercibidas.

Yo, por mi parte, con la inestimable ayuda de mi querida Lissi, me engalané a conciencia a fin de lucirme en aquel evento y atraer la atención de lord Burgundy lo suficiente como para mantenerlo atado.

—¿Crees que es conveniente que vuelvas a salir?

Mi madre había aparecido como un fantasma vestido de rosa en el umbral de mi puerta y me observaba con preocupación. Le devolví la mirada a través del espejo del tocador.

—Es solo un baile, madre. Y asisto con mi amiga, la marquesa de Gregshire y su esposo.

La condesa avanzó a pasitos recatados hasta colocárseme al flanco. Una mano lánguida acabó apoyada en mi hombro.

—Confío en que sepas comportarte. No olvides que prácticamente estás prometida.

—No pienso olvidarlo, madre —siseé entre dientes—. No sería capaz de hacerlo ni por un instante. No me lo permitirías.

5

Bailes, brindis y miradas

—Y dígame, milord, ¿tienen proyectado tener más familia?

Arthur Gray, marqués de Gregshire, respondió a mi indiscreta, pero afectuosa pregunta tomando con sumo cariño la mano de su mujer.

—De momento, el pequeño Louis da guerra suficiente —se adelantó lady Victoria—. Es muy chiquitín, nuestro deseo es pasar a su lado el mayor tiempo posible.

—Pero sí —completó su arrobado marido—, con el tiempo y nuestra efusiva voluntad, pensamos sumar muchos más componentes a la tribu de los Gray.

Tanto Victoria como yo habíamos localizado la gallarda silueta de lord Burgundy apenas entramos en la sala, decorada con capullos de flores azules y mucho oro. Habría sido divertido estar allí las cuatro para decidir qué podríamos llevarnos en una futura incursión nocturna. No obstante, solo estábamos nosotras con una misión clara y sencilla por cumplir: no perder de vista al escurridizo crápula que estaba en posesión de mis calzones.

Él simuló no verme, o es que realmente no me había distinguido aún entre el bullicio de tanto invitado. No soy demasiado alta ni corpulenta, más bien todo lo contrario y pese a mi vestido, que levantaba olas de admiración allí por donde pasaba, era relativamente fácil pasar desapercibida. Hasta que sus agudas pupilas de depredador se clavaron en mi frente y supe que hacía tiempo que me tenía localizada.

Levantó la copa que tenía en la mano y me dedicó el brindis con un galante cabeceo. Me apresuré a desviar la mirada, no fueran a pillarme espiándolo.

—Querido, ¿podrías acercarnos algo de beber?

Noté la mano de lady Victoria deslizarse por mi brazo y engancharse en un gesto típico entre hermanas. Cuando el atractivo marqués se hubo marchado hacia la mesa de las bebidas, ella me empujó sutilmente.

—Paseemos, Sarah, movámonos un poco y dejemos que tu lord Burgundy nos vea.

—¿Mi…? ¡Qué espanto! Por amor del cielo, no digas algo así ni en broma.

Sentí que un sudor frío me bajaba por la espalda. Por más que mis amigas casadas me hubiesen asegurado que los placeres de la vida marital eran muchos y muy suculentos, las sensaciones que mi cuerpo había experimentado en brazos de aquel hombre habían sido tan espeluznantes, que no podía imaginar cuan horroroso sería tener que soportar contactos semejantes con mi futuro marido, el perfecto adefesio.

Nada que ver con la apostura del condenado Burgundy. Que sería sinvergüenza, sí, pero también atractivo como el pecado.

Pasamos mucho más cerca de él de lo que mis padres me habrían permitido en la vida, pavoneándonos como dos damitas engreídas. Mientras caminaba del brazo de mi amiga, a paso cadencioso y elegante, sentí en todo mi cuerpo el hormigueo de sus pupilas repasándome. No le correspondí, por descontado. Sin embargo, de reojo pude captar una primera intentona suya por

dirigirme la palabra.

—Oh, mira, ahí viene Arthur con nuestros refrigerios.

Un apropiado quiebro de lady Victoria en nuestra trayectoria nos puso fuera de su alcance. Me percaté de que lord Burgundy se quedaba como un pasmarote con la boca abierta, a punto de soltar alguna gentileza, sin dama que la recibiera.

—No lo provoques —le chisté al oído—, lo estás provocando.

Lady Gregshire soltó una alegre carcajada burlona.

—Lo tiene bien merecido, en nombre de todas las jovencitas a las que ha arruinado la vida sin compasión alguna.

—¿Acaso conoces…?

—No, no conozco a ninguna, pero apuesto a que deben de ser cientos.

—¿Cómo les irá a lady Clara y a tu hermana? —me pregunté pensando en voz alta.

—Conociéndolas, mejor que bien. No veo el momento de que nos reunamos mañana y nos cuenten.

Lady Victoria logró contagiarme dos cosas: certeza en el éxito de la arriesgada misión e impaciencia por la reunión que tendría lugar entre las cuatro al día siguiente, en un salón de té popular, aunque poco concurrido, por quedar algo apartado en vez de en una de las calles principales. El escondrijo perfecto para un club de damas que rozaba la ilegalidad.

De acuerdo. No la rozaba, la pisaba de lleno. Pero no hacíamos daño, verdadero daño, a nadie.

Pese a ser la principal interesada, fui la última en llegar a la tetería. Ellas ya se encontraban reunidas en torno a la mesa, con los ojos brillantes de excitación y las mejillas sonrosadas. Ni gestos trémulos, ni palideces, ni crispación en el aire.

Aquello había sido todo un triunfo.

—Sus calzones están a salvo, querida amiga —se mofó lady Clara con aquellos dos preciosos hoyuelos que se le marcaban al reír.

—Fue toda una aventura —añadió lady Grace, disparando mi curiosidad a las alturas.

Tomé asiento y aguardamos pacientes a que nos sirvieran el té. En cuanto desapareció la muchacha que servía las mesas, me abalancé sobre aquellas mujeres satisfechas que parecían conocer todos los datos mientras que yo solo manejaba ignorancia a raudales.

—¡Contadme! ¿Os vio alguien?

—¿Alguien? —Grace soltó un gemidito—. La calle estaba a rebosar de gente. Lady Clara se colocó un cigarro en los labios y se cubrió cara y cabello con una espantosa gorra de franela fingiendo ser un mozo.

Los ojos admirados de todas rodaron hasta ella.

—No fui la única en desempeñar mi papel a la perfección. Aquí donde la veis, nuestra Grace fingió ser un muchacho discutiendo con una amante que, supuestamente, vivía en alguno de aquellos apartamentos y le había cerrado la puerta en las narices. —Retuvo a duras penas una carcajada—. No querría tener que repetir las palabras que salieron por su boca.

Se levantó un murmullo general de agitación y risas mal contenidas.

—Veo que os lo pasasteis en grande —observó Victoria—. Estoy por decir que os envidio, nuestro baile fue tedioso a más no poder. Lord Burgundy no intentó nada, salvo devorar a nuestra Sarah con ojos codiciosos.

—Deja que continúen —le pedí, adivinando que lo mejor estaba por llegar—. Proseguid,

os lo ruego.

Clara y Grace intercambiaron una mirada imposible de descifrar. Con los labios apretados por el cosquilleo de una risotada.

—Descerrajar la puerta del apartamento fue pan comido, la verdad —apuntó Clara—, me las he visto con muchas peores, está claro que Burgundy no guarda en ese inmueble nada de valor. Salvo…

—¿Salvo? —presionamos Victoria y yo a coro.

—Salvo lo que encontramos tras la puerta cerrada del segundo dormitorio.

—¿Que era...? —Creí que el corazón me explotaría de ansiedad.

—La cueva de los trofeos —dijo por fin Grace, dibujando un abanico en el aire con sus bonitas manos.

—La cueva… ¿de? ¿Trofeos? —tartamudeé atónita justo después de atragantarme.

—Nuestro indeseable favorito guarda en esa alcoba vacía un trofeo de cada una de sus conquistas. Largos mechones de cabello, corpiños, guantes, ropa interior, ¡enaguas completas! Así que sí, querida Sarah, nos tememos que tarde o temprano echará en falta tus calzones bordados con esmero.

—Lo que no sabrá nunca es cómo se las han arreglado para desaparecer. —Lady Grace levantó al aire su tacita de té—. ¿Brindamos?

6

Presentación oficial

—Milady, la condesa ha insistido especialmente en que use el vestido color lavanda. —El tono de Lissi era lloroso y casi suplicante. Puede que porque era la tercera vez que presionaba con lo mismo.

—Me pondré el de color coral.

—Con la tiara de amatistas.

—Usaré la de diamantes con perlas.

—Ay, milady. Lady Pembroke va a enfadarse muchísimo conmigo.

Sin abandonar mi asiento ante el tocador, la miré por encima del hombro y le sonreí tranquilizadora.

—No entiendo por qué. Tú te limitas a ayudarme a vestir, no tienes que convencerme de nada.

Tomé la delicada tiara de brillantes entre los dedos y la dejé caer sutilmente sobre mi frente. Sí. Iluminaba el rostro, centelleaba recién limpia, era perfecta. Enseguida me levanté y me dirigí hacia el espejo de cuerpo entero, recogiendo por el camino el vestido de tul de seda color coral que descansaba sobre la cama. Me lo coloqué por encima sujetándolo de los hombros para estudiar el efecto del color.

—Precioso. Sin duda me pondré este.

—Pero milady, su madre…

—Mi madre junto con mi padre, bastante han hecho prometiéndome con el fantoche al que voy a tener el disgusto de conocer en exactamente…

El reloj del recibidor de la planta alta dio cinco campanadas. Una detrás de otra. A cada cual más tenebrosa.

—Exactamente minuto y medio. Lo que tarde en bajar al salón. —Apreté fuerte los labios —. No sé si voy a poder soportarlo.

—Ánimo, milady. Piense que con el tiempo se convertirá en duquesa.

—Lo que no es consuelo en absoluto dado que no ambiciono tal posición. Con la que tengo me basta y me sobra. Y si mis queridos padres permitieran que administrase las fincas de la familia, aunque no encontrara marido, mi dicha estaría completa.

Lissi me atendía embobada.

—No puede ser que esté hablando en serio, señorita. Usted, tan bonita y tan elegante, vagando por esos campos de Dios, manchándose los chapines de polvo y barro…

—Las botas, Lissi. En el campo no llevo otra cosa más que botas. Adivino que el mofletudo carniflojo de mi prometido no habrá pisado una huerta en su vida. —De repente caí en la cuenta de algo horroroso y los ojos se me abrieron con desmesura—. ¡Igual ni siquiera sabe cabalgar!

Mi doncella suspiró con pesadumbre y se dispuso a abrocharme los últimos botones del

vestido.

—En fin, milady, eso es algo que averiguará usted enseguida.

¿Cómo explicar mi estupor?

¿Cómo expresar lo que sentí o, más bien *cómo* me sentí sin parecer estúpida del todo? ¿Sin que os riais de mí? Porque desde luego, ¡santo cielo! Lord Meroy no era lo que esperaba.

Cuando el lacayo abrió para mí la puerta del salón, ambas familias se hallaban reunidas cotorreando. Los condes, sentados en un sofá que enfrentaba el acceso por el que yo aparecí, de modo que sus rostros sonrosados y henchidos de orgullo fueron lo primero que me encontré. En el segundo sofá, organizado en paralelo, debían de estar sentados los duques de Cleveland, desde mi posición no acertaba a ver más que sus hombros y sus regias cabezas. Y había un hombre alto, de porte atlético y cabello oscuro, de pie junto a la duquesa, con una mano apoyada afectuosamente sobre su hombro.

—Ah, querida, aquí estás —me recibió mi madre—. Empezábamos a preguntarnos dónde te metías.

—Disculpen la demora.

Rodeé los muebles para colocarme de cara a los duques y cumplimentarlos con la correspondiente reverencia. Y aunque el rabillo de mi ojo capturó una imagen borrosa y un movimiento, concretamente el conde de Meroy girándose a mirarme en cuanto entré, yo no me atreví a posar en él mis ojos.

Hasta que me erguí, acabada la venia a los duques.

Y estuve a punto de desmayarme.

¿Aquel hombre hermoso y distinguido con porte de príncipe iba a ser mi marido?

¿O alguien tortuosamente malvado estaba gastándome una broma?

—Querida Sarah, te presento a Theodore Peter Beale, conde de Meroy. Milord, nuestra hija Sarah, su prometida.

Hubo un instante brevísimo de vacilación, durante el cual se encontraron nuestros ojos y algo titiló como si temblara. Como si conocernos por fin y derrumbar, al menos en mi caso, todas las absurdas inventivas que había ido apilando en torno a su apariencia, nos hubiese removido algo por dentro. ¿Quién sabe? Puede que él también hubiese pensado que yo era mal parecida, rechoncha u orejuda y estuviera, en aquel momento, reconstruyendo una opinión errónea.

¡Dios del cielo! ¿Cómo podía ser tan guapo?

—Encantado, milady.

Y con aquella bienvenida ronca tan sensual.

Inclinó la cabeza en un gesto tajante y no sonrió. Me habría gustado que lo hiciera, el rostro de una persona no termina de verse ni se ilumina hasta que no sonríe. La sonrisa dice mucho de nosotros, si nos llega a los ojos y es sincera, o si se queda atascada por debajo de la nariz y huele a falsa.

—¿Tomamos el té? —El ofrecimiento de mi madre hizo añicos el cálido ambiente de mutua admiración que parecía haberse creado entre nosotros.

—Sí —accedió la duquesa con voz modulada y fina—, tomaremos un refrigerio y los chicos podrán salir al jardín a dar un paseo para que puedan empezar a conocerse.

Sirvieron pomposamente el té, no me cabe duda de que mi madre había aleccionado a conciencia al ama de llaves de Pembroke Hall y esta, a su vez, a lacayos y doncellas, porque todo

resultó fastuoso y plagado de detalles. Si los duques de Cleveland anhelaban contar con una nuera refinada, sumisa y callada, debieron de complacerse mucho, ya que me vi incapaz de alzar la voz ni de intervenir en conversación alguna. Me limité a beber mi infusión a sorbitos de pájaro, impresionada por la belleza del varón con el que estaría obligada a meterme entre sábanas.

Ya habría querido lord Burgundy acercársele, ni de lejos. Si lord Meroy no tenía rendidas a sus pies a las damiselas de la isla completa, era porque simplemente no le interesaba. O sí, pero se conducía de forma menos ostentosa que lord Burgundy y la discreción tapaba sus vicios.

No solo me mantenía callada su portentoso aspecto. También el enfado contra mí misma por haber dado por sentadas cosas que no sabía. Haberlo tachado de adefesio, mofletudo y carniflojo sin siquiera conocerlo resultaba imperdonable. Era tan injusto como poco digno.

—¿Le apetece que demos un paseo, milady?

Su voz era otro de los dones divinos con el que la naturaleza decidió dotarlo. Grave y cimbreante, con eco propio, dejaba un halo que te impedía olvidarla después de haberla escuchado. Pestañeé perpleja, saliendo de mi ridículo estado de ensoñación.

Lo tenía frente a mí, ligeramente inclinado, ofreciéndome galante su mano. Sin embargo, lo que me inquietó fueron sus ojos, gris verdoso y penetrantes, examinándome de un modo que me erizó el vello.

Porque no presagiaban nada bueno.

7

Aficionados a la jardinería

Salimos juntos a las terrazas de Pembroke Hall y de ahí, a los jardines. Inspirados en los fastuosos hermanos franceses, y bien cuidados. Caminamos un buen trecho en un silencio que solo se quebró para hacer alguna pregunta diplomática acerca de este u este otro arbusto en flor, la altura máxima de crecimiento de aquel o el extraño y fascinante color de la hoja de estos.

—La veo muy bien informada, milady. ¿Es acaso aficionada a la jardinería?

—Más bien a la botánica. Pero apenas he comenzado mis estudios, podría decir que de momento es muy poco lo que sé. Por el contrario, mi madre se pasa horas y horas en sus jardines… admirando la obra de otros.

Milord cazó al vuelo mi indirecta, referida al trabajo de los jardineros, del que la condesa alardeaba como si los callos en los dedos fueran suyos.

—Qué sarcástica y cruel.

—¿Ha sonado así? —Enrojecí—. Nada más lejos de mi intención.

—De hecho, ha servido para dejar entrever un pétalo de su carácter. No se confunda, me agrada que sea briosa y defienda aquello en lo que cree.

Demasiadas conclusiones para una sola frase, pensé. No podía ser tan inteligente. O yo tan transparente a sus ojos.

¿O sí?

¿Había dicho «me agrada»? ¿Yo le gustaba?

—No le mentiré —prosiguió con el mismo tono serio y monocorde de antes—, es usted mucho más bonita de lo que supuse.

Me mordí la lengua para no interrumpirlo con alguna inconveniencia, pero la satisfacción aleteó en mi pecho como un pajarillo contento.

—Sin embargo, no me interesan demasiado las mujeres de alta cuna que se casan.

Fue un jarro de agua helada por encima de la cabeza, bajando por la espalda hasta congelarme del todo.

—Soy un artista, milady, me considero muy por encima de todas estas vanidades humanas como el amor, los celos, el sentido de la posesión o la obligación de proteger. Me resultan mundanos.

—¿Puedo saber a qué rama del arte se dedica? —quise saber, restando importancia a su amarga sentencia.

—Eso carece de interés, lady Sarah, al menos desde su posición. Sé que este matrimonio tampoco es de su agrado, pero no la dejarán tranquila hasta que lo acepte. Del mismo modo que me ocurre a mí.

Sacudí ligeramente la cabeza. Confusa y distraída. Después de contemplarlo empezaba a no estar tan segura de no querer casarme.

Theodore se agachó, cortó una florecilla de un precioso azul lavanda y me la entregó con

una sonrisa. El gesto me tomó por completo desprevenida.

—Es mi color favorito —aclaró.

Y yo entendí en el acto la obcecación de mi madre porque vistiera el vestido lavanda, lo cual me enfureció.

—Gracias. —Acepté el sencillo regalo, emocionada, aunque me negaba a dejarlo traslucir.

Acababa de decirme que unirse a mí le resultaba poco menos que insoportable y que lo acataba por deber. Y al mismo tiempo tenía un detalle romántico. Las incongruencias de milord empezaban desde muy temprano a resultarme curiosas.

—He pensado que lo mejor es que aceptemos esta boda sin poner ningún inconveniente —añadió con los brazos enlazados a la espalda, mirando al frente como si hablara solo y yo no estuviera—. Mientras antes acabemos con esta pantomima, antes nos dejarán vivir nuestra vida en paz.

—¿En paz, pero como esposos?

—Haremos vidas separadas, milady, es lo natural en estos casos.

¡Por todos los santos!

¿Aquel crujido que acababa de notar cerca del corazón se llamaba desilusión? ¿Desengaño?

Manoseé la florecilla, nerviosa. Theodore hablaba tan seguro de sí mismo y de los principios que defendía, que parecía imposible llevarle la contraria. Además, esa tarde yo no tenía fuerzas para discutir. Quizá en otra ocasión.

De modo que acepté.

Al fin y al cabo, me consideraba hermosa, bonita al menos, más de lo que él esperaba. Igual que me había pasado a mí. Quizá todavía nuestra desventura tuviera una oportunidad.

El matrimonio se preparó con una rapidez y eficacia rayanas en lo militar. No entendí la necesidad de tantas prisas, especialmente por parte de los duques. Podía entenderlas desde el enfoque de mi familia, puesto que aquella unión nos garantizaba fortuna y relaciones sociales del más alto nivel que, aunque no las precisáramos, nunca estaban de más. Pudiera ser que temieran que sus excelencias se arrepintieran de entregar a su divino hijo a una joven por debajo de sus aspiraciones o posibilidades.

Francamente, Theodore podía desposar a la dama que se le antojase. Por inalcanzable que se la juzgara.

No obstante, en el caso de los Cleveland no alcanzaba a comprender. Salvo…

Di un respingo en mitad de la ceremonia, justo cuando Theodore recitaba sus votos, concentrado y formal como si firmase el contrato de su vida. Y yo acababa de caer en la cuenta de una razón que podía explicar la buena disposición de todos a que nos casásemos en tan breve espacio de tiempo.

Seguramente… ¡Dios! Qué horrible presentimiento. Lo miré a la cara, asustada y ansiosa. Se le veía relajado, casi diría que ausente, como si su participación en la boda fuera una obligación mil veces ensayada y lo que hacía, lo hiciera por inercia.

Seguramente… Era inútil en la cama. Puede que hasta estéril. Ese debía de ser el motivo de tanto apresuramiento. La prontitud del compromiso, el enlace casi a continuación cuando apenas si nos habíamos visto dos veces más tras aquel corto paseo en el jardín y casi nunca a

solas. Habrían concluido que la única y estudiosa hija de los condes de Pembroke, el ratoncito de biblioteca que quería administrar los campos y vivir en paz lejos de formalismos sociales y etiquetas, era lo bastante estúpida como para cargar con una entrepierna fláccida sin solución, con tal de ser duquesa.

Se tensó cada músculo de mi cuerpo. Theodore tenía mi mano entre las suyas y pudo notar la crispación. De hecho, sus ojos me hicieron preguntas. Cuando volví a ser dueña de mis movimientos, mis dedos apretaban los suyos con tanta fuerza que debí de hacerle daño. Todo el mundo a nuestro alrededor aplaudía enfebrecido, vitoreaban y nos daban la enhorabuena. Me vi arrastrada por un largo pasillo alfombrado de rojo hasta la salida de la fastuosa capilla, casi sin ser consciente de lo que sucedía.

Aquella noche… Mi noche de bodas. Iba a ser espantosa. La más aterradora de las decepciones. ¡Qué necia había sido huyendo de lord Burgundy! Debí quedarme y entregarme a él como tenía previsto. Eso al menos me habría dado la experiencia de un rato de pasión y el recuerdo de algo excitante con lo que seguir viviendo.

Estaba condenada a la oscuridad.

Estaba soñando con algo absurdo. Ni siquiera habría una noche de bodas. Ahora se me hacía dolorosamente claro el mensaje de lord Meroy al adelantar que haríamos vidas separadas. Claro. Desde el primer día con su correspondiente noche.

En el banquete divisé a la crema y nata de la alta sociedad inglesa. No solo mis tres amigas con sus respectivos y flamantes maridos. También los duques de Richmond, Andrew Wellesley y su esposa Rebeca. El vizconde Rothgar, futuro conde de Herrick con su preciosa mujer, la pelirroja lady Julianna. El coronel John Darwin, con su innegable atractivo de hombre salvaje curtido por las batallas, con la deliciosa lady Evelyn y, finalmente, el otro hermano Spencer, Rhysand, con su dulce esposa, Anne. Duques, condes y marqueses, vizcondes y barones. Todos ellos testigos de mi desgracia, de cómo se ataba fuerte mi cadena a una vida sin aire, sin amor y sin fuego.

Tendría que encontrarlo en otra parte.

8

Una noche como otra

Tras la ceremonia, el banquete y el baile, que se prolongó hasta altas horas de la madrugada, Theodore y yo nos retiramos en carruaje a la que sería nuestra común vivienda. Una suntuosa mansión de amplios jardines en las afueras de Londres, regalo de los duques a su hijo y heredero, Farnwood. El imponente edificio en el que la pobre Sarah Beale, de soltera Chester, languidecería hasta morir.

Miré de reojo a mi esposo. Mudo y con los hermosos labios apretados, no fuera a escapársele alguna palabra. Todo en él irradiaba carisma y seguridad. Hasta tal punto que yo, que siempre había presumido de fortaleza e independencia, me veía empequeñecida a su lado.

Me prometí que eso cambiaría en un puñado de días. Podría ser una esposa abandonada y sola, de acuerdo, pero lucharía por no ser también una mujer infeliz.

—¿Está cansado? —me atreví a preguntar.

—No demasiado —repuso sin mirarme.

—Admito que me sorprende. Pensé que diría justo lo contrario.

—Estoy más que acostumbrado a hacer ejercicio. Bailar y sonreír a gente a la que no soporto no me supone un gran esfuerzo.

Sonreí como una boba. No lo decía por eso, claro. Suponía que me adelantaría la ausencia de noche de bodas alegando un «estoy rendido, me marcho a la cama, querida».

—Espero que Farnwood le agrade. Es un poco extenso de más, sepa que como dueña y señora puede hacer y deshacer a su antojo. Si prefiere cerrar las habitaciones de algún ala de la casa, es libre de hacerlo, entiendo que son demasiadas. La plantilla de servicio es igualmente grande. El ama de llaves, la señora Garner, acumula toda la experiencia imaginable rigiendo esta casa, le pondrá las cosas fáciles y le explicará todo aquello que quiera saber. Es una mujer muy diligente.

Había soltado el discurso como si lo llevara aprendido. Sin emoción en la voz. Sin un mínimo gesto de afecto o cariño hacia nadie. Nuestra noche de bodas sería una noche más, ordinaria, como cualquier otra. Solo que ahora llevaba un anillo de espeluznante valor en el dedo y mi apellido había cambiado.

—Le he indicado tanto a la señora Garner como al señor Froid, el mayordomo, que será mañana cuando se reúnan con usted a disponer todo lo preciso para su instalación y las normas que desee imponer en la casa.

—Yo no… —intenté decir.

—Ahora es demasiado tarde. Una noche tan inoportuna para charlar como para muchas otras cosas. ¿No le parece?

Sonreí a modo de respuesta, porque no sabía qué decir. Iba a empezar a conocer a aquel hombre desde la mañana siguiente, nada sabía de él, salvo la honorable familia de la que provenía y sus apabullantes títulos. Recé para que no fuera tan antipático como guapo, que es lo que parecía.

—Mañana… Lo cierto es que me figuré que saldríamos de viaje. Una conveniente luna de miel…

La respuesta fue inmediata y tajante.

—Más adelante, milady. Mis múltiples obligaciones no me lo permiten por ahora.

Ah, vaya. Un esposo ocupado, embebido en sus asuntos, que ni recuerda que está casado. Menuda suerte la mía.

A pesar de las horas, el servicio al completo esperaba en el acceso principal a Farnwood, en perfecta fila india, para cumplimentarnos al bajar del carruaje. Correspondí con una leve inclinación de cabeza a cada una de las reverencias, desesperada por encerrarme en mi dormitorio y poder enterrarme entre colchas donde nadie pudiera dar conmigo. ¿Cómo había accedido a casarme con tanta facilidad? ¿Por qué no presenté batalla contra mis padres? Si me hubiera opuesto con rotundidad, papá jamás me habría obligado por la fuerza, estaba casi segura.

Pero la inesperada belleza de mi futuro prometido me había hecho bajar la guardia. Tiré al suelo las armas y me ofrecí por entero, como si la apariencia física fuera garantía de un matrimonio feliz. Ahora empezaba a cuestionar mi ingenio y a temer que no tardaría en pagar las consecuencias.

Con toda probabilidad, con el tiempo vendría lo peor.

Miré de reojo a los lacayos. Todos altos y bien parecidos. ¿Alguno de ellos sería el amante de mi marido? ¿Se lo habría traído consigo? ¿Una de las doncellas? No, había afirmado que no sentía interés por las mujeres.

Por amor del cielo, ¿cómo había estado tan ciega?

—¿Lady Meroy?

—¿Eh?

Theodore me estaba hablando. Y no tenía ni idea de lo que me había dicho. Pero como estábamos ante la puerta abierta de una lujosa alcoba, deduje que sería la mía.

—Le preguntaba si es de su agrado. El dormitorio.

—Sí, sí, claro.

El fuego estaba encendido en la enorme chimenea. Había montones de flores frescas por todos los rincones. Y las telas, terciopelos y brocados jugaban deliciosamente con distintos tonos del color lavanda.

Apostaba a que había ordenado decorarla a golpe de látigo.

—Es preciosa.

—Espero que descanse —me dijo, inclinando la cabeza.

Mis labios intentaron curvarse, tirantes y furiosos.

—Lo mismo digo, milord.

En un abrir y cerrar de ojos estaba sola en aquella habitación enorme. Dominada por una pena que olía a desamparo y a pérdida. Acababa de perder mi libertad, mi vida sencilla de siempre, sacrificadas por un matrimonio que no tenía nada que ofrecerme.

Me extrañó que ninguna doncella subiera a asistirme, dado que no se me había permitido traer la mía propia. Mamá se había apropiado de Lissi sin una pizca de compasión siquiera, alegando que no debíamos hacerle un feo al servicio de Farnwood. Pues bien, ese servicio pensaría, pobres ilusas, que mi fogoso marido estaba arrancándome la ropa a mordiscos y no

querrían interrumpir.

Mis vestidos primorosamente colgados en los armarios, mi ropa interior, mis chales y camisolas ordenados concienzudamente en los cajones. Vestida con un precioso camisón de seda y la bata a juego, tomé asiento en el tocador. Me miré en la luna del espejo. Pese a los nervios y el carrusel de malos augurios corriéndome por la mente, no estaba demacrada ni tenía demasiado mal aspecto. Era la Sarah de siempre.

Aunque ya no lo fuera.

Examiné uno a uno todos los botecitos. Cremas, aromas seductores y deliciosos jabones. Tomé una pizca de perfume y me la coloqué detrás de las orejas, en la base. Otra pizca en la línea entre mis pechos. Imaginando cosas picantes que había oído comentar a las criadas, me ruboricé hasta el nacimiento del pelo.

Y entonces se abrió la puerta.

Una puerta doble a la derecha de la estancia en la que no me había fijado. En el umbral, abarcando todo el espacio con su cuerpo y su imparable energía, estaba el conde de Meroy, vestido con un batín, observándome de un modo inquietante.

—¿Le puedo preguntar qué hace en mi alcoba? —espeté con mucho más ímpetu del que pensé que a aquellas horas manejaría.

No se alteró lo más mínimo. Se giró para cerrar la puerta, y avanzó en mi dirección con una expresión indescifrable en el rostro.

—Bueno, es nuestra noche de bodas.

—Usted mismo dijo que este matrimonio sería una mera fachada…

Me tendió una mano invitándome a ponerme en pie. Titubeé antes de concedérsela y hacer lo que me pedía.

—El buen juicio y las reglas aconsejan consumarlo.

9

In. Des. Crip. Ti. Ble

Hubiera mentido de afirmar que no era aquello lo que deseaba. Aunque también estaba furiosa. Decepcionada. Turbada y confusa. ¿Ahora iba a resultar que nos movíamos por las normas y la sensatez? ¿Ese era el precio con el que se compraba la pasión?

Caminé de su mano hasta el lecho. Ahí creo que empecé a temblar.

—Esa puerta —señaló con el mentón el lugar por donde había entrado— vincula nuestros dormitorios. Puede cerrar por dentro si alguna vez la incomodo o quiere estar sola. No se lo tendré en cuenta.

Asentí con un torpe cabeceo.

—¿Prefiere que lo hagamos en mi cama?

La idea de moverme de allí me resultaba insoportable. De hecho, me resultaba mortificante hasta el acto de respirar. Así que dije que no.

—Cálmese. Trataremos de que sea lo más placentero posible.

Eso último lo prometió con un susurro ronco y sedoso que se paseó por la piel de todo mi cuerpo como un dedo húmedo.

Se inclinó sobre mí, tomó las solapas de mi bata y las empujó hacia atrás dejando al descubierto mis hombros. Su rostro buscó la zona alta de mi cuello, muy cerca de donde yo había aplicado el perfume y entonces aspiró el aroma, estremecido.

—Espléndido.

Mis pezones se habían puesto duros como guijarros cuando al hablar, su aliento rozó mi cuello. Y cuando a continuación noté el paso lento de su lengua de abajo arriba, seguido de sus labios succionando, perdí la cabeza.

Sentí una hoguera estallarme en el vientre. Ondas de fuego bajándome por la espalda. Un perturbador hormigueo a la par que las manos de Theodore viajaban por mis curvas, tanteándolas. La bata cayó al suelo como una pluma abandonada. Sin dejar de lamerme el cuello y acariciarme la cintura, los costados y hasta el trasero, con un sensual movimiento de amase. Sin saber ni cómo, sus labios viraron y, desde mis clavículas, alcanzaron de lleno mi boca.

Mi boca que a aquellas alturas se moría de sed. Que ansiaba probarlo cuanto antes.

No pequé de tímida. Ni me lo planteé siquiera. Como tampoco esperaba un regalo así aquella noche, estaba más que dispuesta a disfrutarlo. De modo que cedí al beso, a aquella impetuosa caricia que asolaba mi boca por todos sus rincones respondiendo con un ardor que me dejó perpleja.

El beso se prolongó más allá de lo esperable. Ahondando, haciéndose más lujurioso y profundo. Theodore me arrancó el camisón de un tirón, con una sola mano, como únicamente los piratas de las novelas debían de desnudar a sus damas. Acto seguido, sin interrumpir los

mordiscos, despachó su batín.

Debajo no llevaba absolutamente nada. Solo piel y aroma.

Si no hubiera estado consumida por la fiebre entre sus brazos, medio desvanecida por el efecto de su toque y de sus besos, me habría sorprendido su pericia. Pero yo ya no estaba en este mundo. Mis entrañas convertidas en liquido mojando la cara interna de mis muslos. Mi marido empujó con suavidad, protegiéndome la nuca con una mano y, con él encima de mí, caímos en la cama.

Sentir su peso y cada vértice de su duro cuerpo pegado al mío, embistiendo con suaves gruñidos roncos al tiempo que me mordía juguetón y me chupaba en lugares que me hacían estremecer, fue enloquecedor. Abrí las piernas y alcé las caderas de forma instintiva, deseando fundirme con él.

—Milady está ansiosa —susurró burlón—. Despacio, vayamos despacio.

No podía detenerme, quería más, mucho más de aquello. No podía pedirme que no gritara de placer cuando su boca me recorrió entera, succionando mis costados, las crestas de mis caderas y… mis pezones.

¿De qué forma infernal los retorcía, chupaba y mordisqueaba para hacerme perder la razón de aquel modo? Fueron tantos mis gemidos, que su mano libre acabó taponando mi boca para que los criados no se escandalizaran. La otra mano se coló en el vértice entre mis muslos. Sus dedos buscaron mis pliegues, los abrieron y se adentraron haciéndome ver las estrellas.

—Siga, siga, no pare —jadeé casi sin aliento—. ¡Por Dios! ¡No pare!

Verme excitada hasta aquel extremo parecía satisfacerlo. Bailaba una sonrisa lobuna en sus comisuras, que hasta me habría recordado a lord Burgundy, de haber estado yo en mis cabales. Sin embargo, solo tenía fiebre, ardía de deseo como una tea engrasada.

—Está tan mojada… Tan abierta a mí… Qué delicia.

Mi cuerpo apenas puso impedimentos a su avance. Con un empujón lento y sostenido, su vigorosa polla se adentró en mis entrañas con tan solo una leve molestia pasajera y un escozor que olvidé enseguida.

Enseguida que, acomodado en mi interior, amoldada yo a su tamaño, empezó a moverse. A moverse de aquella forma endemoniada encima de mí, que me retorcía y vibraba de gusto bajo su peso, consumida por el fuego y aquellas oleadas de placer que, por lo visto, tenían seria intención de matarme.

Cuando todo estalló a mi alrededor, cuando la tensión que había ido acumulándose explotó y se aflojó de repente, vi destellos de colores en el techo. Mis manos y las de Theodore estaban entrelazadas por encima de mi cabeza y sus pupilas, al mirarme con reverencia, centellearon.

Habíamos alcanzado juntos la cima. Una experiencia arrebatadora.

In. Des. Crip. Ti. Ble.

Hubo un último beso.

Un beso fugaz y tierno en los labios antes de apartarse. Me di cuenta de que necesitaba su calor y su peso como el aire para respirar. Que, de repente, sin él cubriéndome sentía frío y un áspero sentimiento de desasosiego.

—¿Está molesta? —preguntó mirando al techo. Uno de sus fuertes brazos haciéndole de almohada, bajo la nuca.

¿Molesta? No era precisamente la palabra que yo habría escogido para expresar lo que sentía. O lo que había sentido. Todavía tenía que asumirlo, entenderlo, asimilarlo.

—No. No, milord. Estoy bien. Todo está bien.

Luego me reprocharía mil veces no haber sido más sincera y valiente, haberlo tocado como él me había recorrido a mí de punta a punta con sus manos, su lengua y su boca. Me quedé allí, tumbada bocarriba a su lado, mirando también el techo, como si las molduras tuvieran la capacidad de explicarme todo lo que había vivido.

Cuando quise darme cuenta, Theodore había abandonado el lecho y con su batín en la mano, de espaldas, gloriosamente desnudo, dándome las buenas noches sin girarse a mirar, desapareció por la puerta que conducía a su alcoba.

¿Se había ido por mi nula expresividad? ¿Por mi incomprensible incapacidad para agradecerle lo mucho que me había hecho disfrutar? ¿Por no saber contarle los fuegos artificiales que había notado explotando en mis poros? ¿Por no confesar que cada fibra de mi ser había gritado de goce ante su sabio contacto?

Temí pasarme la noche dándole vueltas a mis remordimientos, pero lo cierto es que estaba agotada y me dormí enseguida. Con una sonrisa de tontorrona esperanza curvando mis labios.

10

En el desayuno

No sé qué hora era cuando abrí los ojos. Las cortinas de mi dormitorio eran muy gruesas y estaban corridas del todo. Me estiré dentro de las sábanas, envuelta en una satisfactoria pereza. Me dolía cada músculo. Tenía la carne sensible y habría deseado despertar con mi marido al lado en el lecho para poder repetir la noche previa, palmo a palmo.

El caso es que estaba sola.

Avisé al servicio y la doncella que iba a atenderme apareció tan pronto que cualquiera habría dicho que esperaba agazapada tras la puerta.

—¿Ha descansado, milady?

—Muy bien, gracias. Ayer fue un día de muchas emociones, me temo que estaba exhausta.

—Ya —dijo tan solo.

Y un matiz en su tono me hizo enrojecer pensando en mis gemidos y jadeos dignos de la mejor cortesana de Londres.

¿Habrían oído algo? ¿La casa al completo? ¿Hasta el último mozo del servicio conocía los pormenores de mi noche de bodas? Más me valía no planteármelo o moriría de vergüenza si me los cruzaba por los corredores.

—¿Qué hora es? ¿Milord ha desayunado?

—Casi las once, milady. Milord desayunó temprano, pero se encuentra en el comedor de mañana tomando otro café. Si desea acompañarlo…

¿Que si deseaba? ¿Cómo no? Tenía en el estómago un burbujeo de impaciencia que daba tirones pidiendo verlo. Traté de componerme sin demoras, ansiosa por encontrarme con aquel hombre perfecto, el esposo y amante cálido y entregado que había logrado sorprenderme conduciéndome al abismo del placer más absoluto.

En la sala de desayunos, Theodore leía la gaceta, muy concentrado, con su taza de café frío delante. Di los buenos días y me deseó otro tanto sin apartar la vista del periódico. Ordené una nueva cafetera recién hecha para el conde y para mí misma.

—¿Qué tal ha dormido? —Rompí la escarcha que parecía haberse creado de repente entre nosotros.

—¿No sería más aceptable que eso se lo preguntara yo?

—He dormido estupendamente bien, gracias.

—Me alegro. —Pasó la enorme hoja de la gaceta.

Carraspeé. Tomé un pastelillo. Le di un mordisquito. Lo solté en el plato.

—Pudo quedarse.

Sus ojos interrogantes me buscaron. Entonces entraron las doncellas con la cafetera y nuevas bandejas de bollos recién cocidos, a estropearlo todo.

—Pudo quedarse a dormir. Conmigo —le aclaré en cuanto salieron.

—Ah, eso. No era necesario.

—No creo que sea una cuestión de necesidad —lo desafié.

—Sin embargo, yo creo que sí.

Ya no me miraba, estaba otra vez leyendo e ignorándome, como si la noche anterior con todo su contenido no hubiera existido más que en mi mente perturbada y fantasiosa. O hubiese sido un sueño. ¿Lo era? ¿El cansancio había hecho estragos y me lo había inventado todo? No, porque mis sábanas estaban manchadas de sangre, la doncella las había recogido con apuro y una sonrisilla insidiosa nada más vestirme. Me dolía hasta el último músculo y el dormitorio olía a sexo.

Así que no eran alucinaciones de una enajenada.

Era el cumplimiento de un deber por parte de un conde, futuro duque, que debía consumar su matrimonio, poniendo punto final a cualquier especulación, habladuría o tentativa de anulación.

Nuestro enlace era ahora tan firme y sólido como los cimientos de una catedral.

—Theodore Peter…

Volvió a clavarme las pupilas. Esta vez con una sombra de reproche.

—Oh, por Dios, no me llame así, ¿por qué lo hace?

—Que yo sepa, es su nombre —me defendí.

—Con Theo basta. El resto es petulante y barroco. Me provoca picores.

—De acuerdo, esposo.

—Theo. Por favor.

—Theo.

—¿Hay algo que quiera preguntarme?

Tragué saliva a ver si conseguía mover el nudo que se me había formado en la garganta.

—No… no estoy segura. —Reculé como una auténtica cobarde, lo que también me provocó mucha rabia.

Theo plegó la gaceta de un par de tirones perfectamente estudiados. Dio un sorbito al café y me miró sin sonreír ni un poco.

—Ha pasado lo que tenía que pasar, nuestro matrimonio se ha consumado como mandan los cánones. Y ahí termina todo.

Se puso en pie y salió del comedor caminando pausado, como si con aquella descripción cruel de nuestro escenario no hubiera devastado mis ilusiones infantiles y cualquier trazo de esperanza que pudiera albergar.

Quise decir algo, pero no supe qué. Tenía razón, al fin y al cabo, yo era la soñadora, él el realista. No podía criticar su hosca sentencia. Estábamos condenados.

Decidí tomarme las cosas como mejor pudiera. Con la dignidad de una condesa que algún día sería llamada excelencia. Pensé en mis amigas, en lo grato que sería disfrutar de su compañía, pero qué inapropiado resultaría reclamar su presencia al día siguiente de mi boda. Implicaría gritar a los cuatro vientos el abandono absoluto al que me sometía el conde. De modo que hice llamar al ama de llaves y le pedí que me mostrara hasta el último rincón de Farnwood.

—¿Ahora, milady? —La severa mujer se extrañó con la solicitud.

—¿Cuándo mejor? Milord está ocupado y yo no tengo nada mejor en lo que entretener el

tiempo. Quiero conocer mi hogar y escuchar todas sus explicaciones. No tema, no soy mujer dada a desautorizar a un ama de llaves que conoce bien su oficio y lo desempeña con soltura.

Algo parecido a un atisbo de sonrisa rompió la dura expresión en el rostro de la señora Garner. Era menuda y delgada, aún lo parecía más con su largo vestido negro. Las manos siempre entrelazadas en el regazo, sus ojos de halcón escudriñando los rincones, sin que se le pasara un detalle por alto. Era como una presencia fantasmal recorriendo las galerías y salones, fiscalizando la labor de aquella legión de criados dispuestos a cumplir mis deseos más ridículos.

—Y dígame, señora Garner —empleé un tono de relajado desapasionamiento—, ¿hace mucho que trabaja para el conde en exclusiva?

El ama de llaves pensó un instante su respuesta.

—En realidad no, milady. Llevo años siendo ama de llaves de Farnwood, pero desde la muerte de su anterior excelencia, esta era una más de las mansiones de recreo de los duques. El conde viajaba por todo el mundo y cuando venía a Londres, solía hospedarse en la casa familiar, con los duques, o como invitado en casa de algún conocido.

—Entiendo.

Hubiera querido preguntarle qué actividades eran aquellas que mantenían a mi esposo tan ocupado como para anular el viaje de bodas. Pero, al igual que reclamar la presencia de mis amigas, eso no haría sino dejar claro y manifiesto lo poco que conocía del hombre con el que me había casado. Me daba mucho reparo admitirlo.

—Pensé que Farnwood era más pequeña —alabé, extasiada ante la belleza del edificio, los muebles y los cuadros en las paredes.

La señora Garner sonrió ahuecando las alas, como si de alguna manera, la casa le perteneciera y se sintiera orgullosa.

—¿Interrumpimos el recorrido, milady? Es la hora del almuerzo.

—¿Nos espera el conde?

—No, milady. Milord ha dejado dicho que no contemos con él para la comida.

11

En la biblioteca

Sarah Chester nunca fue damisela de lloriqueos y lamentos. Mi matrimonio, por decepcionante que resultara no sería una excepción. Durante el solitario almuerzo interrogué cordialmente a los criados, les pregunté sus nombres, las tareas que normalmente realizaban, aunque gracias a la señora Garner ya las conocía todas. Al principio se mostraron reacios al contacto visual, tímidos y casi mudos. Con el paso de las frases se fueron soltando y llegamos a establecer una suerte de simpática espontaneidad.

Me pregunté cien veces dónde estaría el desaparecido Theo y otras cien lo supuse lejos, fuera de Farnwood.

—Tomaré el café en la biblioteca —decidí, resignada a continuar la jornada sin él.

—Como mande milady.

Me moría de ganas de explorar a placer los secretos de aquella sala inmensa que me había emocionado en la vuelta de reconocimiento a la casa. Mi desmedido amor por los libros encontraba en las estanterías altas hasta el lejano techo, el mejor de los regalos. Solo por tener acceso a aquel tesoro, merecía la pena vivir en Farnwood, me dije. Un buen consuelo.

El mobiliario que alojaba cientos y cientos de volúmenes encuadernados en piel formaba lúgubres pasillos por los que circular rodeado de páginas e historias. Olía a maderas nobles y algo que recordaba al tabaco de pipa. El único sonido alrededor era el de las llamas crepitando en la gigantesca chimenea de piedra. Un paraíso de total aislamiento en el que disfrutar de la lectura.

Estaba emocionada. Qué placer infinito vagabundear por entre aquellos estantes.

Mis ojos desfilaron por los lineales, revisando los lomos y los títulos. Todos me parecían atractivos. Alargué la mano para capturar un ejemplar de Clarissa, de Samuel Richardson, bellamente editado con piel azul y pan de oro. Cuando fui a sacarlo de la estantería, algo me lo impidió. Era como si el propio libro se obstinara en mantenerse fijo en el sitio.

Probé de nuevo.

Volvió a suceder.

Puse más empeño. Mucho más. Un tirón brutal, en realidad.

Entonces descubrí cinco dedos humanos que tiraban del mismo libro en sentido opuesto. Desde el otro lado de la estantería, alguien pretendía robarme mi ratito de mágico esparcimiento. Y antes muerta y sepultada que permitirlo.

—¡Suelte a Clarissa! —grazné.

—¡Suéltela usted! —rugió la inconfundible voz de mi esposo.

Apreté los dientes y me negué a soltar mi presa.

—¡Yo llegué antes!

—¡La biblioteca con todo su contenido me pertenecen!

Gruñí escandalizada.

—Será posible… Mísero tacaño…

Sin previo aviso soltó el libro de repente, y toda mi fuerza y yo nos vimos compelidas de espaldas hasta caer al suelo y topar con el trasero en lo más duro.

Eso sí, con Clarissa felizmente en las manos.

El rostro ceñudo del conde apareció entre dos estantes.

—¿Acaso miento?

—Soy su esposa. Todo esto es mío igualmente.

—No se emocione, solo sobre el papel.

—¿Qué más le da? ¡Coja otro libro, diantre!

—¿Y si le dijera que tengo interés en leer precisamente ese?

—Le diría que es un caprichoso ridículo e infantil.

—Podría decirle otro tanto.

—Da la casualidad de que lo tengo yo. —Lo puse a buen recaudo a mi espalda, ya que lo vi venir—. ¿Por qué no ha acudido al almuerzo?

—Estaba ocupado.

—¿Leyendo?

Arqueó las cejas tomado por sorpresa.

—Puede.

—Qué pretexto tan flojo para su grosería, señor.

—En mi casa se me permite hacer lo que me plazca sin necesidad de excusarme.

—Disculpe si señalo que suena bastante engreído. Y poco atento para ser un conde.

—Si cree que afecta que me juzgue de ese modo…

—¿No le parece desconsiderado ignorar así a su esposa? Apenas si llevamos veinticuatro horas casados, no le ha dado tiempo a hartarse.

Frenó en seco, me examinó con asombro. No sé qué debí parecerle, allí despatarrada en el suelo, aferrada al libro, con los rizos revueltos tras la caída.

—Sinceramente, Sarah, me pregunto qué esperaba.

Tuve ganas de llorar.

Fue tan crudo lo que me dijo, tan directo y poco compasivo…, al tiempo que me tendía una mano para izarme. Sacudí la cabeza confusa, pero la acepté. Tiró de mí, me puso en pie y la potencia del impulso me pegó a su cuerpo como un sello de lacre.

Nuestros alientos enredados. Nuestras bocas pecaminosamente próximas.

Carraspeé azorada y di un paso atrás temiendo que me arrebatara el libro. Luego otro para acabar de ponerme a salvo. No obstante, no era su intención despojarme de nada. Se había quedado prendido de mis ojos como si acabase de descubrir algo sorprendente y hermoso que no podía poseer.

—Voy a ordenar que sirvan el té —balbuceé ansiosa por salir de su círculo de influencia.

Theo no respondió. Tampoco dejó de contemplarme arrobado.

Salí al pasillo como si me faltara el aire. Con el pecho agitado, subiendo y bajando por el efecto de una respiración acelerada. Me llevé la mano libre al corazón y lo sentí retumbar dentro de su cuna. Aproveché el encuentro con el primer lacayo que vi para pedir un servicio de té en el saloncito nácar, como la señora Garner había denominado una sala tan amplia que el apelativo de «saloncito» sonaba extravagante, decorada en cremosos tonos beige. Una estancia propicia para la costura, la lectura de las damas y los encuentros con las amigas cuando vinieran de visita.

En otras palabras, la sala que me había sido adjudicada. No me importó, era muy de mi agrado y debía suponer que Theo raramente pondría allí los pies, de manera que también podía convertirse en mi refugio.

Sin embargo, el peso oculto de su mirada y el hecho de que supiera que iba a tomar el té, me hicieron albergar la esperanza de que viniese a acompañarme.

No lo hizo.

Permanecí sola en el coqueto salón perfumado, perdida en la danza de las llamaradas dentro de la chimenea de piedra. Pensando en mi marido. En su comportamiento que, sin llegar a ser extraño, no acababa de entender. En el hecho de que conocerlo podría acabar siendo una empresa excitante.

Y, de algo estaba segura: aunque no pensaba hacerlo, quizá fuera muy fácil enamorarse de él.

Cuando llegó la hora de la cena, yo me había vestido como si fuera a asistir a un baile. Radiante gracias al buen hacer de mis dos doncellas principales, primorosamente peinada y con un vestido tan etéreo como suntuoso. Con las manos un poco frías, de nuevo soportando aquel burbujeo permanente en el estómago, la emoción de encontrármelo de frente.

—Milady, milord se ha excusado —anunció el mayordomo con tono monocorde—. La verá en el desayuno.

12

Llenaré mis días

Había hecho un estúpido pacto conmigo misma. Me propuse no esperar nada del conde para no decepcionarme. Y sin embargo, volví a ilusionarme con la idea de cenar juntos en la intimidad y me decepcioné. Me prometí con firmeza que nada de lo que hiciera podría enfadarme y, para mi desgracia, me enfadé. Aquella actitud suya, ruda y poco elegante de ignorarme, dejándome sola de recién casada, me exasperaba.

Era como si pretendiera gritarme de la peor manera, que se sentía atrapado en un matrimonio por conveniencia que detestaba. Amañado sin contar con su consentimiento. Como si yo no estuviera en su misma situación.

¿Qué tal si hacía gala de un poco de empatía? Yo también estaba sufriendo. Recluida en una casa extraña, aislada de mi familia, rodeada de rostros desconocidos, ahogándome en maneras corteses, reverencias y absoluta soledad. No era más injusto para él que para mí, debería saberlo.

—¿Está la sopa de su agrado, milady?

La pregunta del mayordomo me sacó de mi ensimismamiento. Sorbí bajito, que no se notara, sequé con el puño una lágrima díscola que amenazaba con dejarme en evidencia y asentí con elegancia.

—Exquisita. Mis felicitaciones a la cocinera.

—La alegrará saberlo, milady.

Con franqueza, todos eran sumamente discretos. Hasta podía notar que alguno me miraba con una chispa de compasión. Ellos no sabían la suerte que tenían de poder elegir libremente con quién se casaban. Si cometían un error, solo les era achacable a ellos mismos, no a alguien que se supone que debe protegerte y te lanzaba al foso de los leones sin mirar atrás.

Mis padres. Mis hermanos.

Tampoco podía ausentarme unos días a visitarlos, estaba recién casada, por el amor de Dios, se supone que debía disfrutar de unas jornadas idílicas e interminables con mi flamante esposo, montada en un barco deleitándome con hermosos atardeceres o paseando por los jardines colgada de su brazo.

¿Qué pensaría Theo? ¿Experimentaría el mismo vacío agobiante que me asfixiaba a mí? ¿Se sentiría igualmente desgraciado? ¿Por qué no se apoyaba en mi hombro, en su esposa? ¿Por qué no compartíamos nuestra desdicha? En aquellas circunstancias, cuán valiosa resultaba la presencia de un amigo.

—Señor Froid —me dirigí al mayordomo—, haga el favor, que me suban una botella de vino a mi alcoba.

Para evitar tener que enfrentarme a su mirada censuradora, pasé la servilleta por la comisura de mis labios, la aparté con un gesto indolente y abandoné la mesa sin apenas haber

probado bocado. Estaba agotada. De dar vueltas sin sentido y de pensar. Iba a elaborar un plan, llenaría mis días con actividades que me hicieran dichosa, crearía mi propia biblioteca en el saloncito nácar y volvería a ser la Sarah de siempre, independiente y tenaz… Solo que sin las tierras de mi familia y la holgazanería de mi hermano mayor como excusa perfecta para enderezar su administración y ocupar mis horas.

Tras apurar de un solo trago la copa que la doncella había dejado llena, colmé otra. Y una tercera solo hasta la mitad, aunque lo pensé mejor y vertí vino hasta el borde. La paladeé con gusto, un poco atontada por los efluvios del alcohol que ya empezaban a hacer estragos en mi sistema nervioso. El ambiente en mi gabinete era hogareño, cálido y confortable. Los sofás eran anchos y muy cómodos y el fuego en la chimenea poseía lo que solo podía entenderse como furia vikinga.

Se me escapó una risita tonta. Vikingos. Esos guerreros altos, fornidos y furibundos, de cabello color luna y ojos de cielo. Que te desnudaban con una mirada o te arrancaban la ropa a tirones, presos de un furor salvaje más allá de lo controlable.

¡Qué hombres!

Theo podía ser uno de ellos. Me lo imaginé sin ropa, tal y como lo había contemplado la noche anterior, tan perpleja que apenas si recordaba los detalles. Con su pecho esculpido cruzado por la cincha de cuero de una espada, el pelo suelto sobre el rostro y las enormes manos callosas por el trabajo duro y el manejo de las armas recorriendo mi piel con febril deseo. Porque mi marido podía ser áspero y de trato poco afectuoso, pero había que reconocer su trasero increíble y que todo su cuerpo, cada músculo, estaba cincelado a conciencia.

Bebí otro sorbo. Mi lengua paseó por mis labios húmedos para captar los más íntimos matices del caldo, notas afrutadas con sabor a barrica de roble que se quedaban pegadas en el interior de la boca, explotando poco a poco. Y seguí inventando un marido que, en lugar de recatado, aburrido caballero e inglés, fuera rudo, bárbaro e imparable. Que su aliento me quemara la frente, los párpados cerrados, el cuello, los pezones…

Mi mano voló a mi pecho cubierto tan solo por la seda del camisón y la bata. Deslicé las yemas de los dedos resiguiendo las colinas de mis senos hasta toparme con aquellas cimas ansiosas en forma de botón. Me sorprendió encontrarlos tan duros. Me recosté en el sofá, introduje la mano en el amplio escote y acaricié la piel como lo habría hecho mi príncipe vikingo. Se erizó el vello de todo mi cuerpo.

Qué agradable aquel escalofrío, qué seductor el cosquilleo que me recorrió entera. Los retorcí despacio, entrecerrando los ojos, centrándome en la sensación. Tiré de ellos mordiéndome el labio inferior. Gemí y me aventuré más allá del ombligo, buscando mis pliegues húmedos donde ya, desde la noche anterior, sabía que se concentraba todo el placer conocido. Jugueteé con mi sexo buscando sentir algo parecido a lo que Theo me había regalado. ¡Maldito fuera! Antes de conocer aquel placer no lo echaba de menos. Ahora solo podía pensar en repetir la experiencia del modo que fuese.

Empecé a notar que la temperatura subía, que mis músculos se tensaban y que una presión insoportable que pugnaba por ser liberada empezaba a acumularse en mi vientre y desde ahí, al resto de mi organismo, fibra por fibra, despertándolo.

Con la fuerza de los relámpagos en una noche de tormenta.

Seguí moviendo mis dedos, guiada por mi instinto, ese que llevaba casi veintiún años dormidos y que mi esposo, con todos sus defectos, había desenterrado y sacado a flote en nuestra primera noche de casados. Las sensaciones eran cada vez más potentes, más devastadoras, cerré fuerte los ojos y jadeé entregada por completo a la sublime experiencia. Y cuando la zona alta de

mi vulva, hipersensible e hinchada llegó al clímax, cuando todo mi cuerpo se retorció en un vaivén de imparable éxtasis, fue cuando se abrió la puerta que conectaba mi gabinete con el de Theodore Peter Beale.

Theo

Mi respetada lectora, supongo que a estas alturas ya te habrás hecho una idea bastante aproximada de lo cerrado de mi carácter, de lo intratable, distante y frío que puedo llegar a ser. Estarás más que dispuesta a juzgarme con dureza, ya que nada mejor merezco. Y créeme, te entiendo.

No conoces mi historia.

Ni mis anhelos frustrados.

No sabes de mi lucha contra los deseos de mi familia, que más que deseos son meros intereses comerciales. De las alas que intenté desplegar y me cortaron sin la menor compasión.

Con todo el respeto del que fui capaz, peleé con mi padre para que entendiera mi alma de artista. Que no estaba interesado en heredar su título ni las desagradables obligaciones que conlleva, mientras que mis dos hermanos menores ardían en ganas de convertirse en duque. El resultado de mis ruegos fue un urgente compromiso de matrimonio con la hija de los Pembroke, solo porque mi padre quería un contrato a tiempo indefinido con una de las mayores navieras de Inglaterra y ellos son los dueños.

Siento que me ha vendido a cambio de un contrato.

Estoy decepcionado, rabioso. Todos mis defectos salen a relucir con mayor facilidad, no hay manera de contenerlos, son más fuertes que yo, que mis modales corteses y mi voluntad de conducirme como un caballero honorable. Cuando me presentaron a Sarah vi en ella la causa de mi esclavitud, el nombre de mi sacrificio.

Y la odié.

Me importaba un bledo que ella pudiera estar atravesando lo mismo, es algo natural en las mujeres, lo de casarse por conveniencia lo hacen continuamente, debería saber que conmigo o con otro, ese sería su destino. Y consideré que una vez consumado debidamente el matrimonio ya no habría nada más que exigirme. Mi obligación como hijo modélico estaría zanjada, el duque satisfecho, cesarían las presiones, podría volver a mi vida bohemia de siempre, me dejarían en paz.

Quizá un par de noches más a fin de asegurar un heredero, otro pilar fundamental de mi función. Recé porque mi esposa fuera lo bastante fértil como para quedar encinta cuanto antes. La idea de intimar con ella no me atraía en absoluto.

Tampoco esperaba, ni por asomo, lo que me encontré.

13

Lo inesperado

Aquella primera noche rompió mis esquemas. Si bien Sarah no tomó iniciativa alguna y su total falta de experiencia entre sábanas quedó patente, la energía de su entrega fue de tal calibre que me noqueó.

He tenido decenas de amantes desde que me convertí en adulto, muchas de ellas, debo confesar que vírgenes. Recompensarlas debidamente por entregar lo más preciado siempre me pareció una salida más honrosa que rechazarlas y ordenarles salir interrumpiendo el acto, ya que la decisión de yacer conmigo la habían tomado libre y voluntariamente y aunque se les preguntara, solían negar que estaban sin estrenar. Para cuando lo descubría no era raro que fuese demasiado tarde.

Con todo ello me refiero a que, para mí, poseer a una virgen cándida e inexperta no era ninguna novedad. Pero el candor de Sarah, el modo casi mágico en que su cuerpo se amoldó al mío, nuestras pieles ardieron y alcanzamos la cima de un placer inusitado y absoluto a la par, en simultáneo, no lo había vivido antes.

Ni siquiera sabía que existiera algo así. Una mujer que resultara ser exactamente el complemento que llevaba echando de menos toda la vida. Le hice el amor, sí, no obstante fue más, mucho más que simple sexo. Un intercambio de emociones a niveles insospechados. La seda de su carne al acariciarla, la forma en que se estremecía erizada como una ola bajo mi tacto, sus largos jadeos perdiéndose en el fondo de mi garganta, como si nos pertenecieran a ambos. El perfecto amolde de mis ángulos y sus curvas…

Tal que si el cielo la hubiera creado para mí, como si desde siempre me perteneciera.

Entonces la odié un poco más.

No permitiría que aquella mujer desconocida, responsable de que mi idílica vida se hubiera truncado, tuviera sobre mí un poder hechicero y me dominara. Experimenté una punzada de inquietud un segundo antes de decidir que volvería a hacerla mía aquella noche, sin otro objetivo que buscar al ansiado heredero. Empujé la puerta que comunicaba nuestros gabinetes, sin llamar, imaginando que si no deseaba compañía habría cerrado por dentro y entonces…

La encontré tumbada en el sofá ante la chimenea, como una aparición celestial bañada por el resplandor de las llamas, cubierta apenas por la ropa de dormir de seda blanca, el pelo suelto cayendo en cascada hasta el suelo. Los ojos cerrados y sus manos…

Hundidas en el triángulo entre sus muslos.

Moviéndose en sugerentes círculos.

Arqueada la espalda, izadas las caderas, agitado el pecho desnudo, rota la garganta en un gemido de placer que me enloqueció. Ajena a mi presencia y al descaro con el que violentaba su más pudorosa intimidad.

Juro por lo más sagrado que mi intención fue retirarme al instante, pero mi mano quedó engarfiada al picaporte, como la garra de un pájaro que lo sujeta a la rama para que no caiga. Fascinado por lo que estaba viendo, hipnotizado por lo inesperado del espectáculo. Mi mujer era

un volcán de fuego vivo. Su cuerpo, su capacidad innata para gozar, un regalo a los sentidos.

La tentación de abordarla y acabar por mí mismo la placentera tarea me empujó hacia adelante. Sin embargo, me resistí. Conteniendo el aliento que ya se había desacompasado, apretando la mandíbula, repitiéndome una y otra vez «sal de aquí, Theo, cierra la puerta o te meterás en problemas».

Lo hice.

Escapé. Cerré sigiloso y desaparecí en las profundidades de mi dormitorio, a salvo de su influjo sabiendo, a la vez, que nada me haría olvidar la imagen de Sarah entregada al éxtasis del orgasmo sin necesitarme. En tres ocasiones me levanté de la cama dispuesto a visitarla, y en cada una de ellas regresé con las orejas gachas y el convencimiento de que aquella noche lo mejor que podía hacer era dejarla tranquila.

No dormí ni un solo minuto.

La oía gemir. La olía. Rememoraba su tacto y lo añoraba.

Fue una vigilia espantosa.

La invertí aliviándome sin descanso. Empapando las sábanas con mi deseo insatisfecho por ella.

Al día siguiente dejé el lecho con tan mal aspecto, tan demacrado y con tales ojeras que hasta mi ayuda de cámara me lo comentó.

—¿Ha descansado mal, milord?

—Milord no ha descansado en absoluto. Por favor, ordena que me sirvan el desayuno en el despacho. O mejor, aquí arriba, en mi gabinete.

Me faltaba el valor para enfrentarme a ella que, seguramente, habría amanecido lozana, sonrosada y hermosa como un capullo en flor. Me dominaba la rabia. El coraje de desearla y no tenerla. De sentirme atraído por alguien tan inconveniente. La detestaba por encender en mí necesidades que no me convenía satisfacer.

Ni siquiera era justo sentirme tan vinculado a la causante de la pérdida de mi libertad. ¿Acaso no habría sido mejor una esposa corriente y mal parecida, insípida y callada, en lugar de una diosa de fuego en la cama?

Maldita fuera mi suerte…

Aquella visión me torturaría durante jornadas completas, lo sabía. Sarah tumbada con la cabeza inclinada en el más absoluto abandono. Sarah frente a la chimenea, iluminada por las lenguas de fuego. Sarah acariciándose, tocándose, gimiendo de placer.

Sacudí la cabeza tratando de desterrar la imagen.

La altamente erótica, explosiva, insoportable e inolvidable escena de mi mujer satisfaciéndose a sí misma como una auténtica meretriz veneciana.

—¿Un licor, milord?

Mi ayuda de cámara lanzó la pregunta tras un largo carraspeo indicativo de que no era la primera vez que la repetía.

Sentí un súbito calor subirme cuello arriba.

—¿A estas horas? ¿Con el desayuno? ¿Das por hecho que lo necesito?

—Puede que compense la falta de sueño, milord…

—No sé de qué hablas. —Rehuí su mirada invasora—. He descansado perfectamente.

Yo podía haber olvidado mi confesión de hacía un rato, pero no mi sagaz ayuda de cámara. De modo que se le escapó una sonrisilla irónica.

—Lo que milord diga. En un par de minutos le subirán el desayuno.

Asentí seco y me entregué a la lectura de la gaceta de noticias. Sin darme cuenta de que

había empezado a leer por la última página.

Sarah

Otro desayuno en soledad. Solo que este me dolió menos que el primero y que la cena de la noche anterior. Una dama de recursos se aclimata con rapidez a los cambios de circunstancias, me dije. Eso era lo que estaba decidida a lograr: ser razonablemente feliz dentro del estrecho margen de posibilidades que la vida me ofrecía.

Ser dichosa sin la compañía, el apoyo y el calor de mi marido.

Mejor no pensarlo, de inmediato me hacía sentir paria y desventurada. Aunque me constase que el sino de la mayoría de las mujeres no era casarse por amor y vivir una gran historia, yo habría querido esa oportunidad. Encenderme a la mera visión de mi esposo, caminar cerca del precipicio cada vez que sus manos me rozasen.

Sin embargo… ¿No era eso lo que había obtenido en mi noche de bodas con Theo pese a ser un extraño? ¿Se podía sentir excitación y pasión a raudales sin apenas conocerse? ¿Desear a alguien sin amarlo? ¿Era eso posible?

14

Le prometo pensarlo

Después del desayuno salí a cabalgar.

El conde de Meroy y, por ende, Farnwood, disponían de una nutrida cuadra donde vivían apaciblemente doce ejemplares sublimes, a cada cual más hermoso y sano. Pregunté a los mozos acerca del carácter de los animales, cuál era más dócil, el más brioso, si milord tenía preferencia por alguno en particular y cuál me recomendaban a mí. Escrupulosa y lujosamente ataviada para la ocasión, media hora más tarde, abandonaba la zona de caballerizas en un soberbio caballo negro de nombre Humo.

El paseo y la cabalgada despejaron mi mente de brumas y temores.

Pese a su cercanía a la capital, los terrenos de Farnwood eran realmente espléndidos, yo era la condesa de Meroy, tan solo debía aguantar una semana, quizá dos, el tiempo mínimo que imponía mi dignidad de dama recién desposada para empezar a visitar conocidos y parientes.

Volvería a tratar con mis amigas, esta vez de igual a igual, como mujer casada. Asistiríamos a la ópera, bailes y fiestas, a los espectáculos de Vauxhall Gardens, dispondría de todo el tiempo del mundo para leer e investigar, además de mi pequeña biblioteca de tesoros crearía mi propio invernadero y, ¿quién sabe? Hasta podría implementar en la propiedad, como dueña y señora, algunas de las medidas innovadoras que padre no me permitió poner en marcha en nuestras fincas.

Regresé a las cuadras bastante más animada, con el beso del sol reflejado en las mejillas y el apacible buen humor de quien se ha relajado por completo…

Hasta que divisé a Theo.

Montado como un príncipe en uno de los más altos corceles, uno completamente blanco que yo había admirado embelesada y en el que jamás me habría atrevido a cabalgar. El conde de Meroy era un individuo resplandeciente, tan perfecto y deseable que mirarlo debería considerarse pecado.

Yo llegaba, él salía. Tuvo la deferencia de detenerse a saludar con una leve inclinación de cabeza que tuvo mucho de impostada.

—Buenos días, milord, no sabía que pensaba salir a montar esta mañana, podríamos haberlo hecho juntos…

—No veo la necesidad —me cortó antes de que pudiera rematar la frase o sugerir algo como «podría mostrarme los rincones menos conocidos de Farnwood»—, siempre he disfrutado cabalgando en solitario.

Sonreí pícara.

—Ahora está casado, milord, las cosas cambian.

Habría querido decir «mejoran», pero no sé qué extraña sacudida me impidió pronunciar esa palabra.

—No tienen por qué —repuso tan inexpresivo e indolente como antes. Agitó la rienda—. Que tenga un buen día, milady.

Antes de que pudiera pestañear ya no lo tenía delante. Cabalgó a endemoniada velocidad por el sendero hasta perderse. Dejándome con la boca abierta a punto de replicar una impertinencia, rumiando mi rabia voraz.

¿Era preciso ser tan áspero? ¿Andar a la gresca todo el tiempo? ¿No podíamos convertirnos en algo cercano a compañeros de vida, mostrando compasión y dando apoyo al otro? Esperaría a la noche y lo instaría a una conversación que ya se iba haciendo, más que necesaria, obligatoria.

Pasé el resto del día entre la biblioteca y la sala nácar, seleccioné muchos libros para trasladar, tomé el té en la salita de música, deseando en silencio que mi marido apareciera por algún rincón como surgido de la nada, a comportarse como un anfitrión civilizado. Sin embargo, tal cosa no sucedió hasta la hora de la cena.

Me había resignado a comer sola, con la diferencia de que, en aquella ocasión, el ejercicio al aire libre y mis nuevas ilusiones me habían despertado el apetito. Francamente, no esperaba ver a Theo entrando por la puerta, vestido con un elegante traje oscuro que resaltaba el color casi verde bosque de sus iris.

—Buenas noches, milady. ¿Me permite?

—Siéntase como en su casa, conde —bromeé mostrándole un total de diez sillas vacías a lo largo de la imponente mesa.

Como imaginé, fue a sentarse en el extremo opuesto al mío, de modo que cenamos separados por una distancia total de unos cuatro metros.

—¿Disfrutó su paseo a caballo?

Podría llamarme Sarah, pensé. Me encantaría que me llamara Sarah.

—Fue muy agradable, milord. Creo que lo repetiré a menudo.

—El ejercicio es salud —sentenció llevándose el tenedor a la boca.

Tras su frase lapidaria pasamos otros cinco u ocho minutos sin dirigirnos la palabra, encarcelados en un silencio molesto, un poco incómodo, al menos para mí.

—Llevo un par de días observándole, milord —arranqué cargándome de valor—, y resulta que tenemos aficiones comunes. Muchas. Y no vería inconveniente en desarrollarlas… juntos.

Theo Beale alzó unos ojos sorprendidos bajo unas cejas arqueadas.

—No somos amigos.

—Pero podríamos serlo —insistí, firme en mis intenciones.

Por unos instantes que se me hicieron eternos, se concentró de nuevo en su comida.

—Prometo pensarlo.

—Ya es algo.

—Lo dice como si le fuera la vida en ello.

Se me escapó una risita sarcástica que lo hizo respingar.

—¡Santo cielo, no! Me haría la vida más cómoda, pero sin determinarla.

Theo le hizo una señal muda al lacayo y este le aproximó la fuente del pescado para servirle una segunda ración.

—Ya que estamos condenados a vivir en compañía —proseguí una vez que estaba envalentonada—, deberíamos poner todo de nuestra parte para que sea agradable.

—¿Debe serlo? La mayoría de matrimonios que conozco apenas si coinciden un par de veces al año. Cada cual tiene su vida, hace lo que quiere y no se rinden cuentas.

—Únicamente respeto de cara al telón social, lo sé. Y no le estoy proponiendo que nos vigilemos mutuamente, ni que nos debamos explicaciones.

—Faltaría, milady.

—Nadie va a robarle su preciada independencia como espero tampoco verme despojada de la mía. Es solo…

—La entiendo —dijo.

Y entonces se obró el milagro. Mi esposo sonrió.

¡Sonrió!

Fue como si mil velas alumbraran de repente aquella vasta sala. Era una sonrisa fuera de este mundo, increíble. Una curva seductora que transformaba su rostro haciéndolo virar de atractivo a irresistible.

Se me cayó el tenedor al suelo.

Un lacayo corrió a recogerlo mientras su compañero lo sustituía por otro.

—¿Me entiende?

—Sí. Compartir techo con un absoluto desconocido suele ser poco atrayente. El problema es que no tengamos demasiado que ofrecer, o el suficiente interés el uno en el otro como para que nos compense el esfuerzo.

«¿Cómo?»

—Deberíamos concentrarnos en la tarea de traer un heredero al mundo, milady. Estoy convencido de que las amistades y familiaridades pueden esperar.

Cuando salí de mi estupor, Theo había retirado su silla y estaba de pie, mirando ansioso hacia la puerta como si quisiera huir en desbandada. Chasqueaba los dedos y me desconcertaba. ¿Cómo se las arreglaba para lograrlo con tanta facilidad?

—Me retiro. Buenas noches.

—¿Esta noche no…? —se me escapó.

—No, ¿qué?

Mis mejillas se colorearon a vergonzosa velocidad.

—Nada. Que descanse.

—Igualmente.

15

Cumplamos con nuestra obligación

—¿Puedo pasar?

La voz de Theo me alcanzo por la espalda y me sobresaltó. Había olvidado cerrar la puerta que comunicaba nuestros aposentos, algo que me planteé hacer aquella noche a modo de protesta por su desplante durante la cena. Mi subconsciente desobediente y rebelde se había encargado de que lo olvidase.

—¿Qué se le ofrece, conde? —fue mi gélida respuesta.

Estaba sentada en el tocador, frente al espejo, con la escueta ropa de dormir, un instante antes de embutirme entre las sábanas. Lo vi atravesar la alcoba con movimientos felinos y las pupilas fijas en mis pechos. Una oleada de anticipación me estremeció de pies a cabeza.

—Amarte —susurró inclinándose sobre mí.

Dos segundos más tarde, me besaba como si el mundo fuera a acabarse aquella misma noche. Noté su lengua recorriendo los rincones de mi boca, sus manos ascendiendo por mis costados, su entrepierna dura como la roca…

Abrí los ojos y me senté de golpe en la cama. Con la respiración agitada y el pulso desbocado. No era más que un sueño, el reflejo de lo que mi cuerpo pedía a gritos y no recibía.

¿En qué me había convertido la noche de bodas?

En una indecorosa mujer, fogosa por demás, ardiente en exceso, permanentemente insatisfecha.

Giré con brusquedad para cambiar de postura, dando la espalda a la puerta que comunicaba nuestros dormitorios, incapaz de recordar, somnolienta como estaba, si había cerrado o no el pestillo. Por fortuna, volví a dormirme enseguida.

Lo que percibí como el roce de un aliento me rescató de las garras de Morfeo. A salvajes tirones, porque enseguida, un peso delicioso me aplastaba y me envolvía con su calor. Gemí entre sueños y traté de zafarme, pero mis labios ya habían sido capturados sin remedio por una boca cuyo sabor me resultaba familiar.

—Milord.

—Shhh.

Volvió a besarme, con más ardor y fuego. Me inundó su olor, la urgencia, la necesidad de recibir su toque, sus caricias, la manera en que había rozado mi piel despertándola como un instrumento que se afina con delicadeza.

—Theodore…

—Cumplamos con nuestra aristocrática obligación de nobles. Tengamos un hijo.

Me habló a media voz, en cautivadores murmullos, incitándome a seguir sus órdenes sin cuestionarlas.

Quizá la seda de la ropa de dormir estuviera amortiguando el chispazo de nuestro contacto. Eso pareció pensar mi esposo cuando con una mano aferró los bajos de mi camisón y lo plegó piernas, cintura arriba, hasta superar mi torso y quitármelo del todo. Entonces fui consciente de que Theo estaba completamente desnudo.

Me desperté de golpe.

No quedaba ni una brizna de letargo en mi cerebro. Hasta el más insignificante nervio se tensó, los músculos volvieron a la vida, todo mi ser renació de las cenizas para abrazarlo y responder a sus envites con toda el ansia contenida de la noche en soledad. Desperté, vaya si desperté. Mis dedos voraces sujetaron su nuca y se perdieron entre los mechones de su pelo.

Notaba su dureza sobre los muslos y mis piernas se abrieron para él sin el menor recato. Necesitaba tenerlo dentro cuanto antes. Dentro de las entrañas, penetrándome hasta el fondo, catapultándome a aquel placer infinito, insoportablemente intenso que me dio a conocer el primer día.

Arqueé la espalda al tiempo que gemía.

—Sarah… Oh, Sarah —gruñó ronco.

¡Por fin! Mi nombre en su boca, sobre su lengua que tan sabiamente paladeaba mis rincones, sonaba dulce como la miel, picante como las especias exóticas, sonaba hasta prohibido.

—Hazme tuya —siseé perdida en la niebla del goce más absoluto—. Hazme tuya.

Y aunque mi espalda formó aquella curva hacia él con intención de llamarlo, sus grandes manos aferraron mis caderas y dejé de sentir su peso. Antes de darme cuenta de lo que ocurría lo tenía entre las piernas. Su cabeza, su cabello suave entre mis dedos, su boca, labios, lengua, sus dientes en mi sexo, jugueteando con mis pliegues, separándolos para tener un mejor acceso.

Nunca imaginé que pudiera notarse una sensación igual. La succión, los mordisquitos y lametones me hicieron perder la cabeza. Alcancé ese punto sin retorno en el que todo explota y se destensa en dos ocasiones, y enseguida, mi marido cambió de postura para volver a colocarse sobre mí, entre mis piernas, y me penetró.

Se embotaron mis sentidos, extravié la cordura. Lo único de lo que era capaz era de gozar con cada hálito de respiración, con cada latido de mi pulso acelerado. Unidos íntimamente, convertidos en un solo ser, nos retorcimos, danzamos piel con piel hasta derramarnos, de nuevo juntos, por última vez.

Necesitaba recuperar el resuello, volver al mundo de los mortales que había abandonado hacía un rato, volver a ser yo, no la placentera mitad de Theodore Beale.

Respiraba acompasada, con los ojos cerrados, sin atreverme a creer lo que acababa de experimentar, cuando sentí un sueve beso en la sien.

—Buenas noches, milady. Que descanse.

¿Pensaba marcharse? ¿Después de todo aquello? ¿Después del terremoto que había sacudido los cimientos de Farnwood, me abandonaba de nuevo?

Sin embargo, estaba tan agotada que no me importó demasiado. Solo quería dormir, aunque habría preferido hacerlo entre sus amorosos brazos.

Entonces, adormilada y semi consciente, me recordé que eso era precisamente lo que nos faltaba: el amor.

Madrugué con la sensación de haber dormido como nunca, descansada y fresca, aunque mis músculos protestaran un poco con cada movimiento. Exceso de ejercicio, me dije,

recordando la cabalgada del día anterior.

Y otros esfuerzos.

En el rellano de la planta noble, al ir a bajar las escaleras para el desayuno, me crucé con Theo. Impecable en su atuendo, oliendo a gloria y varón, tan deseable como una tarta recién sacada del horno. Cruzamos una mirada que, Dios me asista, rezumaba complicidad.

—¿Tan temprano y ya despierto, milord?

—Salgo de la cripta en cuanto amanece, querida.

—Compruebo que no le falta sentido del humor.

—¿Le parece?

—No es preciso que me huya, no pienso hacerle ningún daño. ¿Ha pensado ya en mi oferta de ser amigos?

—¿Esta noche? —frunció el ceño—. Francamente, la he dedicado a descansar.

Enfilé la ancha escalinata de piedra blanca con el conde a mi lado.

—¿Preparamos un viaje de novios?

—No nos hace ninguna falta —espetó severo.

Lo miré de reojo, resentida.

—Pero ¿qué mal hay en…?

—He dicho que no.

—Sus excusas acerca de obligaciones inexcusables no son ciertas, milord. Monta a caballo, mata el tiempo en la biblioteca y vagabundea durante todo el día.

—Tenga por seguro que también me dedico a otras cosas, milady. Haga el favor de dejar de espiarme.

Acabábamos de alcanzar la puerta del comedor de mañana cuando me indigné de tal modo que tuve que sujetar mis puños para que no salieran despedidos a buscar su cara.

—¿Espi…? ¿Quién lo espía? ¡Yo no lo espío!

Hizo como si no me hubiera oído y se centró en tomar asiento a un extremo de la mesa. Siguiendo su ejemplo, yo hice otro tanto en el extremo opuesto.

—Un viaje enriquecería la convivencia —insistí machacona.

Él tomó la gaceta y se zambulló en su lectura.

—Es usted aborrecible —siseé entre dientes cuando no tenía encima a los lacayos.

—Ya soy algo, de lo cual me alegro.

Y siguió leyendo.

16

Decisión sublime

Sinceramente, no supe cómo traducir aquello. Su comportamiento en sí empezaba a convertirse en un jeroglífico imposible de descifrar. ¿A qué tanta pasión, tanto empeño por las noches? El conde quería un heredero, sí, eso estaba claro. Pero ¿hacía falta ser tan… tan… sumamente fogoso y cautivador? Sabía de damas casadas a los que sus esposos ni siquiera despojaban de la ropa antes de yacer. No había besos, ni caricias y en largos años de matrimonio nunca conocieron el placer. Eran chismes que contaban las criadas y que yo atrapaba aquí y allá en mis correrías por la casa solariega.

Estaba convencida de que lo que mi marido me prodigaba entre sábanas poco tenía que ver con un mero interés práctico por perpetuar el linaje. Entre nosotros existía una conexión, lo que los científicos denominarían con el correr de los años un vínculo químico, que nos convertía en irresistibles a ojos del otro.

Cierto que éramos dos extraños, puede que ni siquiera nos soportáramos. Su arrogancia y frialdad andaba muy cerca de ganarle la partida a su atractivo y apostura. Mi esposo empezaba a resultarme insufrible y, sin embargo, en el momento en que me rozaba se obraba la magia.

Desesperante.

Retiré mi silla con la asistencia del lacayo que adivinó mi intención de abandonar la mesa. Una vez de pie, Theo se molestó en repasarme con un solo ojo desde detrás del noticiero.

—¿Va a salir?

—¿Cuento con su permiso? —lo reté.

El ojo desapareció de inmediato.

—En lo que a mí respecta puede dar la vuelta al mundo, milady. Dos veces.

—Veo que derrocha usted amabilidad por las mañanas, milord.

—Y el resto del día, condesa. Y el resto del día.

Maldito fuera el conde que se dedicaba a reírse de mí.

Ya sabía lo que debía hacer para recuperar el terreno perdido: impedir, dentro de lo posible, que me tocara. Si Meroy se pensaba que me conformaría con pertenecerle como un títere que maneja a su antojo, iba a demostrarle lo equivocado que estaba.

Con Sarah Chester no se juega.

El tiro me salió por la culata. Sin explicación ni razón aparente, Theo no volvió a buscarme por las noches durante las cinco siguientes y yo me descubrí anhelándolo, retorciéndome en el lecho en soledad, rememorando sus atrevidas caricias y los lugares prohibidos donde me había mordido. Lamido. Chupado. Besado.

Echando de menos su forma de hacerme el amor. Quedaba claro: era una desgraciada. Tanto con, como sin él.

Consideré que ya había transcurrido tiempo suficiente como para no pecar de ridícula si

visitaba a mis amigas. No me engañaba pensando que no iba a relatarles con detalle mi rocambolesca situación, atenta a sus consejos de damas experimentadas en aquello del casamiento. El caso era…

Que nuestros enlaces no eran comparables. Ellas se habían desposado por amor. Un sentimiento arrebatador que había llegado a sus vidas arrasando con todo, que las convirtió en las mujeres más felices uniéndose con los hombres de los que estaban perdidamente enamoradas.

A mí me habían casado mis padres.

Con alguien con quien apenas había cruzado una docena de palabras. Guapo hasta robar el aliento, sí, pero indiferente a mis necesidades de mujer. Me refiero a las emocionales. Las físicas las atendía divinamente por la cuenta que le traía, que era concebir un heredero, un pequeñín que en un futuro sería, ni más ni menos, que duque de Cleveland.

Envié nota a la duquesa de Montrose anunciando mi visita y ella personalmente se encargó de avisar a las hermanas Wellfly. Tenía tantas ganas de verlas de nuevo. Fue un reencuentro emotivo en la residencia de los Montrose en Londres, ante un surtido de deliciosas tartas y el mejor té indio que recordaba haber probado.

No tardé en ponerlas al tanto de mis desdichas.

Se mostraron todo lo comprensivas que me esperaba. Cálidas y afectuosas.

—No me cabe duda de que acabarás enamorándolo —arrancó la jovial Victoria—. Ese conde terminará perdiendo la cabeza por su preciosa mujer, te lo anticipo.

Le dirigí una mirada de franca incomprensión.

—Está claro que no se resiste a tus encantos —aclaró Grace con una maliciosa sonrisa en los labios—. Créeme, si hay un lugar donde un hombre no puede fingir es en la cama.

—Le gustas —remachó Clara irradiando felicidad. Se miraron entre ellas—. Habida cuenta lo que nos has contado, de eso no nos cabe la menor duda.

—¿En serio lo pensáis?

—Desgraciadamente, la atracción física no basta para mantener a flote un matrimonio, hay que construir cimientos sólidos, una base de confianza y apoyo mutuos —disertó Grace sin perder aquel gesto de complacencia que siempre advertía en su rostro cuando se refería a su esposo—. La admiración… es importante. ¿Tú admiras a tu conde?

La pregunta me pilló por completo desprevenida.

Desde que lo conocía, Theo no había hecho nada digno de admiración. Más bien todo lo contrario.

—¿Yo? ¿Admirarlo? Creo que no. Es presuntuoso, distante, pagado de sí mismo.

—No suena muy halagüeño —se dolió Clara con un puchero.

—No lo es. Tiene todas las cartas para ganar la partida de caballero difícil —califiqué, muy segura de lo que afirmaba.

—Apenas lleváis unos pocos días de convivencia, surgirán situaciones, oportunidades para conocerse mejor y, ¿quién sabe, Sarah? A lo mejor tu marido te sorprende.

Fruncí el entrecejo mirando a Grace con desconfianza.

—Entretanto, quizá sea aconsejable divertirse. Buscar entretenimiento en otra parte… Y no pongas esa cara, querida, no estoy sugiriendo que te busques un amante —rio Victoria—. El club de las ladies y sus actividades poco ortodoxas podría echarte una mano.

Las miré una a una. Un poco perpleja.

—Me propones que nos dediquemos a allanar moradas ajenas para distraerme de los desplantes de mi esposo.

—Algo así. Un poco de emoción hará de tu monótona vida algo excitante. A fin de

cuentas, gozas de toda la libertad imaginable, al menos el matrimonio no te la ha quitado, aprovecha lo positivo de tus circunstancias.

—En el banquete de tu boda, la vizcondesa Riggerton no paraba de presumir del collar de zafiros y brillantes que lucía, regalo de su esposo —dejó caer Grace como por casualidad.

Al oírla, tanto Victoria como Clara contrajeron la expresión.

—Oh, esa mujer ostentosa y horrible. Qué mal me cae.

—A mí también. ¿No creéis que se merece una lección?

—Acaban de mudarse a la mansión del número cuarenta y dos de Bond Street —informó Grace con su gracioso tono de marisabidilla—. Pertenecía a la familia Rothschild y había sido adjudicada a uno de los hijos menores. Pero los vizcondes aprovecharon un agrio desencuentro entre familiares para hacerse con la propiedad.

—Por una bicoca, además —calificó Victoria con disgusto—. Un comportamiento tan despreciable como deshonroso.

—Digno de una codiciosa sin corazón.

—A la que su marido baila las aguas en todos sus caprichos.

—Está claro que esa vizcondesa merece perder algo que le importe muchísimo.

—Y esta vez, que no lo encuentre en casa de otro aristócrata. Su castigo será perderlo para siempre.

—Y al esposo… —calibró Grace—, dejadlo apuntado también, para más adelante. Algo habrá que le podamos arrebatar.

—Planeando este tipo de escarmientos casi me considero una especie de… ¿justiciera? —contuve una carcajada.

Parecía un milagro que mi humor hubiera cambiado por completo tan pronto.

—Justicieras —repitió Victoria a media voz—, suena bien, a propósito insigne. Podríamos serlo.

Aquella peculiar asociación de nobles enganchadas a la necesidad de procurarse emociones fuertes era una mala, malísima influencia. Pero también eran el bálsamo que curaba mis heridas, las alegres risas que arrastraban mi tristeza y soledad como las olas enfurecidas barren las orillas.

Bien por ellas. Adelante.

17

Un tratamiento formal

Cuando regresé a Farnwood era otra persona. Borracha de entusiasmo. Feliz. Me brillaban los ojos. Tenía proyectos, perspectivas, algo que podía llamarse visión de futuro. Y una amable compañía, aquel grupo de mujeres reunido casi por casualidad, que se había convertido en mi mayor sostén, por encima del dudoso apoyo que me garantizaría la gente con la que compartía apellido.

—Bueno, bueno, milady se digna a honrarnos con su presencia.

La voz grave y autoritaria de Theo me sacudió de pies a cabeza.

Lo vi allí, al pie de la escalera, erguido y apoyado en el mástil de la barandilla, observándome como quien observa un semental carísimo que piensa comprar. Su mención de mis dos vueltas al mundo resonó en mi memoria como un mazazo. No me costó demasiado hacerme la desentendida, pasar por delante sin derretirme, con un aire indiferente que me convertía de inmediato en alguien interesante e inalcanzable.

—Le dije que hoy visitaría a mis amigas, milord. ¿Tan pronto lo ha olvidado? ¿O es que no presta atención cuando hablo?

—Yo siempre presto atención a todo. Simplemente imaginé que tardaría menos.

—Voy a cambiarme para la cena.

Ascendí despacio, recreándome en cada peldaño, consciente de que él seguía allí, contemplando mis movimientos, el vaivén de mis caderas al avanzar. La idea de sus pupilas fijas en mis posaderas me puso histérica.

Estuve a punto de tropezar.

Para mi sorpresa, me acompañó a la mesa. Justo cuando empezaba a no importarme tanto si lo hacía o no. Porque yo ya tenía un entretenimiento previsto que me burbujeaba y me mantenía viva de nuevo. Iba a retomar mis osadas actividades como apropiadora de lo ajeno, esta vez con fines casi honorables. ¿No era formidable?

Qué equivocada estaba.

Demasiado pronto había olvidado, más bien querido olvidar, el efecto demoledor que mi esposo ejercía sobre mi persona. Theo entraba en una habitación y absorbía el espacio, todo se reducía a él, el resto del mundo se difuminaba, dejaba de existir recalcando su invencible poder. Su irresistible magnetismo.

—Hoy me he entrevistado con un coleccionista de libros antiguos —me estaba contando cuando yo me liberé del lazo hechicero de sus ojos—. Ha venido aquí, a Farnwood. Siendo como eres una amante de los libros, pensé que te habría gustado estar presente.

Estaba… ¿Estaba tuteándome?

—Hubiera sido una opción encantadora, de haberse molestado en ponerme al tanto. No tenía conocimiento alguno acerca de esa visita. ¿Ha sido fructífera?

—Prometedora. Buscará para mí unos volúmenes especiales, catalogados como ejemplares raros.

—Suena emocionante.

—¿Te burlas?

—¿Parece que lo hago?

—Suena a que no te importa lo más mínimo.

Le dirigí una mirada dura, inflexible.

—Los libros son sagrados, milord. No permitiré que piense que tomo a la ligera nada relacionado con ellos. Son la cuna de la sabiduría, mi mejor compañía, rodeada por ellos no me sentiré sola en la vida.

—Quizá en otra ocasión pueda presentarte al señor Fang. Es chino.

—Vaya, además de interesante, exótico.

—Sus contactos en el universo de las bibliotecas y colecciones privadas son apabullantes. Un individuo de lo más atípico.

Lo observé con fijeza por encima de mi copa de vino.

—No resulta tan complicado, ¿no le parece?

—¿A qué te refieres?

—A mantener una conversación normal, como adultos debidamente educados que se limitan a intercambiar opiniones sin asesinarse. Podemos hacerlo.

Me devolvió una ráfaga de idéntico interés en la mirada. Mi piel se erizó sin permiso.

—Te noto cambiada, esposa mía —canturreó burlón—. Es triste comprobar lo bien que te sienta pasar tiempo lejos de mí.

—Me sienta bien pasar tiempo junto a mis amigas. No tiene nada que ver con usted. Por cierto, ¿cuál es la causa de que de repente me tutee?

Meroy dio un imperceptible respingo. Como si de repente cayera en la cuenta de algo importante que había olvidado.

—¿Lo hago? Disculpe, milady, no era consciente de ello. Ni de que le molestara.

—No me molesta, milord. Precisamente era usted el empeñado en que no fraguáramos confianza de ninguna clase.

—¿De modo que…?

Lenta y elegantemente aparté mi silla, posé la servilleta sobre la mesa y me puse en pie con un dramático suspiro. Algo me decía que empezaba a tomar las riendas de aquella absurda relación.

—De modo que será mucho mejor si mantenemos las distancias y un tratamiento formal. Buenas noches, milord, que descanse.

Qué gratificante volver a ser la de siempre. Sin llegar a perder los modales que me habían inculcado desde niña, nunca fui sumisa en exceso y mi vena aventurera me llevaba, no en pocas ocasiones, por extraños derroteros. Meroy, sin embargo, me había atontado desde el principio. Aquel influjo enfermizo que ejercía sobre mis pasiones, encendiendo el deseo más allá de mi control, activando cada centímetro de piel con su mirada, con la perspectiva de su roce…, lo detestaba.

Aborrecía volverme débil de repente, doblegarme a sus deseos incapaz de plantarle cara, como si su poder infinito sobre mí mandase y se expresara solo para ser obedecido. Theo era mi esposo, no mi dueño. Me alegraba estar fortaleciéndome poco a poco, que su presencia no me resultara tan intimidante, no al menos, al punto de anularme del todo.

Si se igualaba la potencia de nuestros ejércitos, aquella guerra podría acabar siendo mucho más justa.

Resuelta y hasta feliz, convenientemente vestida para dormir y peinada por mis doncellas hasta que mi melena resplandeció como el oro bruñido, pasé un par de horas leyendo con calma en mi gabinete, frente a la chimenea, degustando una copita de licor dulce, maquinando maldades. La idea de que en apenas un par de jornadas las ladies y yo viviríamos otra de nuestras arriesgadas aventuras hormigueaba efervescente en la boca de mi estómago. La emoción, la excitación del riesgo, del qué pasaría si nos pillaban, qué explicación daríamos, las terribles consecuencias de la torpe travesura tanto para nosotros como para nuestras familias, la firme convicción en torno a nuestro éxito que nos movía…

Todo sumaba para hacer de nuestros lances algo tan estimulante como una noche de tórrido amor.

Y a falta de lo segundo…, bien estaba lo primero.

18

Un conveniente dolor de cabeza

Tal y como calculé, dos días más tarde recibí nota de Victoria, marquesa de Gregshire, en el carísimo papel de carta que solía usar para las comunicaciones importantes. Perfumado y sellado con lacre, avisándome de que el golpe lo daríamos aquella misma noche.

No precisaba de mayor plazo de preparación, de hecho, todo estaba listo a la sola espera de conocer fecha y hora. Pero estaba tomando el té en la sagrada intimidad de mi biblioteca y todo estaba a punto de embrollarse muchísimo.

En primer lugar, mi marido entró por la puerta inusualmente animado. Hasta venía silbando y en ropa de montar. Llevaba tres días coincidiendo con él apenas un puñado de minutos con sus correspondientes noches sin visitarme. Y si yo no había enfermado de ansiedad escudriñando la oscuridad de mi alcoba esperando verlo aparecer, había sido porque la inminencia del golpe en el cuarenta y dos de Bond Street me tenía lo bastante exaltada y entretenida. Pues precisamente ahora…

—Querida, esta noche he invitado a cenar al señor Fang. Supongo que tendrás curiosidad por conocerlo.

Puse cara de circunstancias, aunque recordaba perfectamente quién era aquel hombre. Necesitaba ganar tiempo para inventar una treta.

—El coleccionista de libros raros —me aclaró con un suspiro de impaciencia.

—Ah, ¡el caballero chino!

—El mismo.

Esa noche, a la hora de la cena, yo estaría vistiéndome de hombre, negro de pies a cabeza, planeando escabullirme como una vulgar ladrona por el sitio menos concurrido de mi propia mansión, a fin de reunirme con mis compañeras. Lo que no podía, tres horas antes, era anunciar que iba a encontrarme mal.

De acuerdo. Fingiría como una bellaca.

—Estupendo. —Sonreí amable—. Sí que me llaman la atención sus actividades y el modo como localiza los volúmenes. Apuesto a que tiene mil y una hazañas increíbles para contar.

—Auténticas novelas, me figuro.

—Será una velada de lo más interesante —zanjé volviendo mi atención al libro.

Percibí que Theo no se marchaba como había esperado. Seguía allí, en la puerta, apoyado indolente en el quicio, observándome. Levanté la mirada.

—¿Se le ofrece algo, milord?

—¿Debería ofrecérseme?

—Bueno, está ahí, como un pasmarote… ¿Le apetece un té?

Lo de pasmarote lo ofendió, porque se puso rígido y la plácida expresión de su rostro mutó a una crispación desagradable. Agitó la fusta en el aire y la descargó sobre la mano libre

enguantada.

—No, gracias, tengo mucho que hacer.

—Oh, sí, ya lo veo. Ocupadísimo.

—¿Ironizando, milady?

En lugar de responder, bebí té. Lo degusté sin prisas. Si Theodore Peter Beale quería guerra, la tendría. Porque la Sarah de siempre ya había despertado y era temible.

Acabé el té, quemé la nota de la marquesa y me refugié en mi dormitorio donde tras llamar a mis doncellas pidiendo algunos remedios contra la migraña, me recosté rogando que nadie interrumpiera mi reposo.

—¿Se encuentra muy mal, milady?

—¿Quiere que llamemos al médico?

—No es necesario. Solo necesito descansar con el cuarto en penumbras. Si no os he avisado para la hora de la cena, excusadme con el conde y nuestro invitado. No estoy para recibir a nadie.

Las muchachas acataron mis peticiones despidiéndose con una reverencia. Fingí un ratito, por si a alguien le daba por volver y finalmente empecé a vestirme. Luego, completamente transformada de dama a ladrona, me embutí entre sábanas con las colchas hasta las cejas.

Pasada la hora de la cena, oí que la manivela de la puerta medianera se agitaba y trataba de abrirse. El pestillo, por descontado, estaba echado desde dentro.

—¿Sarah?

Era la exquisita voz del crápula de mi marido. Me mordí los labios intentando no hacer ruido ni con la respiración.

—¿Sarah? ¿Se encuentra bien? ¿Está dormida?

¿Cuánto pensaba insistir?

Me encogí bajo las mantas, con los párpados apretados y las manos sobre las orejas, pidiendo a los santos dejar de oír el repiqueteo de la manivela que me desquiciaba los nervios. Por fin se hizo el silencio. Y entonces reparé en otra cosa.

Salté de la cama como impulsada por un resorte y corrí a la puerta principal cerrando los dos pestillos a toda velocidad. Terminaba de asegurarlos cuando los nudillos de Theo golpearon con brío al otro lado.

Aguanté la respiración sin atreverme a mover un pie.

—¿Sarah? ¿Duerme? ¿Se encuentra bien?

¿Qué podía hacer para que me dejara en paz? De puntillas y de espaldas, sin perder de vista la puerta, retrocedí hasta el lecho y me zambullí dentro.

—Estoy bien, milord —aseguré con voz quebrada—. Lo siento, solo tengo un espantoso dolor de cabeza.

—¿Necesita que avise al médico?

—No, nada de eso. Dormir en la oscuridad es lo único que me funciona.

Theo permaneció todavía un rato al otro lado de la puerta, sin decir nada, como cavilando, lo cual me puso infinitamente más nerviosa. La hora de la cita con las ladies se acercaba a pasos de gigante y yo no lograba deshacerme de un marido repentinamente preocupado por mi salud.

—De acuerdo —resolvió para mi absoluto alivio—. Si necesita algo, llame a la señora Garner. Conoce muy buenos remedios para casi todo.

—Lo haré, gracias, milord.

—Que descanse.

Vaya si le estaba costando despegarse de la entrada a mi alcoba. Con aquella despedida que se prolongaba palabra tras palabra sin rematarse nunca.

Agucé el oído y resoplé cuando, a Dios gracias, escuché sus decididos pasos alejarse pasillo adelante. Dejé transcurrir unos quince minutos para asegurarme, tras lo cual, despaché las gruesas colchas y las mantas, completé mi atuendo con los guantes oscuros y el pasamontañas que me cubría el rostro y me pregunté si no sería muy arriesgado, dadas las circunstancias, bajar por las escaleras principales.

¿Y si Theo estaba en el salón de fumar, en su despacho de abajo o en la biblioteca? Si la puerta de cualquiera de aquellas tres estancias estaba abierta, no habría forma de ocultarme, me descubriría al cruzar.

Miré a los ventanales.

Al menos la noche lucía clara, no llovía y el ambiente estaba seco. Ni corta ni perezosa abrí una de las ventanas, la que estaba más cerca de los canalones de aguas pluviales, tanteé su estabilidad y sentada en el alféizar con las piernas hacia fuera, me agarré bien y me deslicé hasta alcanzar el suelo. Era una suerte ser menuda y ligera como el plumón, según se mofaban mis hermanos.

Un coche de alquiler enviado por la marquesa me esperaba en el exterior de Farnwood, ocupando un discreto ángulo donde no llamaba la atención. Atravesé los jardines a la carrera, cobijada entre las sombras de los arbustos, lo más pegada posible a los muros interiores. Con el corazón latiendo al galope, solo pude relajarme cuando aseguré la portezuela del carruaje y golpeé el techo dos veces para que el cochero arrancara.

19

El 42 de Bond Street

Theo

No necesitaba ser un lince para adivinar que la noche sería larga.

Y dolorosa.

Algo que nunca habría sospechado. La extraña punzada que tenía allí dentro, incrustada en mitad del pecho, molestando.

Notaba diferente a mi esposa, como si de repente, otra ilusión que no era nuestro matrimonio le infundiera vida y ya no me necesitara. Ni siquiera mi amistad que era, a fin de cuentas, lo único que me había pedido. Esa certeza me provocaba un ramalazo que sacudía mi espalda, una desagradable sensación de vacío y pérdida, tal que si me hubieran arrebatado lo que tenía, antes de saber que era valioso.

¿Sarah?

¿La estaba perdiendo? ¿Alguna vez la había tenido?

Unos nudillos contundentes golpearon mi puerta y enseguida me recordé que no era ella. Esa forma de llamar era más propia de mi ama de llaves que de nadie en el mundo conocido. Le permití pasar.

—Buenas noches, milord. ¿Necesita algo?

—No, señora Garner, muy amable. Puede irse a dormir.

El caso es que no se movió del sitio y se restregó una mano contra otra con frenético histerismo.

—¿Me permitiría unas palabras?

—¿Ahora? No es buen momento, señora Garner. Es tarde y estoy agotado.

—Tiene relación con milady —insistió con un ligero titilar en la voz.

Entonces muchísimo menos.

—Mucho menos deseo hablar de mi esposa en estos instantes, señora Garner.

—Pero milord…

—¿Ha empeorado?

—No que yo sepa, milord.

—Entonces dejémoslo. Se lo agradezco —zanjé con tono más duro y firme.

Ella agachó la cabeza, hizo la reverencia de rigor y salió de mis aposentos dejándome de nuevo a solas con mis miserias. ¿Qué iba a pedirme? ¿Que la tratara bien? ¿Que le pusiera las cosas fáciles? La señora Garner era caritativa, una persona con corazón, la conocía desde niño. Cuestión de poco tiempo que se encariñara con Sarah y juntas conspirasen en mi contra a fin de

que la señora de la casa me manipulara a su antojo para salirse con la suya.

Tal cosa no sucedería.

Yo había descubierto algo aquella misma noche que necesariamente lo cambiaba todo.

Como temía, pasé las horas en vela, sentado junto a la ventana con una copa en la mano. Había visto a un hombre bajar por la fachada desde su alcoba. Una silueta delgada vestida de negro. El amante de mi mujer no era ningún gigantón escocés, más bien un tipo flacucho de poca monta, aunque trepaba como un gato. Seguro que era dueño de un cerebro privilegiado, intelectual y culto de los que ella admiraba y yo, a su lado, parecía un bruto insensible.

Me mesé el cabello. Con una hoguera ardiéndome en las tripas. No estaba celoso, no lo estaba, lo juro. Aquello no eran celos.

¿Verdad?

Sarah

Conforme a la información que barajábamos, la familia Riggerton se encontraba en casa aquella noche. Cada cual en su dormitorio, entregados al descanso. Victoria y Clara defendían a toda costa el carácter bobalicón del matrimonio, los hijos y el plantel de criados. La fecha escogida coincidía con la celebración del cumpleaños de la vizcondesa, una opulenta fiesta donde el vino y los licores corrieron a raudales asegurándonos una buena colección de ronquidos profundos. La plantilla de servicio caería en los catres defenestrada de agotamiento después de la tensión de los preparativos y la ansiedad porque todo saliera a la perfección.

Las ausencias por viajes y las noches ordinarias que seguían a un festejo eran óptimas para un allanamiento, recitaba Grace con su voz ahuecada de monito sabio.

De modo que allí estábamos, divididas en dos grupos de a dos, yo contemplando ensimismada la destreza de su excelencia Clara con las ganzúas, descerrajando la puerta trasera en un abrir y cerrar de ojos sin el menor ruido, las hermanas Wellfly aguardando escondidas en el jardín.

Clara enderezó la espalda con una expresión de triunfo iluminando su preciosa cara.

—Listo. Ya podemos entrar. Dejaremos abierta la puerta y ellas la atravesarán en exactamente —consultó un pequeño reloj de bolsillo con pinta de costar una fortuna—, diez minutos.

—¿Crees que el collar está en el gabinete de la vizcondesa?

—Si ha sido tan estúpida como para no hacerme caso, seguirá expuesto en la vitrina de la sala de visitas. Si atendió a mi consejo…

La duquesa había honrado a la vizcondesa con su visita días atrás para tomar juntas el té. Lo suficientemente atrás como para quebrar cualquier sospecha de relación entre el encuentro y el robo. Emocionada con la presencia de tan ilustre dama en su casa, la vizcondesa la había recibido en la salita destinada a tales fines, en cuyo centro destacaba una vitrina en maderas nobles y cristal, donde se exhibía el fastuoso collar.

—No le parece que tenerlo ahí, tan a la vista resulta un poco… ¿tentador?

La vizcondesa rio como una gallina clueca.

—¿Tentador para quién, excelencia?

—Para los ladrones.

—Oh —dibujó en el aire un abanico con la mano—, pierda cuidado, nadie entrará en esta casa. Esa gente de baja estofa no imagina siquiera el valor de esta pieza, ni saben de su existencia. Por el contrario, nuestros distinguidos amigos, los únicos autorizados para pisar el suelo de esta mansión, merecen poder deleitarse con la exquisita belleza de esta joya.

—Desde ese punto de vista… —dejó caer Clara fingiendo arrobamiento—, vizcondesa, es usted muy sabia.

—Está mal que yo lo diga, excelencia, pero mi esposo, además de generoso en extremo, prueba tener un gusto extraordinario para elegir regalos valiosos.

—Será porque usted los merece, querida. Todavía no he conocido a ningún hombre que adule sin causa a una dama.

Los mofletes de lady Riggerton se pusieron como tomates. Su manita aplastó a golpecitos el cabello recogido con pulcritud en un moño.

—Está locamente enamorado, sí.

—Estoy segura de que ese collar tiene un valor incalculable.

—Podría dar de comer a todo un pueblo durante muchos meses.

—O mantener un orfanato en funcionamiento varios años. Por cierto, cuando estemos solas, déjese de formalismos, llámeme sencillamente lady Clara —agregó a toda prisa, desvaneciendo el ademán de sorpresa de la mujer.

La duquesa temió que su anfitriona sufriera un desmayo al oírla.

—¿Lo dice en serio? Qué honor, excelencia, qué honor…

—Volviendo al tema del collar… No sé, vizcondesa, me fío de su buen juicio, pero quizá en su gabinete, oculta la caja entre su colección de cajitas de música…

—¿Cómo sabe de esa afición mía?

Clara echó atrás la cabeza y soltó una carcajada cantarina.

—Ay, querida, pero qué olvidadiza es. Me lo contó usted misma la última vez que coincidimos.

La mujer se quedó cavilando si lo que la duquesa afirmaba tenía trazas de ser cierto y cuán desastrosa era su memoria.

Así fue como entre pasta y pasta, confidencia y risa, la dulce Clara sembró la semilla de una ubicación mejorada para el objeto del futuro expolio. Dado el afán de lady Riggerton por agradarla, las posibles ubicaciones de la presa se reducían a dos: la misma que tenía hasta entonces si hacía gala de su testarudez, o el gabinete.

—Deja la puerta encajada —me indicó en un susurro—. Así, que parezca cerrada sin estarlo. Vamos a la sala de visitas a comprobar la vitrina.

Como Clara suponía, la encontramos vacía. En lugar del collar, habían expuesto una suerte de pieza de ajedrez de gran tamaño esculpida en algo que parecía marfil y oro.

—Seguro que es un objeto fetiche del vizconde —aventuré.

Clara asintió en silencio.

La casa parecía un sepulcro. Todavía con la mezcla de olores propia de un festejo, cera de velas, flores y perfumes franceses en una intensa algarabía. Y ni un alma en los alrededores. La duquesa señaló la escalera con el índice.

Subimos a toda velocidad. Las suelas de los zapatos que nos habíamos procurado como parte de nuestros uniformes de faena, no solo se agarraban a las paredes cuando escalábamos. Además, amortiguaban las pisadas y hacían de nuestros avances algo extremadamente silencioso.

Conforme adelantábamos por el corredor hacia los aposentos de la dueña de la casa, el movimiento de unas sombras que se agitaban a nuestras espaldas nos contó que nuestras

compañeras habían alcanzado la planta alta sin novedad. Pronto estaríamos juntas las cuatro.

20

Cajitas de música

Pese al aviso previo por parte de la duquesa, la recargada decoración del gabinete contiguo a la alcoba nos sorprendió y se nos cayó encima. Alabando con exageración su refinado gusto, Clara también había aprovechado la buena disposición de la vizcondesa durante su té, para pedirle que le enseñara alguna estancia decorada por ella. A sabiendas de que serían las más íntimas y personales.

—No imagina lo mucho que me ha ayudado. Debo renovar el mobiliario en mi gabinete privado y, con franqueza, no sabía cómo hacerlo. Posee usted un especial talento para mezclar colores y estilos, querida, enhorabuena.

A cada halago, la vizcondesa se inflaba más y más, con serio peligro de reventón. Clara y su prodigiosa memoria eidética habían tomado buena nota de los detalles e itinerario para utilizarlo cuando conviniera.

Por ejemplo, aquella noche.

Atravesamos el cuarto y la duquesa se detuvo frente a una galería con diversos estantes.

—Os presento la colección de cajitas de música de la vizcondesa. No os moféis, las chinas y japonesas son muy curiosas.

—Venga, ya habrá tiempo para chácharas cuando hayamos salido de la casa con el botín —interrumpió la perfeccionista Grace—. Cada minuto que pasamos aquí dentro supone un grave riesgo.

Nos miramos aguantando la risa. ¿Acaso no era precisamente eso lo que nos motivaba?

Sin necesidad de hablar nos repartimos las cajitas para inspeccionar su contenido. Debíamos abrirlas y cerrarlas con suma rapidez, sin permitir que el mecanismo se pusiera en marcha y la música rompiera el silencio que nos protegía. También nos colocamos en una disposición concreta, muchas veces estudiada, que nos permitía movernos sin ser un estorbo para las demás y que, en caso de fuga precipitada, facilitaba que fluyéramos sin cortarnos el paso unas a otras.

Habíamos invertido horas de experimentación y estudio en nuestro peculiar entretenimiento. Y cada segundo merecía la pena.

—Aquí lo tenemos.

Lady Victoria dio con la única caja que se parecía a las demás, sin producir música. Era un joyero del mismo tamaño, inteligentemente camuflado en el conjunto, que custodiaba el collar de zafiros y diamantes.

—Preparando la operación salida entonces —se alegró Grace con un gesto de éxito.

Victoria tomó el collar, lo envolvió en un pedazo de paño de seda que llevaba en el bolsillo y se lo guardó mientras la caja cerrada volvía a su lugar en el estante. Nos agrupamos un

poco más entre nosotras y al girar para desalojar, exultantes de felicidad, se nos heló la sangre.

La vizcondesa en ropa de dormir, plantada en el acceso a su gabinete, nos miraba con rostro inexpresivo, pálida como una luna llena.

Nuestras identidades estaban a salvo gracias a la vestimenta que nos tapaba la cara, pero pronto daría la voz de alarma, la casa despertaría y una vez nos cercaran, resultaría casi imposible escapar de allí.

¡Estábamos perdidas!

Creo que a las cuatro se nos quedó seca la boca, se nos paró el corazón. Tardamos quince segundos en decidir qué hacer.

Los mismos que invirtió la vizcondesa en hacer… nada.

Seguía allí mismo, rígida, paralizada. Igual que una estatua de alabastro.

—¿Tiene…? ¿Tiene abiertos los ojos? —tartamudeé buscando a tientas la mano de Victoria para aferrarme a sus dedos.

—Sí, pero apenas parpadea —me respondió Clara.

—Es sonámbula —comprendió entonces la sagaz Grace—. Quedaos quietas, ni respiréis.

Fueron unos instantes angustiosos, que se nos hicieron eternos, durante los cuales no retiramos los ojos de la vizcondesa, mientras ella semejaba olisquear el aire sin inmutarse ni reaccionar a ningún estímulo. Transcurrido ese puñado de segundos, dio media vuelta tan tiesa como antes y, a pasitos cortos, se encaminó a su dormitorio.

Todas soltamos de sopetón el aire que habíamos retenido en los pulmones.

—Vámonos de aquí. Moveos.

Como de costumbre, la eficaz Grace llevaba la voz cantante. Nadie puso en tela de juicio su orden. Seguimos a pies juntillas el plan preconcebido en cuanto al modo en que debíamos dispersarnos para abandonar la mansión y en silencio, con una diligencia rayana en lo perfecto, lo llevamos a cabo. Cuatro minutos más tarde nos habíamos reunido en la calle y estábamos dentro de nuestro carruaje de alquiler.

Celebrando el triunfo de un nuevo golpe sin incidentes que lamentar.

Lady Victoria sacó el hermoso collar de su bolsillo.

—Estoy deseando hacerlo llegar a esas pobre monjas. Conozco a la persona correcta para la entrega. Les dirán que se trata de un donativo de una dama de alta alcurnia que prefiere mantenerse en el anonimato —canturreó Clara con el rostro iluminado por la perspectiva—. Insistiendo con terquedad en que jamás de los jamases deberán mostrarla ni referirse a la joya.

—Con lo que consigan por ella podrán acometer todas las reparaciones que tienen pendientes y colmar sus despensas y almacenes por años —agregué contagiada de entusiasmo.

—¿No os parece un plan maravilloso? —intervino Victoria agitando su melena rojiza al desprenderse de la prenda que le cubría cabeza y cara—. Somos las Robin Hood modernas.

—Además de las magnánimas justicieras —rio Grace liberándose también del embozo.

—No sé qué haría sin vosotras —musité repentinamente emocionada.

Tres pares de manos asieron mis brazos como si se hubieran puesto de acuerdo.

—Sabes que nos tienes para lo que necesites. Sin embargo, no renuncies, lucha por tu matrimonio, dale una oportunidad y a ver qué pasa. Puede que te sorprenda.

Atravesé las puertas de servicio de Farnwood cerca del amanecer, danzando osada con el peligro de toparme con los criados que se levantaban al alba. Las horas que restaron hasta mi

desayuno tardío, las descansé como nunca, exhausta tras la tensión acumulada y su posterior liberación. Y cuando por fin bajé al comedor, lo hice relajada y tan radiante como si me hubieran amado la noche completa.

Desde luego, no esperaba encontrarme allí al conde de Meroy.

—¿Milord? Tenía entendido que se despertaba usted con la salida del sol para desvanecerse a continuación.

—He pasado mala noche —gruñó—. Pensé que añadir unas horas extra a mi descanso me sentaría bien.

—En eso hemos coincidido.

Yo lucía feliz, él hosco y malhumorado. Golpeando insistente el platillo con la cucharilla de plata. El repiqueteo se me coló en el cerebro a punto de volverme loca. Sin embargo, en lugar de reprochárselo, sonreí.

—¿Se encuentra bien?

—Anoche no quiso recibirme.

—¿Cómo dice?

—No me abrió la puerta —especificó.

Parecía más perplejo que furioso, lo cual me descolocó bastante. Lanzándome largas miradas desafiantes que decidí no mantenerle. Hacerme la desentendida era, sin duda, lo que más me convenía.

21

Aporrear mi puerta

—Estaba muy cansada, milord, ese espantoso dolor de cabeza… —Me toqué la sien para enfatizar mi queja lastimera—. ¿Insistió después de que habláramos?

—Un par de veces, sí.

—Seguramente no lo oí.

—Tampoco me ha preguntado por la cena con Fang.

Sentí que me interrogaba. Una incomodidad tremenda.

—Imagino que tan apasionante como cabía esperar.

Theo me clavó unas pupilas frías y penetrantes a tal punto que me estremecí. Era como si supiera algo que le otorgaba poder sobre mi destino y mi vida entera. Busqué consuelo en mi taza de té.

—Espero que entienda que solo busco un heredero cuanto antes. Así usted habrá cumplido con su obligación, yo con la mía y quedaremos libres.

—¿Libres para qué?

—Para hacer lo que nos plazca.

No me preguntéis el motivo. El corazón me dio un inesperado vuelco.

—¿Tiene usted una amante, conde?

La pregunta debió tomarlo de improviso, ya que el ceño se le contrajo.

—¿Qué clase de pregunta indecorosa es esa?

—La que cualquier esposa haría a su marido.

—La que cualquier esposa enamorada haría a su marido —corrigió recalcando la palabra «enamorada».

Me ruboricé. Él aprovechó mi instante de turbación para dar por finalizado el desayuno y abandonar la mesa con un lacónico «que tenga un buen día».

Confirmé que mis escarceos con las ladies eran mi mejor baza para combatir una vida de soledad y tedio. No obstante, también admití que querría que aquel hombre me amara. Que no solo deseara mi cuerpo. Que se alegrara conmigo, con mis logros. Que sufriéramos juntos los errores y las pérdidas, apoyándonos el uno en el otro.

Anhelaba su atención amorosa.

—Sepa que esta noche pienso visitarla.

Su voz me sobresaltó, ya lo hacía fuera del comedor, pero se había parado a mitad de camino y continuaba mirándome como si tratara de leerme el pensamiento.

—No me avise, conde —repliqué dolida—, no me avise. Sorpréndame. Hágalo más emocionante.

—¿Emocionante? ¿Emociones es lo que busca?

—Es lo que necesito.

—No habla usted precisamente como una dama recatada.

—Será porque considero que serlo, a estas alturas, supone una pérdida de tiempo.

El conde abrió la boca para soltar su opinión y yo levanté la mano pidiéndole un respiro.

—¿Quiere su heredero, Meroy? Yo se lo daré. Entretanto, tenga la decencia de no aporrear mi puerta por las noches como un desquiciado.

Supuse que pondría el grito en el cielo ante mi último ataque que, en cierta medida, reconocía mi mentira: que habiéndolo escuchado me negué a abrirle la puerta de mi alcoba. Sin embargo, para mi total pasmo, apretó los labios, creo que también los puños, y abandonó el comedor de mañana a zancadas furiosas. Me propuse recuperar la vitalidad que las actividades de la noche anterior me habían regalado.

Theodore Peter Beale, por más que me sedujera, atrajera, acelerara el corazón, no iba a robármela.

Salí a cabalgar para despejarme y desaparecer. No había ninguna necesidad de permanecer más tiempo del preciso en una casa con un marido que me ignoraba. Percibí la presencia de otro jinete a cierta distancia, manteniéndose siempre lo bastante alejado como para dudar que me siguiera.

Aunque yo no dudaba.

El pelaje de nieve de aquel imponente corcel era demasiado llamativo como para no reconocerlo.

Theo se desmarcó casi al final del paseo y esa fue la razón de que no nos topásemos en las caballerizas. Me despedí de Humo y de los mozos y regresé a la casa serpenteando por los jardincillos. Después de cambiarme de ropa leí un rato y finalmente, bajé a cenar.

He de admitir que en más de una ocasión pegué la oreja a la puerta que comunicaba nuestras alcobas, tratando de discernir si mi esposo estaba o no en su cuarto. No averigüé nada, el silencio era profundo y hasta intimidante.

No obstante, asistió a la cena procedente de la biblioteca. Con un ademán de satisfacción en su atractivo rostro.

—Déjeme adivinar, conde —saludé con toda la amabilidad posible—. Su reunión con el señor Fang le ha propiciado algún que otro volumen singular cuya lectura lo tiene embebido.

Sonrió.

¡Sonrió!

Y como sucedía cada vez que lo hacía, las pocas veces que se lo permitía, Farnwood al completo se iluminó por dentro.

—Acierta, condesa. Unos libros de origen turco sumamente atípicos. Un auténtico tesoro.

Los lacayos sirvieron el cordero al horno, las patatitas francesas con mantequilla y el puré de calabaza detrás de la sopa, y volvieron a retirarse concediéndonos cierto grado de intimidad.

—Me comentó que se consideraba artista —arranqué.

Mi marido recibió una ráfaga de mal humor inmediato.

—¿Me considero?

—Para que el resto del mundo lo considerara también, su labor artística tendría que ser pública, circunstancia que hasta donde sé…

Bajó los ojos, súbitamente entristecido.

—¿Le importaría decirme en qué rama del arte se encuadran sus talentos?

—¿Quiere adivinarlo?

De modo que el severo y estirado conde me proponía un juego. Bueno, era menos que nada, con esa minucia intercambiaríamos frases durante la cena y yo calmaría los nervios que empezaban a devorarme pensando en el encuentro de después.

—Pintor no es. He recorrido esta casa de mano de la señora Garner y no he visitado ningún estudio…

—Salvo que no haya visto todas las habitaciones.

No caí en su trampa.

—Me atrevería a afirmar que no es pintor —repetí—. Debe señalar si estoy en lo cierto o yerro.

—Frío, frío.

Bueno, bueno, bueno. Menuda sorpresa, el hosco conde bromeando.

—Sin embargo, hay un despacho —cavilé en voz alta.

—Donde llevo los asuntos de la casa y los negocios que están a mi cargo, sí.

—¿Vuelve a desviar la atención, conde? Adora los libros, invita a su casa a un coleccionista de libros raros… ¿Es escritor?

—Caliente… —se inclinó sobre la mesa. Al otro extremo. Tan sumamente lejos—, caliente.

Ni corta ni perezosa, retiré mi silla, tomé mi plato con el postre y caminé lo que me pareció una eternidad hasta llegar a él. Escogí la silla de su derecha y tomé asiento. Theo observó mi ritual con evidente estupor.

—¿Narrador de relatos de guerra?

—¡No! ¿Por qué lo insinúa?

—Encaja bien con su carácter.

—Aquí donde me ve, no soy nada belicoso, señora mía.

—Permítame dudarlo. ¿Me seguía hoy a caballo?

22

Alma de poeta

—¿Seguirla? ¿De qué diablos habla?

—Lo he visto, milord. En su brioso corcel blanco. A prudente distancia. ¿Me protegía?

—Que haya salido a cabalgar y hayamos coincidido en la hora no es nada del otro mundo.

Un ligerísimo temblor en su voz me indicó que, en aquella contienda, de momento yo iba ganando.

—No solo en la hora, conde, también en el itinerario.

—Se equivoca, milady. Nada más lejos de mi intención que presionarla en ningún aspecto. En cualquier caso, si así fuera, debería sentirse halagada. Corren tiempos convulsos, hay salteadores en los caminos, criminales…

—¿Dentro de Farnwood?

Debió de captar la chispa de mofa que latía en mi tono, porque ensombreció la mirada y esquivó mis ojos.

—Nunca se sabe. ¿Ya se ha cansado de las adivinanzas?

—No, deje que lo piense. Lo intento de nuevo. —Me rasqué la barbilla mirando al techo, fingiendo meditar—Es usted… ¿poeta?

Lo dije con la mayor burla, por descontado. Nada más apartado de la naturaleza sensible de un poeta que mi marido. No obstante, el cambio de color que se operó en su rostro me reveló mucho más que su silencio.

—¡Es usted poeta!

—Shhh, milady, calle. ¿Quiere que se entere todo el mundo?

—Pero ¿es cierto? ¿No se ríe de mí?

—No hay nada más real bajo el sol. Pero hágame el favor, guárdelo para usted como un secreto.

Por primera vez, su voz sonó casi dulce. Como cuando haciéndome suya susurraba mi nombre. Era algo cercano a descubrir otra persona en el cuerpo de Theo Beale.

—Milord, ¿no quiere ser reconocido? ¿Considerado artista por todos?

—No. No es algo que mi orgullo necesite en lo más mínimo.

—No hablo de su orgullo. —Estuve tentada de cogerle la mano. Lo tenía allí, tan cerca, que hasta percibía el calor que desprendía su cuerpo—. Su orgullo goza de inmejorable salud, de eso no me cabe la menor duda. Hablo de publicar, de enriquecer el espíritu de las personas que lo lean…

—¡Santo cielo, Sarah!

—¿Qué?

—¿Olvida que soy conde? ¿Que en un futuro seré duque? Dedicarme a la edición pública no son actividades propias de mi rango.

—Creo que escribir poesía es uno de los talentos más próximos a lo divino que puede ostentar un mortal. Sea duque o pastor de ovejas.

—No diga sandeces.

—¿Me dejará leer sus poemas?

Se puso en pie de un brinco.

—Desde luego que no. Y si me disculpa, demos por acabada esta charla para nunca más repetirla. Voy a retirarme.

—Fue usted, no yo, el que propuso el juego —le recordé atrevida y burlona.

Mi cuello giró y mis pupilas siguieron su silueta en movimiento hasta que se perdió escaleras arriba. Había sido una sorpresa tan inesperada como agradable: el conde sentía en el alma la belleza de las palabras en danza.

Me harté de esperarlo en mi gabinete, frente al fuego. Con el cabello cepillado, lustroso y radiante, uno de mis camisones de la mejor seda y hasta un poco de rubor en las mejillas para embellecerme. Mientras aguardaba consumí dos copitas de licor. Servirían para entrar en calor y envalentonarme, me dije.

Pero Theo seguía sin aparecer.

Al cabo de dos horas estaba más que desesperada. Me levanté de golpe, apoyé la mano en la manija de nuestra puerta y para mi total pasmo, la encontré abierta.

Tomé la iniciativa. Sí. Algo a lo que quizá, nuestro conde no estaba demasiado habituado.

Lo encontré mirando la chimenea, perdido en unos pensamientos que parecían brumosos, con la mirada vacía y una copa en la mano, en la misma postura en la que yo había perseverado sin obtener resultado alguno. Ni siquiera se percató de mi presencia.

—¿Milord?

Dio un respingo.

—Condesa.

—Dado que anunció su visita, lo he estado esperando.

Suspiró entrecortado y apuró de un trago el licor de su copa.

—Lo siento. Estoy un poco indispuesto.

—¿Le importa si le hago compañía un rato?

Sin esperar a que respondiera, encajé la puerta y me encaminé hacia la butaca frente al diván en el que reposaba. Quedé en oblicuo al fuego que lo iluminaba de forma directa.

—Preferiría que no…

Ya estaba sentada.

—¿Viene a buscarme? ¿Acaso cuando la educaron en el refinamiento no le explicaron que no es propio de damas decentes reclamar las atenciones de un caballero?

—Disculpe si en lugar de una dama decente soy una mujer casada que busca hacer feliz a su marido.

—Se tiene usted en alta estima si supone que su presencia me complace tanto.

—Si mis sentidos no engañan, lo he visto con mis propios ojos.

La contundente realidad de mi afirmación lo contrarió hasta la médula del hueso. Pude leerlo en sus ojos fieros, en sus labios apretados y su ceño fruncido.

El que yo le atrajera lo disgustaba.

—¿Se arrepiente de haberme revelado lo de su don?

—¿Mi don? —sonrió con amargura— ¿Qué don?

—Su alma de poeta, su capacidad innata con las letras, su espíritu sensible…

—Dirá más bien mi maldición.

—¿Quiere contármelo?

Me miró como si no me entendiera.

—Lo que sea que le aflige tanto. Como le dije, ya que estamos condenados a la convivencia, podríamos ser amigos. Buenos amigos.

De repente fue como si explosionara desde dentro.

—¡No tenemos por qué ser amigos! ¡No necesito una amiga, ya tengo muchas! ¡Necesito que me dé un hijo! ¡Cuánto antes!

Aunque algo dentro de mí se encogió por la parte de responsabilidad que el mandato conllevaba, no me amilané. Porque lo veía sufrir y de algún modo inexplicable, aquello me dolía.

—¿Lo está presionando su familia?

—No me presiona nadie. —Fijó en mí unos ojos de hielo—. Seré duque y necesito un heredero. Sin más. No busque lobos cuando no brilla la luna.

Acogí su reproche con cierto gusto.

—Hasta a la hora de enfadarse construye frases bellas. No puede evitarlo.

Theo puso los ojos en blanco.

—Sí, realmente hará que me arrepienta de habérselo desvelado.

—Nada de lo que usted me cuente saldrá de entre estas paredes.

Se irguió cuan alto era y me repasó de pies a cabeza con algo muy cercano al amargo aborrecimiento.

—De nada sirven sus promesas, no le tengo ninguna confianza, condesa.

23

Ofensas innecesarias

—¿Tan pronto he hecho algo para perderla?

—Quizá debería pensar que jamás la tuvo.

—Permita entonces que me la gane.

—¿Cómo? ¿Abriéndole el corazón? ¿Haciéndola partícipe de mis intimidades?

—Que deberían ser también las mías.

—No pienso saltar por ese acantilado. Me sobran los confidentes, milady.

—Pues a la vista está que las cosas que más lo hieren siguen ahí escondidas sin que nadie las comparta. —Me puse en pie despacio, con movimientos felinos y elegantes, tratando con toda mi voluntad de seducirlo, aunque mi inexperiencia no me permitiera saber exactamente lo que hacía—. Le diré algo, conde. Usted no deseaba este enlace. Tenga la completa seguridad de que yo tampoco. Un matrimonio impuesto tanto a usted como a mí, que debemos mantener el resto de nuestras vidas. Lo que le ofrezco es simple: no odiarnos, no convertirnos en enemigos, no hay razón para ello. Usted puede tener todas las amantes que le plazcan, no se lo reprocharé…

Frené al observar su gesto irónico. Su risa de medio lado colgando de la comisura.

—Así que tengo amantes. Bien, condesa, es gracioso que precisamente usted lo mencione.

—¿Ve lo que le digo? Ignoro el motivo, pero alimenta una enfermiza necesidad de ofenderme. Todo el tiempo. Es innecesario, se lo advierto. Yo no le he hecho nada. Vivo en esta cárcel igual que usted. No, mucho peor que usted, soy una mujer, no se me reconocen sus libertades.

—Diría que es usted una dama de lo más independiente.

—¿Y acaso le molesta? ¿Le molesto yo, o le molesta mi ausencia? Porque no acabo de entenderlo. —Le dirigí una mirada encabritada—. Póngase en paz consigo mismo, señor conde. Y cuando sepa qué siente, lo que de verdad lo mueve desde dentro, si le parece conveniente, me lo comunica.

Giré airada sobre mis talones dispuesta a irme.

Ya estaba bien de rebajarme, al menos por aquella noche.

Por aquella semana, corregí.

Meroy era un individuo intratable, arisco y en guerra contra sí mismo y el mundo. Toda la dulzura que yo le suponía en el fondo no era más que producto de mi imaginación.

Salvaje, brusco y malhumorado. Ese era el Theo real. Y no me agradaba.

No alcancé a dar un paso. Su mano sujetó mi muñeca y tiró de mí con violencia hasta pegarme a su torso. Nuestras bocas quedaron a escasas pulgadas de distancia y su aliento y el mío se enredaron en volutas enamoradas. La extraña sinergia que nos envolvía hizo de las suyas y en un parpadeo perdimos la capacidad de oponernos a aquel sentimiento que era más fuerte que

los dos juntos.

La atracción.

Una atracción invencible, poderosa y tan demoledora como un huracán.

Otro suspiro y nos estábamos besando. Más que besarnos nos devorábamos con hambre de semanas, con urgencia de necesidad no saciada. La corriente de la excitación me serpenteó por la espalda y la piel sensible del cuello se me erizó al paso de su lengua. Me lamía, me saboreaba como si fuese una fruta deliciosa. El anhelo que veía latir en sus pupilas me hacía sentir hermosa y deseada.

Me arrancó la bata y el camisón cayó a mis pies como una suave nube de seda tibia. Una vez desnuda, me atrapó entre sus fuertes brazos y me alzó en vilo como una pluma.

—Voy a amarte sin tregua —siseó entre dientes—. Hasta el amanecer. Porque es lo que corresponde.

—De acuerdo, diga que me hace suya por obligación —lo desafié—. A ver si a costa de escucharse a sí mismo acaba creyéndolo.

—Queremos un hijo. Lo necesitamos.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, milord. Ese hijo llegará cuando Dios decida que es el momento.

Nuestro intercambio de frases lanzadas como dardos, susurradas con tensión y las mandíbulas apretadas habían hecho de las caricias y los besos que las acompañaban algo mucho más excitante. Era como pelear y arrullarse al mismo tiempo. La persona que con el roce de sus yemas me subía al cielo, en simultáneo parecía detestarme. Y aquella mezcla inexplicable, agridulce, me estimulaba. Nos esforzábamos en conquistar al otro entre las sábanas, en el cuerpo a cuerpo, mientras que el resto del día fingíamos aborrecernos.

Yo al menos, era lo que hacía.

Habría dado algo valioso a cambio de saber si Meroy hacía lo mismo.

¿Sentía algún tipo de interés por mi persona? ¿O solo le irritaba mi presencia y mi papel de esposa impuesta?

Tras un puñado de minutos de pasionales besos y mordiscos, caímos enredados sobre el diván, junto al fuego. Las fibras de todo mi ser activadas y sensibles al toque de su aliento. Su lengua recorriendo mis rincones con una ansiedad que solo podía calificarse de hambre y necesidad extrema. Cuando estuvo también desnudo, sus grandes manos rodearon mi trasero y en el momento en que instintivamente me aferré a su cuello con los brazos, me alzó en vilo pegada a su vientre.

Sin interrumpir el beso que teníamos entre manos, apoyé bien las piernas sobre sus caderas y las crucé a su espalda para no caerme. Mi sexo abierto por la postura frotándose contra el suave vello que bajaba por su abdomen generó oleadas completas de insoportable placer. Eché atrás la cabeza y gemí largamente. Algo que pareció volverlo loco.

—Sarah, Sarah… Di mi nombre, quiero oírlo… Dilo.

No podía. No podía siquiera respirar con normalidad, a aquellas alturas me había convertido en una tea ardiente que solo desprendía calor a raudales. Theo me apoyó contra la pared entelada de su dormitorio, buscó mi abertura y me penetró de una embestida deliciosamente salvaje.

Jadeé entrecortada al recibirlo. Al sentir cómo mi interior se esponjaba y se amoldaba a su notable tamaño. Cerré los ojos y me trasladé a otro mundo. Uno mucho más amable, donde las mujeres no eran simples objetos de adorno e intercambio. Donde todas se casaban por amor y recibían a diario aquello que el conde de Meroy me concedía gota a gota, ligado a un placer casi

insoportable.

Un torbellino de emociones intensas, incontrolables, capaces de convertirme en adicta a ellas en tan solo un puñado de encuentros.

Llegó un orgasmo. Y luego otro más pequeño, como un temblor que se propagó por todo mi ser, pulgada a pulgada, para enseguida unirse a un tercero que me hizo vibrar a la par que a Theo, como cuerdas afinadas de un mismo instrumento musical.

Pulsadas por los dedos de los ángeles.

Era indiscutible la fortaleza del lazo físico que nos vinculaba desde el primer día. Algo cuya razón, dada mi total inexperiencia en el mundo de los sentidos, no me acertaba a explicar. No obstante, existía. Allí estaba. Nada podía frenarlo, no había poder en mis manos para detenerlo. Eso era lo que el conde de Meroy me entregaba.

Yo habría deseado amor, ternura, complicidad y preocupación.

Tenía sexo. Insaciable y perfecto.

24

Acorde a nuestro plan

El club de las ladies jamás actuaba de forma insensata. Era evidente que corríamos riesgos, pero los nuestros eran, por llamarlos de algún modo, riesgos controlados.

Hasta cierto punto.

Nos exponíamos, sí, pero siempre respaldadas por un plan de escape. Antes de allanar una casa nos hacíamos con un plano actualizado de la misma si no la conocíamos, y lo estudiábamos al dedillo. Hasta sus más recónditos rincones. Trampillas ocultas. Hasta las escaleras traseras que nadie utilizaba.

Podría decirse que estábamos en poder de los planos de prácticamente todas las grandes mansiones de la capital, incluidas las nuestras propias. Por si algún día cambiaban de dueño y nos era preciso entrar…

Pues bien, la cita de aquella tarde en nuestro salón de té favorito, el apartado, poco concurrido y siempre discreto «Tea Lion», era el paso previo a una incursión, en el que no solo comentaríamos los pormenores del plano de la casa, sino los detalles del plan a seguir.

Hasta aquellas simples reuniones llenaban de entusiasmo mis días y hacían burbujear de emoción mi estómago. Anticipándonos a la excitación del día D.

Me vestí como una dama casada que sale a tomar el té con sus amigas, tan decentes y desposadas como ella, y le ordené a mis doncellas que prepararan el coche. Sin embargo, la mala fortuna quiso que al bajar las escaleras y atravesar el recibidor, me diera de bruces con mi marido. Llevaba un libro en la mano y el pelo desordenado y revuelto.

Atormentado. Más guapo que nunca.

Igual que la noche anterior, cuando tras habernos entregado al desenfreno en repetidas ocasiones, cuando todo mi ser pedía a gritos descansar cobijada en la curva de su cuerpo, me pidió que regresara a mi alcoba a fin de asegurar el descanso de ambos.

Apreté los dientes, los puños, simulé que no me afectaba y todo lo digna y erguida que pude, abandoné su dormitorio. Por dentro sollozaba.

De pura rabia y desencanto.

Menos mal que la tisana que la señora Garner me subía a diario aguardaba, inexplicablemente caliente, en mi mesita de noche y me ayudó a dormir.

—Veo que piensa salir, milady. —No exponía una duda, sino una afirmación.

—Eso creo —respondí sin mirarlo, ajustándome un guante.

—¿Puedo preguntar a dónde?

Lo miré directamente a los ojos. Oh, el caballero se había rebajado a preguntar.

—Poder puede, siempre que no implique que yo responda. Que pase buena tarde, milord.

Juraría que se quedó perplejo. Con la boca abierta sin articular palabra y sin poder creer

que una mujer, *su* mujer, le hubiese respondido de tan malos modos.

Haría que el conde probara de su propia medicina. Oh, sí. Lo había jurado la noche anterior y lo convertiría en ley para el resto de mis días. Sería con él tan poco tierna como lo era él conmigo.

Me aseguré de que no nos seguían, obligando al cochero a detenerse en un acceso lateral a Hyde Park, donde me apeé junto a mi doncella, y continué a pie un tramo hasta alcanzar el punto de encuentro acordado con lady Clara. La duquesa me recibió efusiva y paseamos tomadas del brazo como la viva estampa de la despreocupación.

Clara echó una ojeada clandestina a su pequeño reloj.

—¿Cómo vamos de hora?

—Perfecto según lo previsto —me tranquilizó—. En un rato tomaremos el coche de alquiler que nos llevará al salón de té.

Miré subrepticiamente por encima del hombro.

—Necesito una doncella de confianza, duquesa. No me fío de que esta, a la que me une escasa relación y pertenece a la plantilla de Farnwood, no vaya a irse de la lengua.

Era una muchacha sencilla y simplona, aparentemente alejada de chismes y maledicencias, se la veía muy feliz conversando con Dottie, la doncella de su excelencia, pero ya conocéis el dicho: nunca se sabe.

—Cierto. Yo confiaría sin vacilar mi vida a Dottie. Tienes que encontrar alguien así. Le diré que ponga en marcha la cadena de criados, a ver qué encontramos. ¿Por qué no te acompañó tu doncella personal tras la boda?

—Porque mi señora madre no tuvo mejor ocurrencia que arrebatármela. Luego, la muchacha tenía su propio enamorado y aprovechó mi casamiento para sellar el suyo.

—Qué mala suerte. En nuestro caso es imprescindible rodearse de gente de la que te puedas fiar. Y me refiero a confianza ciega.

Dottie tenía instrucciones directas de entretener a mi doncella y envolverla en tantas mentiras como pudiera, a fin de alejar sospechas. Y de ese modo, entre risas y conversaciones superfluas, alcanzamos el salón de té y nuestra mesa favorita al fondo, tras las gruesas cortinas de terciopelo verde.

—Les tengo una triste noticia —anunció con gravedad lady Grace—. Que quizá pudiera ser base para nuestra próxima actuación.

Todas prestamos máximo interés. A las cuatro doncellas se les había adjudicado una mesa apartada y una merienda plagada de dulces caros, que nos permitía expresarnos con cierta privacidad.

—¿Recordáis a la señorita Penfield? ¿Esa dulce e ingenua muchacha que estaba prometida con el hijo del barón Totemfort?

Victoria asintió con la cabeza y sus bucles rojizos bailaron al son de su movimiento.

—Hemos coincidido con ella en varios bailes. Es una joven encantadora.

—Era —la cortó Grace con severidad.

—¿Cómo que era? —balbuceé.

—La pobre desgraciada se ha quitado la vida —susurró Grace en un murmullo confidencial.

Ahogamos expresiones de terror y escándalo.

—¿Cómo sabes eso? —la azuzó su hermana.

—La versión oficial es otra, claro está. Que ha fallecido de unas extrañas fiebres. Pero ya sabéis que las cadenas de criados no fallan y la verdad no ha tardado en salir a la luz.

—¿Se… conoce el motivo? —quiso saber Clara, intensamente pálida.

—El amor, duquesa. El amor no correspondido.

Clara se puso en pie con los ojos húmedos y un extraño temblor en las manos.

—Disculpadme un instante. Voy al… tocador.

Todas la seguimos con los ojos convencidas de que algo no iba bien.

—Su querida prima Amy… Vivió una historia parecida —nos explicó Victoria, cuya cercanía con Clara era más propia de hermanas que de amigas—. Clara no la olvidará en la vida.

—Lamento haberte arruinado el día, duquesa —musitó Grace cuando Clara regresó, algo más compuesta.

Su excelencia sonrió con su dulzura característica y se enjugó una lágrima de la esquina de su precioso ojo. Victoria le tomó una mano, se la apretó con afecto, y yo hice lo propio con la otra.

—Es algo con lo que tendré que aprender a vivir —musitó afligida—. Disculpad la interrupción, por favor, prosigue.

—El caso es que el padre del joven al que estaba prometida, el barón Totemfort, quebró la palabra dada por su hijo, alegando que la señorita no reunía las condiciones necesarias para convertirse en baronesa. Que su familia era de origen humilde y poco noble.

—Ellos… ¿ellos se amaban? —pregunté con el corazón encogido.

—Profundamente, Sarah. De ahí el terrible desenlace que ahora todos debemos lamentar.

25

Un justo castigo

—Qué injusto —murmuré afectada—, qué persona tan desalmada y cruel. Enamorarse y convertirte en esposa de alguien que haga latir tu corazón es un regalo del cielo tan escaso como preciado. No debería haber interferido.

—Pues todavía no conocen lo más injusto del asunto. Según fuentes bien informadas, el altivo barón… ¡no tiene ni una gota de sangre noble en las venas!

—¿Cómo? —coreamos todas.

—Pues que el arrogante individuo que se permitió rechazar a la señorita Penfield como nuera, compró su baronía a cambio de una suculenta cantidad de dinero. Su título no es heredado ni su apellido ilustre. Es todo fachada.

—Qué hombre tan horrible…

—Creo que merece un castigo. Un correctivo justo. ¿No estáis de acuerdo?

Pestañeamos al oír a Grace. ¿Qué tenía en mente la sesuda condesa de Bermor?

—En su despacho guarda los títulos de compra de la baronía. En una caja de caudales bien pertrechada, que nuestra apreciada duquesa no tendrá la menor dificultad en descerrajar.

—Y una vez que lo tengamos, alguien podría hacerlo llegar, por casualidad o accidente, a las oficinas de la gaceta. En menos de veinticuatro horas el título de cartón de Totemfort será la comidilla de todo Londres.

Victoria suspiró hondo, apesadumbrada.

—No podemos devolverle la vida a la señorita Penfield, pero podemos vengarla.

Todas advertimos cómo Clara retiraba con disimulo otro par de lágrimas de su rostro. Protegimos sus sentimientos callando como si no hubiésemos visto nada.

Grace desplegó un papel de gran tamaño sobre la mesa de té. Todas nos apresuramos a retirar nuestras tazas.

—Este es el plano de la mansión del barón. Y mirad, por aquí se llega a su despacho…

Todavía llevaba en el alma el triste destino de la señorita Penfield cuando regresé a Farnwood, pasada la hora de la cena. Ensimismada con los detalles de la intrusión, decidida a ordenar algo de comer en mi propio cuarto, mi madriguera, para dormir a continuación. Estaba extenuada.

Lo que no esperaba era encontrarme al conde en el salón, sentado cómodamente frente a la chimenea, con una pierna cruzada sobre la rodilla de la otra y una copa de whisky en la mano.

—Buenas noches, condesa. Llega tarde, se ha perdido la cena.

—Sí, eso parece. —Me escudé en el protocolo de quitarme el abrigo, el sombrero y los guantes y entregárselos al lacayo que, a su vez, se los pasó a mi doncella, para no agregar nada más.

Mi marido estaba allí, estático como una efigie, con el entrecejo fruncido, juzgándome con severidad.

—¿Puedo saber de dónde viene?

—Ya se lo dije al irme, de tomar el té con unas amigas.

Meroy hizo una seña con el mentón hacia el cielo oscurecido que se apreciaba a través de los enormes ventanales. Yo caminé hasta colocarme a la entrada del salón sin llegar a internarme en la estancia.

—¿A estas horas?

—¿Acaso tengo algo mejor que hacer?

—Son impropias de una dama decente.

—Soy condesa, futura duquesa, me importan un bledo los comentarios de la gente y solo tendría que dar explicaciones de mi conducta a una persona. —Sonreí con ironía—. Pero no las quiere.

—¿Y esa persona es…?

—Mi marido. Prefiere que no le cuente lo que hago.

—¿Se lo ha dicho él?

—Me lo han contado sus actos.

—Quizá sea un hombre torpe a la hora de expresar sus sentimientos.

Suspiré notando que, por alguna razón misteriosa, mi malhumor empezaba a disiparse.

—Dudo que mi marido sea torpe en nada que se proponga hacer.

Él bebió un largo trago.

—Suena como si lo admirara.

—Estoy más que convencida de que muchas partes de él son admirables… si se dejara conocer.

—Hace frío, acérquese al fuego. ¿Le apetece una copa?

Tomé asiento con toda la parsimonia del mundo y observé su talante. Le brillaban los ojos como dos luceros en mitad de la negra noche.

—Como lo último que me preocupa es parecer o no una damisela recatada, voy a decirle que sí.

Theo

Estuve a punto de traicionarme a mí mismo, de preguntarle a quemarropa si tenía un amante, si volvía de verlo, de gemir entre sus brazos olvidando que tenía marido. Estuve a un tris, porque no podía pensar en otra cosa. En lugar de eso me dediqué a contemplarla y a sufrir la quemazón de la ignorancia no remediada.

Ni la mujer que me habían elegido como esposa me resultaba tan indiferente como cabía esperar, ni el ser un cornudo consentido iba con mi carácter. Me enteraría de quién era él y juré por mis ancestros que le haría acordarse del título de Meroy el resto de su despreciable vida.

Sarah

Esa noche me fui a la cama con el corazón ligeramente más confortado. Si bien pensé que no sabría cómo lidiar con una versión amable e interesada del conde, el caso es que compartimos un par de copas calentándonos al fuego y un rato de charla de lo más normal. Le comenté el desgraciado asunto de la señorita Penfield y él me sorprendió emitiendo una opinión poco caritativa respecto al barón de Totemfort, que fortificó mi interés por perjudicarlo. Aseguró considerarlo un caballero de dudosos modales y escasa ética y principios en los negocios, cuya palabra y honor tenían poco valor.

—Se comenta que compró la baronía —dejé caer, dulcemente embriagada por el alcohol.

—No me extrañaría en absoluto. Conozco sujetos que venderían su alma al diablo con tal de escalar en la pirámide social.

—Pertenecer a este círculo facilita mucho las cosas, milord. Si no estás dentro, te excluyen. Influencias, relaciones comerciales… Es algo a tener en cuenta. No podemos evaluar con objetividad lo que supone quedarse fuera.

—¿Lo está justificando?

—Nada más lejos de mi intención —me escandalicé—. Pero usted será duque, ni más ni menos, algún día. Todas las puertas están abiertas.

Hubo un instante fugaz en que su mirada se ensombreció. Tensó la mandíbula y cerró los ojos un instante, como para organizar los pensamientos.

—Admito que sacrificaría casi cualquier cosa por proteger mi estirpe. Es lo que me han inculcado desde niño.

—Y le honra, conde, no le quepa la menor duda.

—Volviendo al asunto del barón… —Tuve la impresión de notarlo incómodo hablando de su propio apellido—. Menudo farsante de medio pelo. Alguien debería darle un buen escarmiento.

Se me abrieron mucho los ojos, emocionados.

—¿A que sí?

—Por descontado. Una lección que no olvidara en su vida. ¿Quiere otra copa?

En lugar de aceptar, me puse en pie y anuncié mi retirada, deseando en el fondo que se ofreciera a acompañarme. Qué maravilloso se sentiría entregarse por entero con aquella nebulosa juguetona del whisky corriéndonos por las venas, desinhibiendo nuestro pudor.

El poco que nos quedara.

No obstante, no dijo nada. Se mantuvo absorto mirando el fuego, como hipnotizado por las llamas, y solo acertó a darme las buenas noches y desearme un plácido descanso.

La dulce tisana del ama de llaves hizo el resto.

26

La sepultura de los recuerdos

Lo primero que pensé al abrir los ojos fue que no había estado nada mal.

Que la velada con mi esposo, bebiendo y charlando reposadamente había sido un signo de entendimiento que no debía pasar por alto. No estuvo empapado de la complicidad y ternura que yo pretendía conquistar, pero, me recordé, las grandes guerras se ganan a costa de pequeñas batallas y habíamos dado un paso. Un avance importante. Con el tiempo y mucha paciencia, llegarían otros signos de matrimonio feliz que se respeta y se adora.

Podía ser que estuviera siendo más optimista de lo debido, sin embargo, no podía negar que burbujeaba feliz.

Esperaba encontrármelo en el desayuno, aunque el saloncito de mañana estaba desierto. Solo algunos miembros del servicio correteaban entre los muebles con sus plumeros, sus utensilios de limpieza y su admirable diligencia. Enseguida me preguntaron si deseaba desayunar y empezaron a aparecer teteras humeantes acompañadas de delicias recién sacadas del horno.

Vi pasar a la señora Garner a través de la puerta abierta e hice un intento por atraer su atención.

—¡Señora Garner! ¿Sabe dónde está milord…?

No debió de oírme, porque pasó de largo dispuesta a amonestar a una doncella que quitaba el polvo de unos jarrones valiosísimos, que yo no tardaría en cambiar de ubicación para evitar que terminasen hechos añicos. Volví a probar suerte con el lacayo que servía la mesa.

—¿Por casualidad sabe dónde se encuentra milord?

—En los jardines, milady. Solo tomó café y salió temprano a dar una vuelta.

Corrí a buscarlo.

El instinto me gritaba que estaba en racha, como un buen jugador de cartas. Y que no debía desaprovechar la suerte de cara. Para ser sinceros, también me lo decía el corazón. De modo que recorrí voluntariosa cada rincón de aquellos preciosos jardines… sin encontrarlo.

Cuando mi entusiasmo apenas sobrevivía y estaba a punto de rendirme, en el que debía de ser el punto más alejado de la mansión, bajo un roble colosal, lo divisé. Con las manos entrelazadas a la espalda y la cabeza gacha, como si rezara o llorase. Me acerqué sin hacer apenas ruido y me coloqué a su lado. Lo que tenía a sus pies, rodeado de bonitos setos de flores y una enorme lápida de mármol blanco, resultó ser una sepultura.

Leí la inscripción, los apellidos y saqué conclusiones.

—¿Es su abuelo?

—La persona más sabia, admirable y llena de vida que pueda imaginarse. Él me crio, a nadie más que a él debería considerar padre.

Permanecimos unos instantes en silencio. No había que ser un lince para detectar el nudo de emoción que soportaba en el pecho.

—¿Sabe cuántas propiedades tiene el ducado de Cleveland en todo Reino Unido, milady?

—Cincuenta y… ¿siete? —lancé al azar.

—Cincuenta y nueve.

—Vaya —me admiré—. Pensé que había dicho un número absurdamente alto.

—Nada es absurdamente excesivo para los Cleveland. ¿Y sabe por qué escogí para vivir precisamente esta mansión habiendo otras propiedades mucho más ostentosas y dignas de nuestro rango?

No me lo pensé siquiera.

—Supongo que porque aquí descansa su abuelo.

—Imagina bien. —Suspiró—. Cada día sucede algo, una minucia, que me lo recuerda. Era un hombre especial. Tan inteligente y al mismo tiempo tan cercano, tan distinto a mi padre…

—Veo que lo tenía en muy alta estima.

—Más que eso. Lo quería. Lo quería muchísimo. No puedo expresar con palabras cuánto.

—Seguro que sí, milord. Lleva usted el arte de dominar las palabras que bailan, dentro del alma.

Giró la cabeza hacia mí y me sobresaltó. Sus bellos ojos despedían llamaradas.

—No diga eso donde nadie de mi familia pueda escucharla. Especialmente mi padre.

Leí las facciones de su rostro atormentado y confirmé mis peores recelos.

—Sé que hay algo que tiene que contarme. Y quizá tenga relación con esto.

Dejó de mirarme. Volvió su atención a la lápida, rígido y envarado.

—En otro momento quizá. Ahora, si no le molesta, por favor, le agradecería que me dejara a solas con mi tranquilidad y mi calma.

Quise obedecer. Lo juro. Quise hacerlo, era mi intención. Pero mis pies se rebelaron quedándose pegados al suelo húmedo cubierto de hojarasca. No pretendía provocarlo, ni sacarlo de sus casillas. Pedía estar allí, a solas con su querido abuelo y lo entendía. No obstante, la certeza de su dolor, la ridícula creencia de que podía, de alguna forma aliviarlo, me mantuvo petrificada de la peor manera.

Por eso me sorprendió tanto cuando volvió a hablar.

—Sé que no he sabido manifestarlo, milady. El caso es que agradezco su compañía, no haga demasiado caso de mis gruñidos. A veces el dragón ruge por costumbre, sepa que se siente solitario en su cueva.

Theo

Mi adorable esposa no tardaría en darse cuenta de que nada me importaba más en este mundo que el título de duque. Que daban igual los obstáculos, los sacrificios, las cosas a las que me viera obligado a renunciar.

Era un juramento que, a toda costa, por encima del bien y del mal, cumpliría.

Mi abuelo me conocía con una profundidad envidiable. Creo que ni siquiera yo anticipaba mis propias reacciones con la infalibilidad del viejo duque. Y ya me lo advirtió en su lecho de muerte: «tu padre no te lo pondrá fácil. Un artista en la familia, un poeta, nada menos. ¿Habría algo que pudiera avergonzar a un hombre de armas como mi hijo más que eso? ¿Que el heredero legítimo de su título sea una persona sensible capaz de conmoverse ante el sufrimiento

ajeno? ¿Capaz de ceder en los intereses del ducado con tal de beneficiar a otros a los que ni siquiera conoce? Porque ese eres tú, Theo, y deberías sentirte orgulloso de ser tan grande por dentro y por fuera. Tu padre juzga con más benevolencia a tus hermanos libertinos y jugadores, que dilapidan fortunas de miles de libras en meses… No permitas que el título caiga en sus manos. Tienes que prometérmelo. No cederás. Tú serás el próximo duque de Cleveland».

No debí abrirle el corazón y la conciencia a Sarah.

No debí permitirme beber sin control y hablar de más. Confesarle que amaba la poesía… ¿Por qué demonios tuve que hacerlo? ¿Por qué desvelarle mi talón de Aquiles? ¿Por qué hacerme endeble a sus ojos y a los míos propios?

Condenado cretino. Imbécil. Cabezahueca.

En algún que otro detalle me parecía a mis hermanos.

27

Entonces, bailemos

—¿Un baile, dice?

La entrada del conde en el saloncito nácar que yo venía utilizando como biblioteca privada, con su invitación y su anuncio, me tomó por sorpresa. Yo sostenía entre los dedos una nota de lady Gregshire, Victoria, con algunos datos acerca de cuándo y cómo llevaríamos a cabo la intrusión en casa de lord Totemfort. Con un nudo de angustia en la garganta y todo el miedo del mundo a ser cazada, la apreté en una bola, arrojándola a continuación a la chimenea.

Las vivaces pupilas de Theo persiguieron mi movimiento y su ceño se arrugó.

—Los duques de Padua. Son italianos, adquirieron no hace mucho una opulenta mansión en Londres. Han tardado años en restaurarla a su gusto, barroco y algo pomposo, debería añadir, muy veneciano. Organizan esta fiesta a modo de inauguración oficial de su residencia. Será interesante.

—Supongo —musité preguntándome por qué tenía la sensación de que el conde no estaba tan dichoso con la invitación como pretendía aparentar.

—¿Eran sus padres?

—¿Cómo dice?

—La nota que acaba de quemar. ¿Era de sus padres?

Por un segundo, un sudor frío y desagradable humedeció mi espalda.

—No, era lady Victoria —titubeé, sonreí tirante—. Sale de viaje, no creo que asista a ese baile del que habla.

Me invadió la certeza absoluta de que no me estaba creyendo.

—¿Sus padres no le escriben?

—Apenas alguna nota de mi señora madre. —Se me escapó un mohín de melancolía que no era, para nada, fingido—. La mía es una familia de hombres, milord. Los sentimientos no están bien vistos. Hija casada, hija olvidada.

—No crea que son tan peculiares, abundan los clanes con principios similares. Por cierto, tengo entendido que a este baile también asistirán mis hermanos.

—¿Los gemelos?

Theo asintió con un cabeceo seco y los labios apretados.

—Supongamos que se han cansado de vagabundear por el mundo en buques de primera clase, derrochando su fortuna y simulando que hacen algo útil. Que no se preocupe la capital, el hastío les dura poco, enseguida volverán a irse.

—Tengo la sensación de que no se llevan demasiado bien entre ustedes, ¿me equivoco?

Meroy se tomó su tiempo antes de responder.

—Sencillamente, de poder elegir… Querría que fuesen algo más comedidos en sus

dispendios, más discretos y elegantes.

—Con esas características suenan a alguien indigno de recibir el título de Cleveland, suponiendo que tal cosa pudiera suceder. ¿Acaso lo son?

El conde esquivó mi inquisitiva mirada y evitó responderme. Una pequeña luz se abrió paso a codazos en mi mente. Su insistencia en busca del heredero. Sangre de su sangre, educado por él en sus sagrados cánones y principios, destinado a llevar sobre su cabeza los laureles de la honorabilidad.

Su hijo sí. Los gemelos no.

Por lo visto y en su opinión, no eran lo bastante honorables, aunque jamás lo reconocería estando sobrio o cuerdo.

¿Pudiera ser ese el motivo de que…?

—Procure vestirse adecuadamente para la ocasión —me sorprendió abandonando la mesa con brusquedad, dejándome con la duda de que mis vestimentas tuvieran, de habitual, algo de inadecuado.

—¡Oiga…!

Tarde. Había desaparecido.

¡Ay, Meroy! Sonrisa amable, ojos peligrosos.

Una de arena, ternura y cierta vulnerabilidad, otra de cal, fría e hiriente. Así era el hombre con el que me habían casado. ¿Quién de los dos era el auténtico Theo Beale? ¿Ese que a ratos, cuando creía que nadie lo miraba, sonreía con la limpidez de un niño? ¿Al que le brillaban los ojos como estrellas si se relajaba? ¿O el hosco y malencarado aristócrata obsesionado con su futuro título ducal y su primogénito perfecto?

La duda me carcomía, me estaba corroyendo las entrañas.

Y sin embargo, cada vez con mayor frecuencia, mi corazón se esponjaba al verlo. Theo despertaba en mí sentimientos y emociones tan desconocidas como encontradas. Puede que me estuviera engañando, que creyera con ingenuidad en un futuro florido entre los dos, de todo punto imposible.

Siempre me dije que soñar no costaba un penique.

La noche del baile llegó a los cuatro días. Con sus cuatro noches, durante las cuales, solo en una ocasión había venido el conde a visitarme buscando mis favores.

Una sola pese a su afán por traer al mundo un sucesor.

En la cama, su comportamiento fue tan pasional y fogoso como de costumbre. Y sin embargo, mi piel adivinó que se contenía. Que sujetaba fuerte las riendas de su ardor y su ímpetu para no cruzar el límite que él mismo parecía haberse impuesto. Mi nombre no afloró entre sus jugosos labios. Las caricias fueron menos instintivas, más puritanas. Y tal cual llegó, se fue al alcanzar el clímax derramándose en mi interior.

No había vuelto a verlo apenas.

Era como si a un instante de acercamiento y vulnerabilidad, le siguiera un periodo de impuesta sobriedad donde la devoción y el afecto estaban terminantemente prohibidos.

Me vestí a conciencia con la ayuda de no una, sino tres doncellas. Hice traer un vestido de París que cortaba el aliento, en un tono verde invernal cuajado de pequeños brillantes bordados. Más que dispuesta a conquistar al caballero con el que ya me había casado. Y mis esfuerzos dieron su fruto, ya que al bajar la escalinata y enfrentar al conde, que se calzaba la capa

y los guantes en aquel momento, leí en sus ojos y en su boca entreabierta por la perplejidad, un estupor que me hizo muy feliz.

—Vaya, condesa. Está usted deslumbrante.

—Me alegro de que apruebe mi atuendo, milord. Temí que no le pareciera suficiente.

—¿Suficiente?

—Dado que cuando la gente lo mira ve en usted a un futuro duque, lo que lleva colgado del brazo debe asemejarse en lo posible a una futura duquesa.

—Majaderías. Deje de hablar de usted misma como si se tratara de un bastón.

—Con puño de oro, conde, no lo olvide —reí permitiendo que mis doncellas me pusieran el abrigo sobre los hombros.

Iba a cambiar de estrategia y a usar el humor como arma contundente contra la gélida antipatía de Meroy. Era un hombre inteligente y ese tipo de cerebros adoran la ironía, el sarcasmo y las segundas intenciones veladas. De nuestras conversaciones crearía todo un juego que, de corazón anhelaba, nos acercase un poco.

El trayecto en carruaje no fue demasiado largo, aunque sí tenso. Me decepcionó que mi broma de última hora no tuviera repercusión en el humor del conde que, aquella noche, se adivinaba algo torcido. Lo más probable era que me pasara la velada sentada entre las señoras de edad, bebiendo ponche azucarado, soportando sus conversaciones plagadas de chismes, con un marido que se paseaba ausente por el salón sin dirigirle la palabra a casi nadie. Todo porque mis queridas amigas, las ladies, no se encontraban en Londres por distintos motivos y no asistirían a la velada.

Oh, cielo santo, qué mala, malísima suerte la mía.

Los duques de Padua eran mucho más ancianos de lo que esperaba. A juzgar por lo juvenil y desenfadado de la decoración los imaginé alrededor de la cuarentena. Sin embargo, rondaban más bien los setenta pese a que lucían ropajes lujosos y deslumbrantes joyas. Atentos, sonrientes con sus ilustres invitados, dando la bienvenida a cada persona que iba siendo anunciada por los encopetados lacayos.

Tras cumplimentar debidamente a los anfitriones, el conde y yo nos dirigimos a la par, tomados del brazo, hacia un rincón cercano a la mesa donde servían bebidas. Varias de las sillas dispuestas en la zona ya habían sido ocupadas por damas ancianas meneando con brío sus abanicos, chismorreando cuando los interponían a modo de parapeto. Las miré con un estremecimiento de angustia, adivinando en ellas el futuro de mi aciaga noche. Para mi completo asombro, cuando saludaba a las damas y me disponía a ocupar una de las pocas sillas libres, Meroy ordenó dos copas y, acercándose con ellas en la mano, impidió que me sentara.

—No se le ocurra acomodarse junto a esos vejestorios, milady. Son tan aburridas como impertinentes. Imposible que se le pegue nada bueno. —Levantó su copa dirigiéndome una mirada de intenso brillo—. ¿Brindamos?

28

Lenguaje para dos

El cristal de nuestros vasos selló el acuerdo y apuramos el contenido sin dejar de mirarnos a los ojos. De repente, en un vuelco imprevisible, todo había cambiado. Tenía frente a mí a un marido solícito y seducido. ¿Dónde se ocultaba el Theo hosco y ceñudo del carruaje?

Aquel laberinto de emociones que, viviendo con él empezaba a ser cotidiano, acabaría enloqueciéndome.

Lo cierto era que su poder sobre las reacciones de mi cuerpo crecía con desmesura, y yo ya apenas si era dueña de no derretirme si me miraba de aquella forma tan suya. Un roce casual, una cercanía turbadora como la que guardábamos en aquel momento, bastaba para confundirme, abrumarme, desconcertarme.

Era evidente que nos deseábamos. Ambos lo sentíamos, el tirón del anhelo, el hormigueo en el vientre. Todo el tiempo. El problema era que yo quería más. Sentimientos más profundos. Promesas destinadas a cumplirse.

—¿Bailamos, condesa?

Su seductora oferta llegó acompañada de una fuerte mano extendida, lista para capturar la mía. Accedí de buena gana, más ansiosa por dejar atrás al grupo de ancianas murmuradoras que por probar las mieles de la danza con un caballero con el que solo había bailado el día de mi boda. Entonces estuve tan nerviosa que ni recordaba si era o no talentoso para la danza.

Pero… ¡Lo era! ¡Vaya si lo era!

Lo primero que noté fue su mano rodeando mi talle, anclada en la curva de mi espalda, atrayéndome hacia su cuerpo. Enseguida me envolvió el calor que emanaba su piel. Sus ojos profundos clavados sin clemencia en mi persona me hicieron sonrojar. El inquietante cosquilleo de la excitación serpenteó travieso por mi espalda.

Subiendo.

Bajando.

Volviendo a subir.

Endureciéndome los pezones.

Titilando en el triángulo entre mis piernas, hacia las entrañas.

Theo hacía, de una danza corriente, algo tentador e irresistible. Una suerte de lenguaje encriptado que solo nosotros éramos capaces de entender. Cada pequeño movimiento iba acompañado de un roce, una caída de pestañas, una sonrisa a medias, una levísima curva en la comisura, que prometía noches de lujuria y desenfreno. Sus dedos bailotearon por la zona alta de mi brazo, allí donde el guante largo no cubría y la carne se exponía al descubierto. Su toque me provocaba un escalofrío casi insoportable.

—No recordaba lo buena bailarina que es, milady.

—Adjudíquese otro tanto, milord. Pies ágiles y buen oído para la música.

—Aduladora…

—Falsa modestia la suya…

La pieza llegó a su fin y nosotros habríamos querido seguir enredados en la magia que desprendíamos como pareja. Algo luminoso que nos rodeaba igual que un aura resplandeciente. Un lazo del que todos los invitados, a aquellas alturas, si no estaban ciegos, debían ya ser conscientes.

—Lord Meroy, cuánto tiempo y qué honor coincidir con usted en tan ilustre festejo.

El saludo nos llegó por la espalda. Más socarrón que formal. Una voz ronca que parecía contener a duras penas una carcajada. Nos giramos hacia un joven distinguido, poco atractivo para mi gusto, bastante más bajo que Theo, con una silueta algo rechoncha, fruto de la calma y la buena vida, bajo el traje impecable. Miraba a mi marido con una sonrisa ladeada y una ceja, solo una, en arco.

Theo se aclaró la garganta con un carraspeo.

—Hermano…

Entonces, el joven Beale se dirigió a mí.

—Querida condesa, hermana. Qué placer verla tan dichosa. El día de la boda no tuve la impresión de que lo estuviera hasta este punto. Francamente, su expresión era más bien de funeral.

—Finner, por favor —lo cortó Theo con frialdad.

—Aquí estáis. Buenas noches, hermano. Milady.

De repente, como en un truco de magia, Finner Beale se había duplicado, solo que esta vez, con un traje gris oscuro en lugar de negro. Martin Beale, el otro gemelo. No los veía desde el día del enlace, cuando el histerismo de una situación impuesta y el estar rodeada de desconocidos me hizo correr de puntillas por las horas, sin capacidad para recordar nada de lo sucedido. Ni los rostros de las personas que me rodearon, ni lo que me hablaron. Entre ellos, la austera, arrogante y rigurosa familia de Theo.

Los pomposos duques de Cleveland.

Demasiado importantes. Demasiado por encima de todo el mundo. Encaprichados con las navieras de mi padre, si me permitían formar parte de su selecto círculo era con el único fin de conseguirlas. Los gemelos Beale, cuando me miraban, lo hacían de reojo, como se mira a un insecto insignificante que no merece la pena pisar.

—¿Unos naipes, hermano?

Finner señaló con el dedo estirado la entrada a una estancia situada a la derecha del salón principal, que seguramente era una sala de juegos. Theo negó sin hablar.

—Las piezas que toca la orquesta y las señoritas disponibles para disfrutarlas no son de nuestro agrado. Las apuestas resultan ser mucho más estimulantes —rio Martin—, todavía nos pueden salvar la noche.

Los vimos alejarse, a zancadas firmes y resueltas, desaparecer dentro de la habitación. Acto seguido, divisé a otras dos figuras familiares entremezcladas con el bullicioso gentío que comía, bebía y sacudía manos y abanicos. Entraron en el salón de juegos exudando felicidad.

Miré a mi marido mordiéndome el labio inferior.

—Vaya por Dios, también mis hermanos pequeños. Nadie me avisó de que vendrían.

—Noche familiar, entonces. —Se rindió encogiéndose de hombros—. ¿Podríamos volver nosotros a lo de antes?

—¿Se refiere a antes de que sus queridos hermanos llegaran e hicieran trizas su buen humor, conde?

Theo vació de golpe sus pulmones.

—De acuerdo. Ya lo ha visto. No nos llevamos bien del todo. Prefiero soslayar estos encuentros.

—Su abuelo… ¿Tampoco tenía buena opinión acerca de sus nietos?

—No. No la tenía. Y por favor, condesa, dejémoslo ahí. Bailemos. Es mucho menos peligroso.

Y de su mano volví a sumergirme en aquella burbuja extraordinaria, construida especialmente para nosotros, en exclusiva. Aislados del resto del mundo, uno en brazos del otro, al son de los instrumentos, transportados a otro universo.

Fui feliz. Unos minutos. Inmensamente feliz.

Al menos hasta que un lacayo desencajado irrumpió en la zona de baile para reclamar la presencia del conde de Meroy.

Con urgencia.

29

El respeto

—Espéreme aquí, vuelvo enseguida —me indicó tomándome del codo y guiándome hasta un rinconcito discreto. Le faltó ponerme una copa en la mano.

—¿Puedo saber qué ocurre?

—Sé lo mismo que usted. El servicio me indica que vaya a la sala de juego.

—¿Sus hermanos? —Abrí mucho los ojos.

—O los suyos.

No pude preguntarle nada más. Me dio un apretoncito afectuoso en el antebrazo y se esfumó siguiendo los pasos del criado, aparentando normalidad. Fui incapaz de permanecer allí, al margen del problema que hubiera surgido, fuera el que fuese. De modo que me acerqué con recato y disimulo al cuarto en cuestión, pero habían cerrado la puerta.

Estuve allí, impaciente, deseando tumbarla de un empujón, adivinando que dentro varios hombres, uno de ellos mi esposo, intercambiaban gritos y frases agrias.

La puerta se abrió y para mi total desconcierto, fue mi hermano pequeño el que salió como si lo persiguiera el diablo, con el rostro congestionado y los puños apretados. Pasó por delante de mí sin advertir siquiera mi presencia, seguido de cerca por mi otro hermano. Abrí la boca para pronunciar sus nombres, no obstante, en un santiamén, los dos estaban fuera del salón de baile sin pensamiento, ni por asomo, de despedirse.

Giré hacia la sala. Theo era el siguiente, aunque su brioso paso frenó en el umbral para hacerle una seña a uno de los gemelos, imposible saber cuál, al objeto de que pasara delante.

—¿Qué ha ocurrido…? —intenté averiguar.

Theo no me respondió. Observé el estado de total embriaguez de su hermano, tambaleándose sobre unos pies inseguros que parecían bailar.

—Solo son los pequeños Pembroke —balbuceó desdeñoso—. ¿Quién se sentiría intimidado por un Pembroke? —Me miró directamente a la cara—. No son nada, nada frente a un Cleveland.

El corazón me amartilló el pecho, confuso. El segundo gemelo acababa de aparecer, tan borracho como su hermano, y Theo le estaba ordenando que no interviniera.

—Salgamos a la terraza —decretó agarrando al primero por el brazo, llevándoselo a tirones.

Llegué a los ventanales por los que se accedía a las balaustradas con el tiempo justo para ver cómo el puño de Theo se estampaba contra la mandíbula de su hermano menor, que ni siquiera lo vio venir. Y cómo este trastabillaba a pique de caer rodando al suelo.

—Que sea la primera y única vez que te atreves a faltarle el respeto de ese modo a mi esposa, ¿queda claro? ¡No te oigo! ¿Queda claro, Finner?

El joven Beale asintió, palpándose la zona golpeada, permitiendo que su gemelo lo ayudara a incorporarse. Theo volteó furioso, se vino hacia mí, petrificada de perplejidad, me

tomó de la cintura y me arrastró lejos de allí. La furia de la indignación por el insulto a mi familia me golpeaba la sangre en oleadas calientes, mientras atravesábamos la sala atestada de gente que se divertía por completo ajena a lo que acababa de suceder.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro?

—Nos vamos a casa —fue su abrupta respuesta.

Ya estábamos en el área de guardarropa. Un lacayo con librea le colocaba la capa mientras otro aguardaba con su sombrero, su bastón y sus guantes. A mí me estaban vistiendo con idéntica grandilocuencia y mimo.

—Tengo derecho a saberlo —espeté—. Especialmente si están implicados mis…

—Se han acusado mutuamente de hacer trampas a las cartas, el alcohol ha hecho el resto —me cortó brusco—. Y en el caso de los Beale no podría asegurar que no sea cierto.

Me encerré en mi alcoba, turbada y confundida. Necesitaba estar a solas y meditar sobre lo que había presenciado en casa de los Padua. Rechacé todos los apoyos y cuidados que se me ofrecieron, salvo la consabida tisana del ama de llaves. La degusté a pequeños sorbos, perdida en el crepitar de las llamas de la chimenea en mi gabinete. Mi esposo había golpeado brutalmente a uno de sus hermanos, con grave riesgo de ser visto y el subsiguiente escándalo del que no habría salido indemne.

Todo en reclama de respeto para mi persona.

Eso había dicho. Exigido.

Respeto para su esposa.

Un rato antes, Theo me había paseado orgulloso por el salón y en la pista de baile, como pareja joven y enamorada, casados desde hacía poco, habíamos concentrado todas las miradas. ¿Era aquello un mensaje mudo para su familia? ¿Había querido el conde jactarse ante sus hermanos de una felicidad tan impostada como desmedida?

Empezaba a darme cuenta de ciertos aspectos: no había nada que le importara en este mundo a mi marido más que su legado familiar. Sospechaba que por el título de duque de Cleveland haría cualquier cosa, hasta lo inimaginable. Lo segundo en lo que acababa de caer era de que huía, como del mismo Satanás, de cualquier acto o palabra que pudiera hacerlo parecer frágil, vulnerable.

Y entre estos, por desgracia, destacaba todo aquello que sacara a flote su sensibilidad.

Lo que solo podía significar que la tenía.

Si cerraba los ojos solo podía verlo defendiendo mi honor. Puede que también contase su mala relación con sus hermanos, que no habían tenido el menor reparo en mostrarse ebrios en público, provocadores contra sus propios cuñados, y pendencieros. Que aquel imponente puñetazo se hubiera estado fraguando durante meses, incluso años.

Pero al propinarlo me había mencionado a mí.

«Respeto para mi esposa», había demandado. Lo cual me llenaba de orgullo. Y ternura. Y… ¿amor?

Acabé la infusión y me serví una copa. Luego una segunda. Cuando el alcohol empezó su lento circular por mis venas me sentí más calmada, también más perdida en una bruma de la que no sabía salir. La piel me pedía caricias. Los labios, otra boca sobre ellos asolándolos con pasión. Mis pechos, el jugueteo travieso de unas yemas amasándolos con deleite. Mi sexo, la invasión de un miembro duro, erecto, lleno por efecto del deseo.

Y no lo tenía. Él estaba ahí, tan cerca, al otro lado de la puerta.

Si bien había dejado claro al despedirnos que estaba agotado y que necesitaba descansar. Seguramente no estaba dormido, pero tampoco iba a molestarlo. Sería humillante si me rechazaba de nuevo.

No podía atraerlo hasta mi cama. No obstante…, sí podíamos conversar.

Podía y debía preguntarle por ciertas cosas. Éramos marido y mujer, me correspondían unas cuantas explicaciones, no era justo mantenerme al margen.

Llamé con los nudillos. Despacio primero, con algo más de premura después. Hasta que lo oí conceder permiso con un «adelante» perezoso.

Sí estaba metido en la cama. Un lecho fastuoso y ancho que parecía llamarme. Enlacé una mano con otra y miré alrededor en busca de algo interesante en lo que posar mis ojos para no traicionarme.

—Condesa, no me diga que no ha tenido suficientes emociones por esta noche, que todavía ambiciona más.

—Yo… —vacilé un instante—. Necesito hablar.

—Estoy seguro de que podemos dejarlo para mañana. A la hora del desayuno.

—Ahora.

Debió sorprenderle mi vehemencia, porque dejó sobre la mesilla el libro que ojeaba e hizo una seña con la mano para que me sentara. La butaca estaba frente a la cama, la ocupé envarada.

—Disculpe si abuso de nuestra confianza y no me levanto, milady. Ya le dije que ha sido un día largo y duro.

—¿Confianza? ¿Realmente la tenemos? —le reproché.

—Va a perdonarme si no la sigo. No son horas —remoloneó.

No me di por vencida.

—¿Qué hay de malo en conversar? Una charla no le hace mal a nadie. Es que me confunde, milord. A ratos es encantador, a ratos se comporta como si me odiara.

—No la odio.

—¡Mentira! Solo se acerca a mí con un propósito. Francamente, lamento que su heredero esté tardando en llegar más de lo que esperaba.

Suspiró agobiado.

—Eso no importa.

—¿No es el único motivo de la minúscula, ridícula y pobre relación que tiene conmigo? ¿Qué va a ser de nosotros si deja de desearlo?

—No se me permite dejar de hacerlo.

Puse los ojos en blanco.

—Ah, claro, el legado, el apellido, su condenada sucesión.

—Tampoco dejaría de desearla a usted.

Le clavé dos pupilas como dos saetas.

—Puede que empiece a no bastarme.

—¿Qué quiere decir?

—Merezco ser amada. Con devoción y con respeto.

—¿Se está escuchando? ¡Esta noche le he pegado sin miramientos a un hombre de mi familia precisamente por su respeto!

—Se lo ha exigido a él, pero usted es incapaz de mostrármelo.

Meneó la cabeza, negando con hastío.

—¿Pensó que tendría ese tipo de regalos en un matrimonio amañado?
Apreté los puños.
—Pensé que todo puede construirse.
—Y para ello, me impone a su amante. ¿Esa es, a su juicio, la manera?

30

Amantes

—¿Amante? Se refiere a la suya, ¿no? —sondeé atónita.

—¿Mía?

—Me resisto a creer que no exista alguien en este mundo con quien sea tierno y detallista. Alguien a quien dedique sus poemas y le permita leerlos.

Theo apretó las mandíbulas y cruzó los brazos contra el pecho, abrazándose.

—Respóndame. ¿Ese ángel existe?

—Si la hay, desde luego no sería una mujer como usted.

—¿Como yo? ¿Y cómo soy yo?

—Altiva, distante, creyéndose por encima de todos.

Me envaré. Ofendida. Perpleja. Irritada.

—Creo que me confunde con sus hermanos, milord.

—¿Acaso ignora que en el acuerdo de nuestro matrimonio era mi familia la que perseguía las propiedades de la suya y no al contrario?

—¿Las navieras?

—Las navieras. El capricho del duque.

—Un capricho es cosa de ricos, no supone ninguna necesidad.

—Pero te coloca por debajo en las negociaciones, en situación de inferioridad. Fue el duque quien rogó, se rebajó y ofreció a su primogénito con tal de cerrar el acuerdo.

Percibí la amargura infinita que traslucía su voz.

No era corriente que un hombre, menos de tan elevada condición, se sintiera como mercadería barata. Solía ser un sentimiento reservado a las pobres mujeres, a las que se utilizaba para sellar convenios ventajosos y prósperos negocios.

—¿Y eso le escuece? Lo subleva, ¿verdad?

Bajó la cabeza. Me entraron ganas de besarlo por toda la cara.

—Me avergüenza. Da la sensación de que todo en esta vida, hasta lo más sagrado, tiene un precio.

Se me apretó un nudo en la garganta. Sentí lástima, compasión, todas esas cosas bonitas que solo inspiran las personas que te importan. Yo no sabía hasta qué punto me importaba Theo, solo que conforme ahondaba en él, cuanto más lo conocía, más me agradaba lo que iba descubriendo. Por más que él se empeñara en esconderlo.

—Se lo ruego, condesa, retírese. Permítanos descansar a ambos.

No quise forzar más las cosas. Por aquella noche era suficiente. Con un gesto de aprobación me retiré a mi dormitorio sin mediar palabra.

Theo

Maldita fuera la hora en que me empeñé en asistir a aquella fiesta. Toda la maldad imaginable, todas las personas inapropiadas, las que más podían dañar lo que poco a poco construía con Sarah, se dieron cita en el fastuoso salón de los italianos para ganar mi desgracia y hacerme sentir miserable.

Mis bochornosos hermanos.

Los suyos.

Su amante.

Al principio no reparé en Burgundy. Ni en cómo la devoraba con ojos codiciosos. Cómo seguía sus pasos en el mar de cabezas encopetadas, atento a cada movimiento y a si Sarah le devolvía la atención. Ignoro si las dos o tres veces que ella se tensó en mis brazos fue debido a su presencia. Pero lo que observé me bastó para atar cabos. Propietario de la peor reputación de Londres, amante de infinitas mujeres tan casadas como insatisfechas, lord Burgundy era el candidato ideal para deslizarse por la fachada de mi casa, desde la alcoba de mi mujer hasta el jardín.

Después de hacerla suya.

Se me retorcieron las tripas en un pellizco inhumano.

No me preguntéis el motivo. Fue un dolor salvaje, atravesado, casi insoportable.

Había pagado caro por tenerla. Con mi libertad. Con mis renuncias. Sarah me pertenecía. Puede que no me amara, pero era mía por entero. Me lo gritaban sus suspiros, sus ojos mirándome entregados a través de las espesas pestañas cuando le hacía el amor. No permitiría que un individuo de moral indecente y principios reprochables la manchara o me la arrebatase.

Aquella noche, el baile había servido para pavonearme ante lo mejorcito de Londres. Para que todos, en especial mis hermanos, que se encargarían de informar a mi padre, comprobasen lo feliz que era. Que estaba satisfecho con mi esposa, que ella era una dama hermosa perdidamente enamorada de mí y que nos complementábamos. Callar las malas lenguas que aseguraban que el duque había consentido en vender a su heredero a cambio de unas suculentas navieras.

Y el primer sorprendido resulté ser yo.

Con cada paso que nos acercaba durante la danza, cada vez que se rozaban nuestras manos, una sensación de estremecimiento, un agradable cosquilleo me recorría el cuerpo. Del mismo modo que cuando nos distanciábamos, que la necesidad por tocarnos de nuevo nos consumía. Podía leerlo en el modo como su miraba me acariciaba el rostro hasta posarse en mi boca. Era evidente que nos deseábamos y aquel era el único modo de expresarlo cuando no estábamos a solas.

Había sido una experiencia asombrosa.

De no ser por el espectáculo que montaron mis hermanos y su borrachera, y que me obligó a intervenir. Indescriptiblemente vergonzoso.

Nunca imaginé que miembros de mi ilustre familia me hicieran sentir ultrajado delante de otra persona de rango inferior. Sarah era noble, hija de condes, no de duques. No debería haberme importado demasiado, aquellos comportamientos impropios en los hijos menores de grandes familias, consentidos, eran usuales. Nadie se escandalizaba por ello más de cinco minutos.

Y sin embargo a mí me habría gustado que ante mi mujer su actitud hubiese sido intachable. Honorable y pulcra.

Dejé la cama para llenar otra copa. Con la presión de un puño apretándome el esternón. Sabiendo que el alcohol no lo solucionaría.

Era una desgracia.

Una desgracia terrible ser consciente de que mi esposa me importaba, justo cuando descubría que se entregaba a otro. Que tenía un amante y que no me necesitaba. Juro por lo más santo que era mi plan desde el principio. Casados pero libres, cada cual buscando calor en lecho ajeno, dentro siempre de la discreción más absoluta, sin trabas ni cortapisas. No calculé el efecto de seducción que aquella mujercita respondona e inteligente causaría en mí.

Puros estragos.

Porque empezaba a necesitarla con una agonía de vida o muerte. Si no me buscaban sus ojos era como si me faltara el aire. Su opinión sobre circunstancias que me atañían iba siendo cada vez más relevante, quería oírla. Era una prueba de que mis asuntos le concernían.

Allí me quedé. Desamparado en mi alcoba, con una sensación de soledad que conocía demasiado bien, el alma vacía y el pecho hundido cuando podría haber dormido con ella entre mis brazos, aspirando ese olor suyo tan delicado como perturbador. El aroma que desprendía su piel y se colaba por los poros de mi cuerpo atontándome.

Aquella mujer me había condenado un segundo después de besarla.

31

Misión en casa del barón

Sarah

Tuvimos que esperar semana y media hasta que surgió la oportunidad adecuada para robar los títulos de adquisición de la baronía de Totemfort. Carente del menor tacto y sin guardar el mínimo duelo por la muchacha fallecida, la familia organizó una fiesta para anunciar el nuevo compromiso del primogénito, esta vez con la hija de los condes de Hillshare. Allí estaríamos las cuatro ladies, asistiendo en calidad de invitadas sin maridos, para poder desenvolvernos con mayor libertad.

Lo cierto es que a Theo no tuve que convencerlo, rechazó la invitación alegando estar muy ocupado. En un arranque se sinceridad me confesó que no soportaba al pomposo barón, pero que si era de mi gusto aceptar en representación de nuestra casa para no dar que hablar, acompañada de mis amigas, le parecía correcto.

No sé.

Había algo sospechoso en su actuación. Algo no terminaba de encajar.

Ese flemático desinterés por acudir a un festejo insulso no debería haberme alertado, pero lo hizo. Porque tuve la impresión de que estaba deseando que me marchara. Quizá para recibir a su amante en nuestra propia alcoba, en la cama en la que yacíamos.

¿Sería capaz de tal atrocidad? No entendía por qué solo imaginarlo me dolía tanto. Hacia adentro, al tuétano de los huesos.

Qué bien me hubiera venido en esos momentos alguien de confianza en el servicio. Alguien por completo leal en quien pudiera depositar mis temores, de cuyos ojos vigilantes pudiera valerme. Que me narrara con todo lujo de detalles lo que acontecía en Farnwood cuando yo no estaba.

No la tenía.

De modo que me conformé con lo que había y, dentro de la moderación ya que no iba escoltada por el conde, me acicalé lo mejor posible para la fiesta. Los cuatro carruajes coincidieron en las puertas de la ostentosa mansión Totemfort y las amigas nos reunimos para acceder juntas, tomadas del brazo.

—¿Recuerdan el plan, queridas? —quiso asegurarse lady Grace.

—Pulgada a pulgada, milady —sonreímos a coro.

—Sin pasar por alto ningún detalle —zanjó lady Clara—. Traigo las ganzúas bajo el corpiño.

—Lady Sarah, cuya constitución menuda la ayuda a pasar desapercibida y tú, estimada Clara, con tu habilidad sin parangón, entraréis en el despacho del barón. Mi hermana Victoria y

yo rondaremos la puerta hasta que hayan salido de nuevo. Para protegeros y asegurarnos de que nadie más entra.

Tras el veloz repaso nos deseamos suerte con un brindis, para pasar a mezclarnos con la multitud, dejándonos arrullar por la música y las conversaciones animadas. En susurros decidimos que el instante del discurso del barón, abarcando el anuncio oficial del nuevo compromiso y la presentación de la futura esposa de su hijo, era el más indicado para colarnos en el despacho. Todo el mundo estaría absorto, pendiente de las palabras del anfitrión y lo suficientemente achispados como para no vigilarnos.

Fue lo que hicimos.

—No deberíamos tardar más de cinco minutos —cuchicheó Clara, cerrando la puerta a su espalda sin hacer ruido.

—Bastarán, siempre que descubramos cuanto antes el escondrijo de esos documentos.

—Busca en todos los cajones y armarios. Yo levantaré cada cuadro por si la caja de caudales estuviera instalada bajo alguno de ellos.

Repartidas las tareas, sin precisar de más explicaciones, acometimos cada cual su labor con diligencia. Presidiendo la estancia había un colosal cuadro de la baronesa, fea como un dolor de muelas, con más joyas encima de las que podía soportar un cuello humano.

—¡Eureka! —oí exclamar a Clara. Su expresión favorita de victoria.

La caja fuerte del barón se escondía tras el cuadro de la beldad. Antes de que me colocara a su lado, ella ya tenía entre los dedos las ganzúas y movía la ruedecita del mecanismo atenta a sus crujidos.

—Nunca entenderé por qué los nobles no invierten en buenos profesionales a la hora de asegurar sus tesoros. Menuda bazofia de caja, la descerrajaría un crío…

Viendo la agilidad inhumana con que bailoteaban sus dedos, yo no lo habría jurado. Pero Clara era así, humilde, modesta, nunca consciente de sus enormes talentos, jamás presumía.

La gruesa portezuela se abrió a su suave tirón.

Se nos iluminó la cara de emoción.

Saqué sin demora la pila de papeles que la llenaba, olvidándome de los lingotes de oro y los fajos de billetes amontonados. Dividí los documentos en dos grupos, entregué uno a Clara y agachadas en el suelo, parapetadas por la enorme mesa de caoba, procedimos a revisarlos.

—Aquí están —comuniqué triunfante—. Querido barón, pronto hasta el último criado de la capital sabrá de sus dudosamente nobles orígenes. Pagará cara su altanería y su falta de humanidad.

Clara me los arrebató de las manos. Los examinó con sesuda rapidez, me alargó un par de ellos y procedió a guardarse los demás en la ropa interior. Tuve un segundo de titubeo tras el cual, la imité a toda velocidad.

Escrutando el silencio y las voces y aplausos que llegaban desde lo lejos, devolvimos los documentos restantes a la caja de caudales, Clara aseguró la puerta y restablecimos el cuadro de la horrenda baronesa en su posición original. Creíamos haber culminado con pleno éxito nuestra misión y nos disponíamos a escabullirnos, cuando una puerta lateral se abrió y una joven criada entró a paso ligero con unos manteles en las manos.

En cuanto nos vio se asustó, abrió la boca como si fuese a aullar y yo le hice una seña desesperada para que se reprimiera.

No gritó, pero todos los manteles limpios y planchados fueron directos al suelo.

Enseguida escuchamos el rumor de otros pasos que se aproximaban. Embriagadas de infalibilidad, habíamos sido un poco descuidadas: además de la puerta principal había otras dos

laterales que no nos habíamos entretenido en atrancar. Los amenazadores pies, cada vez más cerca, llegaban por la puerta frente a la que había usado la criada.

La muchacha señaló las gruesas cortinas.

—Aquí, ¡escóndanse aquí! ¡Tras los cortinajes!

—¡No cabemos! —protesté— ¡Las dos no cabemos…!

—Sí caben, milady, métase…

Clara fue más inteligente. No se quejó, no perdió su precioso tiempo. De un salto se camufló tras el muro de tela y allí me quedé yo, de pie frente a la muchacha, expuesta junto a la mesa del despacho sin saber muy bien qué hacer.

La puerta de la izquierda empezó a abrirse. La manija a girar. Se me encogió hasta el alma.

La criada tomó una botella de la mesita de los licores y me la vertió encima. Para cuando la agria mujer propietaria de los pasos nos sorprendió, ella refunfuñaba mil disculpas y frotaba la delicada tela de mi vestido como si intentara limpiarla.

—¿Qué ocurre aquí? —rugió la recién llegada.

La criada apenas la miró.

—Lo siento, milady, lo siento mucho. ¿Cómo he podido ser tan torpe?

La mujer, vestida de negro y con pinta de ama de llaves, dio un par de pasos y nos cercó. Las pupilas clavadas en mi salvadora.

—He preguntado qué haces aquí.

—Milady buscaba el tocador y se ha extraviado. Yo he chocado con ella y… y la he manchado… Su… su vestido.

Por sus muecas crispadas, entendí que la mujer acababa de superar los límites del escándalo.

—Y cuando milady se perdió, ¿qué hacías tú aquí, Elinor? —Recalcó el «tú» con bastante mala intención.

Quise intervenir, pero los ojos de la joven me aconsejaron que lo más prudente era el silencio y simular contrariedad.

—Disculpe el atrevimiento de esta muchacha estúpida, milady. ¿Qué se supone que hacías en el despacho del barón? ¿Y con la botella de brandy en la mano? No. Puedo. Creerlo. No. Puede. Ser. En esta. Santa. Casa…

—Señora Jones, disculpe —gimoteó la muchacha—, lo siento muchísimo, ha sido un error, no volverá a ocurrir…

Una precipitada reverencia antes de salir corriendo por la puerta por la que había entrado en un principio, abandonando los pobres manteles en el suelo, a su suerte.

—Desde luego que no volverá a suceder, téngalo por seguro. —Concentró en mí su atención antes de marcar una larga inclinación que compensara el descuido de la criada—. Milady, qué sofoco. Siento que haya tenido que ser testigo de un acto tan bochornoso.

Sacó un pañuelo blanco inmaculado de su bolsillo y se abalanzó contra mi falda y las manchas de licor. Me la quité de encima con sumo esfuerzo.

—Déjelo, señora Jones, no se apure, ha sido un accidente sin la menor importancia.

—¿Sin la menor importancia? ¡Milady! ¡Mire su vestido! ¡Está arruinado!

—Tengo otros —la calmé con una sonrisa beatífica—. Se lo ruego, sea benévola con esa muchacha, no ha sido culpa suya…

Todas las arrugas de aquella cara se contrajeron en un espasmo de disgusto.

—El que se la sorprenda en el despacho del señor empinando el codo es, sin duda, culpa

suya, milady. Esa desgraciada tiene los días contados en esta casa.

32

¿Me ha echado de menos?

Se me retorcieron las tripas.

La joven de nombre Elinor iba a pagar bien caro la caridad de habernos auxiliado. Por más días que pasaran no lograría deshacerme del espantoso complejo de culpa que me ahogaba. De regreso al salón, con aires de dama ofendida, me di de bruces con las hermanas Wellfly aguardando en la puerta.

Cruzamos una colección de miradas ansiosas disfrazadas de sonrisas.

Los escasos cinco minutos que Clara invirtió en poder salir de su escondite se me hicieron eternos. Con un tamborileo contra las costillas que estaba a punto de volverme loca. ¿Qué podría decir estando sola, oculta detrás de las cortinas, si el ama de llaves la sorprendía?

Cuando la vi salir me di cuenta de que llevaba rato sin respirar. Hasta me había mareado. Creí que me desmayaría de alivio.

—¿Lo tenemos? —habló por fin Victoria.

—Lo tenemos —confirmó Clara sacando a relucir sus adorables hoyuelos.

—Pues se acabó la fiesta —remachó Grace—. Podemos irnos.

—Hay una joven… —empecé insegura.

—Sí, la criada que nos ha cubierto —me apalancó Clara—. Qué inteligente y rápida ha sido.

—Me temo que la hemos metido en un lío —suspiré.

—No hay nada que podamos hacer por ella —resolvió Victoria rebuscando un poco histérica alrededor—. Salgamos de esta casa.

Yo no estaba de acuerdo con su opinión. Seguro que había cosas que hacer por Elinor, sacarla del atolladero, ser agradecida por haberse expuesto de aquella forma. No obstante, tampoco tenía por qué involucrarlas a ellas. Nos preparamos para despedirnos justo cuando todos los invitados estallaban en aplausos encantados con la crónica de la próxima boda. Un festejo que prometía convertirse en el más suculento nido de rumores de la temporada.

Entonces lo vi.

A lord Burgundy.

Alto y apuesto, vestido con la elegancia acostumbrada, acodado en una esquina con una copa en la mano, observándome con fijeza y una inquietante sonrisa en la comisura. Me estremecí de pies a cabeza cuando todos mis fantasmas regresaron en estampida. ¿Qué sería de mí si se iba de la lengua? ¿Si de alguna manera insinuaba que fui a su apartamento, ni más ni menos? ¿Se habría dado cuenta ya de que había recuperado mis calzones bordados?

Empecé a tiritar. Unos brazos suaves rodearon mis hombros y me propinaron unos apretoncitos cariñosos.

—Vamos, lady Sarah, ya puede calmarse. Lo hemos pasado francamente mal —admitió

Clara, convencida de que lo mío eran nervios tras la accidentada aventura.

—Los coches nos esperan fuera. Cada una a su casa y en un par de días nos reuniremos en el salón de té con los títulos de baronía. Un nuevo cometido de las justicieras coronado con éxito.

No digo que la presión de lo sucedido en el despacho de Totemfort no fuera en parte la causa de mi desazón, sin embargo, lo peor de todo había sido toparme con lord Burgundy. Cuando entré en Farnwood llevaba el estómago revuelto.

Mientras una doncella me seguía a la carrera hasta mi alcoba, la otra se afanaba por servirme la tisana del ama de llaves e insistía en que me la bebiera. No hizo falta que suplicara demasiado, me sentaría bien al cuerpo, igual me asentaba aquellos estúpidos temblores.

Las hice salir un rato de mis aposentos para poner los documentos robados a buen recaudo y solo a continuación, las hice entrar. Desvestida de tanta gala, con el pelo cepillado a fondo y la ropa de dormir, por fin me quedé sola. No me acordé de revisar el pestillo de la puerta que comunicaba con el dormitorio de Theo, mi mente estaba a otras cosas, muy lejos de allí. No me di cuenta de que había entrado hasta que se me colocó detrás y lo vi reflejado en el espejo del tocador.

Por poco fallezco del susto.

—¿Se ha divertido en la fiesta, condesa? Parece cansada. ¿Me ha echado de menos?

Tardé en reaccionar. Me intrigó el modo en que se me erizó la piel y lo nerviosa que me puse al notar su mano apoyada en mi hombro. Una suerte de caricia con pinta de advertencia.

¿O era posesión? Un gesto como si me marcara diciendo «me pertenece, es mía».

—Bueno, ya imagina —carraspeé—. De no ser por mis amigas habría sido de un tedio insoportable.

—Ya le dije que no era buena idea asistir. Usted insistió… Quizá estaba interesada en coincidir con algún otro invitado. Me han informado de que lord Burgundy estaba presente.

Me sacudió un temblor. Lo peor de todo es que Theo seguía tocándome y tuvo que darse cuenta.

—¿Lord Burgundy? No lo conozco.

—¿No lo conoce?

—Jamás me lo han presentado —insistí con la mirada clavada en el espejo.

—Así debería ser. —Retiró la zarpa de mi hombro con una sonrisa intimidante—. No es un caballero de buena reputación. Es de los que ensucian todo lo que tocan.

Hundí los ojos en la alfombra.

—No sabría decirle…

—Yo sí la he echado de menos —confesó cuando menos lo esperaba.

Tiré de mi cuello con brusquedad para mirarlo. Queriendo adivinar qué se escondía tras aquella frase inesperada, qué me contaban sus ojos que, como espejo del alma, nunca mienten.

Ansiedad.

Necesidad.

Urgencia.

Deseo.

Su mano aferrada a mi brazo me levantó con un solo movimiento. La otra rodeó mi cintura y me atrajo hacia él con inexplicable frenesí. Sus labios buscaron mi boca robándome el aliento con un beso infinito que rebosaba pasión. Resiguió la línea de mi mandíbula, alcanzó la

base de la oreja y de ahí viajó a mi clavícula, dejando la piel de mi cuello erizada como una ola de tormenta. Cada fibra de mi ser se activó pidiendo más, estimulada por la marca de sus caricias. Theo me empujó hacia atrás hasta que mi trasero topó con el borde de mi tocador, cuyo tablero quedó despejado de un manotazo del conde. Me acomodó y me levantó la seda del camisón. Su mano rozaba mis muslos tan tibia y suave como la propia tela.

Boqueé entre jadeos.

—También… lo… eché de… menos —alcancé a decir.

—¿De veras? —Sus dedos excitados tantearon mi húmeda abertura, se abrieron paso entre mis pliegues sedientos—. ¿No había en el baile otro caballero que la estimulase más que yo? —Negué sobre su boca que me devoraba— ¿Está completamente segura?

33

Gruñidos roncos

Aunque mantuve los ojos fuertemente cerrados para no perder un ápice de lo que estaba sintiendo, noté las grandes manos del conde resbalar por mis piernas, desde las caderas hasta las corvas, rodearlas con delicadeza y montarlas en sus hombros. Separadas. Expuesto mi sexo que, lista como estaba para dormir, no había cubierto con ninguna tela.

Entonces Theo hundió su boca en el vértice entre mis muslos, su lengua se introdujo en mis entrañas y giró unas cuantas veces haciéndome gritar. Los nudillos debieron de ponérseme blancos, a juzgar con la fuerza con la que me agarré del tocador. Me estaba haciendo suya sin usar el miembro. Combinando envites de su lengua caliente con lametones y atrevidos mordiscos deliciosos.

Eché atrás la cabeza, la dejé caer. Rendida por completo, entregada al insoportable placer que me inundaba las venas como savia hirviendo. Loca por desgranar las letras de su nombre entre largos gemidos.

—Theo… ¡Theo!

Llegó un estallido, seguido de otro. Asomarse al vacío, lanzarse, volver a subir, prepararse para volver a explotar. El cuerpo reaccionaba a la par, cada fibra nerviosa vibraba como cuerda de violín. Los gruñidos roncos de Meroy me indicaron el nivel de su deleite. Estábamos hechos el uno para la otra. Puede que no quisiéramos, hasta que lo negásemos, pero la fibra con la que estaban fabricados nuestros organismos reaccionaba al otro como una mecha a una cerilla.

Sin permitir que me recuperase de los dos asaltos casi simultáneos, lo vi incorporarse, depositar un sueve beso en la cara interna de mis muslos y sujetarme de nuevo desde las caderas para empujar dentro de mí.

Me mordí los labios con desesperación.

La sensación de que no podíamos estar más unidos, de tenerlo dentro, llenándome de aquella forma brutal, casi salvaje, deliciosa al tiempo.

Era más de lo que podía soportar.

Embistió a un ritmo lento, como si me amasara, para después intercambiarlo por firmes vaivenes de cadera. Me agarré a su espalda, mis pechos se pegaron a su torso y el vello que lo cubría me arañó dulcemente los pezones.

Llegamos a la cima con escasos segundos de diferencia.

Theo quedó quieto. Adosado a mí, sin quebrar el abrazo. Con los ojos cerrados, la respiración agitada y los labios sobre mi pelo. Escuché el latido al galope dentro de su pecho conforme se iba serenando, igual que el mío.

Suspiró.

Y se distanció. La piel de todo mi cuerpo acusó la separación, el frío, la ausencia.

—Espero que hayamos concebido un heredero, condesa.

No era lo que esperaba escuchar. Tampoco sonó su voz como acostumbraba. No era desafío, ni arrogancia, ni burla. Tampoco enfado. Era más bien tristeza.

Algo que no entendía.

—¡Nieva! ¡Está nevando!

Mis doncellas me atendieron con extrañeza.

—Sí, milady. Está nevando desde el alba —informaron con el soniquete monótono de quien no descubre nada emocionante.

Me arrojé de la cama, entusiasmada como un infante. Criarse rodeada de muchachos también tenía sus cosas buenas, los días nevados siempre habían sido como regalos de navidad en Pembroke Manor. Salíamos a los jardines, a perseguirnos a la carrera y a lanzarnos bolas de nieve bajo el chaparrón de regañinas de las institutrices. Puede que mi familia no se acordara de mí, que dando por hecho que era la mujer más feliz de Inglaterra, no se hubieran molestado en escribirme ni una carta, no diremos de venir a visitarme. Y sin embargo… recordaba nuestros juegos y sentía mariposas de felicidad en el estómago.

Saliendo sola al jardín no sería exactamente igual, pero era una dama de buen conformar. Si lo que deseaba no lo tenía, no perdía tiempo lamentándolo.

Bien abrigada, las manos envueltas en un manguito de piel, los ojos centelleando y el pecho subiendo y bajando bajo la ropa. Los pies hundidos en la tierna capa crujiente.

—¿Le gusta el paisaje blanco?

Theo me sobresaltó. Venía flanqueado por un lacayo con una bandeja enorme y un servicio de té para dos. Mientras yo hacía el ridículo sorprendiéndome con una boca abierta que no era capaz de cerrarse, los criados dispusieron una coqueta mesita con mantel y dos sillas y el desayuno completo.

—Pensé que tendrías hambre. Y que tomar aquí la primera comida del día podría sonar… original. A la par que romántico.

—¿Se catalogaría usted como romántico, milord? —reí de buena gana.

—Tome asiento, no proteste y caliéntese las tripas.

—No sea que resfriemos al heredero.

Me dirigió una ojeada chispeante y muda.

—Nuestro encuentro de anoche fue muy… —empezó con un carraspeo.

—¿Muy?

—¿Conmovedor?

—Conmovedor. —Arrugué el entrecejo—. No sé si es una manera muy acertada de describirlo. Pero en fin, el mago de las palabras es usted, milord, no yo, que me limito a leer. Si usted dice que fue conmovedor… seguramente lo fue.

No podía controlar mi buen humor de aquella mañana. Si bien habíamos estado a un pelo de ser cazadas, teníamos los documentos que probaban la falta de nobleza del barón a buen recaudo, y mi marido me había hecho el amor con el ímpetu de un dios griego la noche anterior. El fuego me corría por las venas como lava candente.

Y como me sentía traviesa y juguetona, fingiendo revisar las lazadas de mis botines, me incliné hacia el suelo y formé una bola que encerré en un puño. Me estiré veloz como el viento a lanzar el proyectil y que se estampara en la cabeza de mi esposo…

Que lo atrapó en pleno vuelo simplemente levantando la mano, como si fuera lo más sencillo del mundo.

Insultante.

Ahogué una carcajada. Él contuvo la suya, maravillándome con aquella sonrisa seductora que casi nunca mostraba. ¿Por qué no podía ser así de fácil? A fin de cuentas, estábamos casados, no habían contado con nosotros, pero allí convivíamos, como uno solo. Era cuestión de trabajar nuestros instintos, las aristas de nuestra relación hasta encajar como dos piezas cortadas y distanciadas.

—Un chelín por sus pensamientos, condesa.

—Un chelín es una apuesta miserable, milord. En realidad, valen mucho más.

—Cuéntemelos, para que pueda juzgarlo.

Invertí un buen montón de minutos en pensármelo. Los mismos que él aguardó con paciencia, sin retirarme sus ojos de encima.

—¿Qué cree que podría pasar si se abre en canal y saca lo que con tanto tesón esconde? —solté por fin, con atropello— ¿Qué sería lo peor, lo que más temería?

—Uno queda expuesto al sufrimiento cuando admite que ama.

Me desconcertó su respuesta.

—Quién ama a… ¿quién?

—Es usted… Podría decir que eres —recalcó el tratamiento informal— la mujer que más profundamente me ha perturbado en toda mi vida. O que te adoro al mismo nivel que me causas pavor. O que te odio…

—Entonces yo replicaría que también lo odio a usted.

—Al tiempo que te amo.

34

Enfrentada en batalla

Temí que me diera un ataque al recibir aquella declaración extraña e inesperada. Se me secó la boca y mi corazón dio un salto mortal. Lo terrible fue que Theo continuara hablando y lo hiciera añicos.

—Todo eso podría decir, lo admito, porque no soy del todo malo con las palabras y se asemejaría a eso que usted denomina abrirse en canal. Pero solo sería un cuento para niños. Queda bien en este ambiente bucólico, aquí, tomando té y bocadillos entre la nieve, ¿no le parece?

Recibí un baño frío. La gloriosa impresión de que acababan de estafarme con un puñado de palabras hermosas que había estado a punto de creerme. Fui dolorosamente consciente de que quería creerlas. Lo necesitaba. Pero no eran más que delirios.

Se me acumularon los nervios en la garganta al mirarlo y comprobar su indiferencia, su mirada perdida al fondo de los jardines y el sutil toque de desdén que teñía sus gestos si me los dedicaba. Se había burlado de mí mientras yo me permitía soñar.

Imaginé la felicidad de un matrimonio rodeado de amor, fantaseé con que tras las noches de pasión compartidas con el conde de Meroy se escondía la deliciosa complicidad de los que se adoran, los que están dispuestos a cualquier cosa por el otro.

Me había permitido idealizar la realidad olvidando que la mía era una unión impuesta con un hombre en permanente guerra consigo mismo, y que ese lujo no me estaba permitido.

Disfrazando mi desolación de gelidez, apoyé las manos en la mesita y me levanté con un suspiro.

—Me parece que desperdicia usted su talento no publicando lo que sea que escribe. Puede llegar a ser dulce como las frambuesas maduras y a la vez, mordaz como la más venenosa serpiente. No cabe duda de que es un don, milord. Y ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

—¿Cosas?

—Preparar la vuelta al mundo que con tanto afán me recomendó.

Me esfumé antes de que reaccionara y volviera a herirme. O me interrogara otra vez, logrando ponerme histérica. ¿A qué había venido preguntar por Burgundy? ¿Cuál era la causa de haberlo nombrado? Justo después de cruzármelo en el baile… ¿Y si el maldito desgraciado había abierto la bocaza? ¿Y si algo de lo que hice había llegado a oídos de mi marido? Prefería morir allí mismo, sobre la capa de nieve, a soportar las consecuencias.

Sufrí un minuto de terror.

Pero fue solo eso, un breve minuto. Enseguida me insuflé fuerzas. ¿Qué podía pasar al

margen de que la familia Cleveland me repudiara? Ya era una mujer casada, no necesitaba una reputación intachable para pescar marido. Era condesa, en idéntico escalafón social que lord Burgundy y con mucha más fortuna. Y en el futuro, bajo un título de duquesa, estaría por encima.

Usaría todas las armas a mi alcance para defenderme si me atacaban.

Lo que no implicaba que no temiera y me ardiera el pecho.

Otras, sin embargo, estaban bastante peor que yo. Me acordé de la joven samaritana Elinor y envié nota a lady Clara avisando de que iría a visitarla.

—No te preocupes por nada, mi Dottie irá a hacer todas las averiguaciones. No sabes cómo es de diligente y capaz —me prometió Clara con su sonrisa de hoyuelos—. Hoy mismo, mañana a más tardar, sabremos de esa muchacha. Y prueba los bocaditos de miel con jalea. Te hacen falta, te veo muy flaca…

—Será por mi mucha actividad nocturna —reconocí en un gruñido.

Clara se echó a reír. El sonido de sus carcajadas me sobresaltó, ya que lo había pronunciado con total amargura, no para divertirla.

—Bien, querida. —Me palmeó la mano—. Veo que tu matrimonio sigue viento en popa.

Desencajé los ojos.

—¿Eso te parece? ¡En absoluto! ¡No tenemos más que encuentros físicos!

—¿Y qué más quieres?

—Quiero que me ame, que cuidemos el uno del otro, que nos apoyemos, que…

—Eso llegará con el tiempo.

—A lo mejor nunca llega.

—No seas pájaro de mal agüero, Sarah, eres extraordinaria, ¿quién iba a resistirse a tus encantos?

—El conde de Meroy. No parece que le importe otra cosa que el título de duque que le corresponde.

—Pues a lo mejor cuando lo consiga, se relaja y se permite amarte. ¿No lo has pensado?

—No soy del tipo de mujer que se enfrenta en batalla a un título nobiliario. Solo pensarlo me pone furiosa.

Clara me colocó un platito lleno de dulces delante de la nariz. Por cortesía y porque olían a gloria, me vi obligada a aceptarlos.

—Sé comprensiva. Lo casaron sin su consentimiento, igual que a ti. No os conocíais, no os amabais desde antes como Gail y yo, por ejemplo. Tendréis que irlo construyendo todo poco a poco.

Asentí con la boca llena de jalea y nuez. Conversar con Clara Montrose curaba mi corazón herido de una forma milagrosa. Clara estaba, sin duda, hecha para escuchar a la gente y actuar de bálsamo para los corazones. Envió a Dottie con su recado y nosotras seguimos de feliz cháchara sin darnos cuenta de cómo corrían las horas.

—Tienes que quedarte al almuerzo. Gail pasa hoy el día con sus sesiones en el Parlamento y estoy sola. Verás lo que ha preparado nuestra cocinera…

Me enlazó el brazo con el suyo y caminamos juntas por aquel inmenso palacio. En breve, Clara y el duque se ausentarían por una temporada para visitar Escocia. La madre y las hermanas de lord Montrose pasaban en el castillo solariego largos meses y les agradaba visitarlas. Iba a

echarla muchísimo de menos, como siempre que se marchaba.

Estábamos tomando el té en la sala de música, cuando Dottie llegó a la carrera, frenando prácticamente a los pies de su duquesa.

—Dottie, ¿qué te tengo dicho acerca de correr dentro de la casa? ¿Mucho menos si hay visitas?

La muchacha se puso colorada. Me miró de reojo y le hice una seña para que se despreocupara. Yo era casi como de la familia.

—¿Has averiguado…? —comenzó Clara armada de paciencia.

—La han despedido, milady. La muchacha ya no está en la casa.

—¿Cómo? —me sublevé.

—Era de esperar —evaluó Clara—. A ver, Dottie, querida, cuéntanoslo todo con detalle. ¿A qué esperas? Siéntate.

Solo Clara podía ser duquesa e indicarle a un miembro del servicio, por muy de confianza y antiguo que fuera, que compartiera asientos en la misma sala como una amiga más. La adoré por ello. Dottie se fue calmando conforme hablaba y hasta dejó de restregarse las manos.

—Verá, duquesa. Llegué a la mansión Totemfort y pregunté por la criada Elinor, fingiendo ser una prima suya recién llegada a Londres.

—A Dottie el teatro se le da de maravilla. Deberíamos incluirla en el club. —Clara me guiñó un ojo.

—Ay, no, duquesa, no, no. Me muero de miedo si tengo que salir de noche. A mí mándeme hacer cosas a la luz del día y a mi aire, verá qué útil le resulto.

—Prosigue, querida —la animé, divertida.

—El caso es que llegué a cruzarme con el ama de llaves. ¿Y saben qué? ¡Me ignoró! Esa arisca mujer es sorda o hizo como que no me había escuchado. Me pasó rozando las faldas, duquesa. Y no me respondió.

—También era de esperar. Las amas de llaves son auténticas hidras —opinó mi estimada amiga.

—Se hizo un silencio de tumba, miladies. Todas las criadas me miraban, pero nadie soltaba prenda. Miraban al suelo y a la chita callando entendí que era mejor no forzar las cosas.

—¿Abandonaste sin saber…?

Dottie levantó una mano con una mueca de orgullo.

—¡Quieta y parada, duquesa! Claro que averigüé. Al salir, me di cuenta de que una moza venía tras de mí. Yo no tenía ninguna intención de irme, solo de dar una vuelta, pensaba preguntar a los jardineros, a los mozos de las cuadras… en fin. El caso es que la chiquilla me dijo que a mi prima… Elinor, la habían despedido después de pillarla ebria en el despacho del barón.

—¡Eso es falso! —me sublevé.

—Y me entregó este papelito con la dirección de la casa de huéspedes en la que vive.

Me alargó el pedazo de papel y Clara se abalanzó a abrazarla con todo tipo de alabanzas.

—¡Eres grande, Dottie! ¡Ya la tenemos!

35

Hacer justicia

Decidimos que iría yo sola, para no abrumarla, pese a las muchas protestas de Clara que también se sentía en deuda con la joven desconocida. Recibir la visita de una duquesa y una condesa, juntas y al alimón, podía ser demasiada impresión para la muchacha.

—Prométeme que le darás esto y que luego me contarás todo.

Me entregó una bolsa llena de monedas de plata, una fortuna con la que la criada podría vivir holgadamente varios años. Lo recogí boquiabierta, haciendo por duplicado todas las promesas que mi amiga me exigía.

El cochero me llevó hasta el límite de la zona respetable de la ciudad. A partir de allí los callejones serpenteaban más estrechos y oscuros, el olor empeoraba y los bolsillos andaban mucho más vacíos. Podía imaginar lo que supondría para una muchacha sin recursos ni familia, la mayoría de las criadas lo era o la tenían muy lejos, en el campo, perder el único trabajo que le garantizaba techo cuando granizaba y el estómago lleno.

Sentí una oleada de remordimientos que me produjo hasta nauseas.

—¿La acompaño, milady? —se ofrecieron los dos cocheros.

—Ya me acompaña mi doncella, muchas gracias.

De hecho, ni siquiera iba a permitir que la doncella fuera testigo de mi entrevista con Elinor. Nadie de Farnwood podía descubrir a qué nos dedicábamos las ladies cuando no ejercíamos de amantes esposas y damas florero de alta sociedad.

—Este barrio puede ser peligroso, milady —insistió el hombre con el rostro pintado de preocupación.

—Voy a visitar a alguien que está enfermo —inventé. Luego apunté con el dedo a un edificio raquítico y desvencijado—. Vive allí, según tengo entendido. Sería buena idea aparcar el carruaje lo más cerca posible de la puerta y que esperen ustedes por si necesito algo. Así, de camino, vigilarán el coche y los caballos.

Mi solución pareció convencerlos, aunque sin evaporar del todo el desasosiego por si me asesinaban tras una esquina y no les quedaba otra que explicárselo a mi suegro. Descendí ágil de la berlina, seguida por la doncella que no terminaba de caerme bien, pero que había resultado ser discreta, y nos adentramos en el edificio engullidas por una absoluta y tenebrosa oscuridad.

—Espérame aquí abajo —le indiqué al pie de la escalera.

—Pero milady…

—Vuelvo enseguida —prometí sin querer detenerme a escuchar más inconvenientes—. Es mi obra de caridad.

Tomé aire, supliqué a los cielos que Elinor no me cerrara la puerta en las narices, si bien era posible que me lo mereciera, y golpeé suavemente con los nudillos en una puerta demasiado fría.

No se movió una brizna de aire. Oí el llanto desgarrado de un bebé en otro de los apartamentos cercanos. Insistí con el golpeteo, esta vez con más vehemencia.

—¡Ya vaaa!

Aquella voz cascada no pertenecía a Elinor. Como tampoco eran suyos el cuerpo rollizo y achaparrado y el nido de pájaros a modo de pelo sobre la ancha cabeza de la mujer que me abrió.

Lo hizo de mala gana, con un insulto en la punta de la lengua. No obstante, mi vestido y mi abrigo debieron de dejarla muda, porque abrió la boca de una forma grotesca y ya no volvió a cerrarla.

—¡Pardiez!

—¿Vive aquí la señorita Elinor?

—¿Señorita? —La matrona estaba perdida entre nubarrones—. Ah, sí, sí, la muchacha de los Totemfort. Pase, excelencia —marcó una reverencia que casi la tiró al suelo—, por favor, pase. Es la habitación del fondo.

Por lo visto a aquellas horas casi todos los inquilinos se encontraban en la calle. Y Elinor también habría estado, buscando dónde colocarse, de no estar postrada con un resfriado agudo que le impedía presentarse ante futuros patrones. Al verme, tras abrir la puerta, su expresión era la viva imagen de la sorpresa.

—¿Mi… lady?

—¿Puedo pasar? Cierra enseguida, hay una corriente del demonio y veo que tienes catarro. Perdona por haberme presentado aquí sin avisar.

Meneó la cabeza desconcertada, pero mantuvo el aplomo suficiente para ofrecerme una silla.

Poco más tenía en el cuarto. Una mesa pequeña con aquel único asiento, un catre estrecho y seguramente muy incómodo, y un aguamanil en la esquina, sobre el suelo para asearse. Ni de espejo disponía.

—No tengo… nada que ofrecerle —se disculpó azorada.

Resté importancia al asunto con un voleo de la mano. Saqué las monedas de la duquesa y las deposité sobre la mesa gastada.

—Ante todo, nuestro eterno agradecimiento por lo que hiciste. La duquesa no ha podido venir, pero te manda este obsequio.

Los ojos verdes de la joven volaron de mi cara al saquito y de vuelta a mi rostro. Era muy joven, extremadamente bella, con una hermosura exquisita, refinada, impropia de alguien que se gana la vida de rodillas fregando suelos. Hasta sus manos eran finas y suaves.

—No tienen que agradecerme nada, milady, yo…

—Por supuesto que sí. Nos salvaste de quedar en evidencia. A las dos. No nos conocías, no sabías si lo que estábamos haciendo era honorable o éramos unas miserables rateras y sin embargo, te expusiste para salvarnos el cuello.

—Creo que ni siquiera lo pensé —admitió con ingenuidad.

Le sonreí afectuosa para que serenase aquellos nervios desquiciados.

—Y como recompensa a tu buena acción perdiste tu trabajo. Ahí hay dinero suficiente para vivir con desahogo mucho tiempo. Tienes que salir de aquí, eso es lo primero. No obstante, si lo que quieres es trabajar, puedo ayudarte.

Su mirada se volvió resplandeciente.

—¿Lo haría?

—Por supuesto. Conseguiré que seas ama de llaves de una buena casa.

—¿Yo? ¿Ama de llaves?

Asentí con vigor.

—Entretanto, puedes venir conmigo, necesito una doncella personal discreta, arriesgada y cuya lealtad esté fuera de toda duda.

Elinor se llevó las dos manos al pecho. Incrédula.

—¿Y ha pensado en mí?

—Por supuesto que he pensado en ti. Y si el resto de mis amigas te conocieran terminaríamos arrancándonos los bucles por ver quién tiene la fortuna de quedarse contigo.

Me incliné hacia adelante y le tomé las manos entre las mías enguantadas.

—Me haría muy feliz que aceptaras, Elinor…

—Gibbs, milady. Elinor Gibbs.

—Soy lady Meroy. Lady Sarah, cuando estemos a solas.

—Casi no puedo creerlo.

—Créelo, querida. Y no solo esto. Esa gente desagradable te ha hecho un favor echándote a la calle. La casa de los barones muy pronto sufrirá un terrible terremoto que lo pondrá todo patas arriba. Hasta el último mozo de esa mansión va a quedarse sin empleo.

Así fue como la incomparable Elinor Gibbs llegó a mi vida, siendo aún muy niña. Favor por favor, de mujer a mujer, de guerrera a guerrera. Desde la primera noche, cuando me ayudó a desvestirme, a elegir la ropa del día siguiente y cepilló largamente mi cabello ante el tocador, hablando de todo un poco con extraña naturalidad, como si nos conociéramos de toda la vida, incluso riendo, supe lo importante que sería.

En mi presente y en mi futuro.

36

Criadas a la fuerza

—La señora Garner me ha comunicado que ha elegido nueva doncella personal, condesa. ¿Es eso cierto?

Miré a mi marido con extrañeza. El que de repente mostrase interés por asuntos domésticos era algo que no acababa de entender. El que nuestra ama de llaves, a la que en tan alta estima tenía, fuese una persona tan cotilla, tampoco lo esperaba.

—Sí, me lo ha contado. Sepa disculparla, prácticamente me lo cuenta todo. Ella fue ama de llaves de mi abuelo en esta propiedad. Y yo pasaba aquí largas, larguísimas temporadas con el duque. Podría decirse que esa buena mujer me ha criado.

—Eso no la excusa de comentarle ciertos asuntos improcedentes al señor de la casa. Las cuestiones del servicio no son materia que incumba al conde —afirmé muy seria.

—Resulta chocante esa decisión suya de prescindir por completo de las doncellas asignadas por Farnwood. De habitual, las damas salen acompañadas por personal de la casa, servicio de confianza afines a la familia, no de una completa desconocida.

—Cualquier diría que está asignándome carcelera, milord. Son damas de compañía. Para que no me sienta sola —añadí con énfasis.

Theo se mordió el labio inferior. Un gesto que hacía a menudo y que me resultaba absoluta y perdidamente irresistible. Desvié la mirada.

—¿Se siente sola?

Lo miré largamente sin responder. Yo misma me lo preguntaba. Al final suspiré melancólica.

—¿Quién no se siente solo a veces? —pregunté con un hilo de voz—. Estas mansiones a veces terminan siendo prisiones, con tantos cuartos.

Theo picoteó un par de tartas con una repentina alegría impostada.

—Bueno, no nublemos el día discutiendo minucias. El caso es, ¿la convence la labor de esa muchacha?

—Mucho. Es una joven increíblemente avispada y voluntariosa.

—¿Puedo preguntar de dónde la ha sacado? ¿La trajo de casa de sus padres?

Elinor y yo ya habíamos montado juntas una historia, osada mentira de principio a fin, con la que acallaríamos rumores cuanto antes y expiaríamos curiosidades.

—Es prima lejana de la doncella personal de la duquesa, Dottie. La muchacha abandonó su pueblo para ganarse la vida en la ciudad. Eso sí, venía con múltiples recomendaciones.

—¿De un pueblo?

Me molestó aquel interrogatorio que me estaba aguando el desayuno.

—De trabajos anteriores.

—Si la duquesa responde por ella…

—Yo respondo por ella. La duquesa lo único que ha hecho ha sido dármela a conocer. Y se lo agradeceré siempre, milord. Elinor es un auténtico tesoro.

—Lo que no entiendo es qué le disgustaba de las doncellas de Farnwood.

De vuelta el asno a la noria. Puse los ojos en blanco.

—Me basta con que me hayan asignado un marido por la fuerza, conde. No necesito que también me impongan las criadas con las que mantengo mayor intimidad. No es que carezcan de talentos. Sencillamente, no he llegado a congeniar con ellas.

Theo acababa de quedarse sin palabras. Mi réplica airada y belicosa como nunca lo había noqueado.

—Vaya —dijo tan solo.

—Pues sí, vaya.

Seguimos desayunando sin hablarnos, consiguiendo que el silencio se espesara y acabase convirtiéndose en una presencia muy incómoda. Hasta que retiré mi silla con una cortés inclinación de cabeza para anunciar que me ausentaba.

—Ya lo sabe: tengo cosas que hacer —respondí a su mirada interrogante.

Theo

—¿La condesa no baja a almorzar? ¿Señora Garner…?

El ama de llaves se me acercó trotando, encantada al parecer, de que contara con ella para algún chisme de poca monta.

—No, milord. Ha solicitado que le sirvan la comida en sus aposentos. Se ha encerrado con la nueva… con la nueva doncella en su alcoba.

—¿Encerrado?

—Con la excusa de hacer limpieza de vestidos en los armarios. Me temo que sea una burda justificación para que nadie las moleste.

No sé por qué me ofendió tanto que utilizara adjetivos como «burdo» cuando hablaba de mi mujer. Debió de ensombrecérseme la mirada, porque el ama de llaves, que me conocía mejor que bien, se apresuró a rectificar.

—Quiero decir, milord, que es algo que no se ha dado antes, no se explica tanta familiaridad con esa muchacha extraña.

—¿Por qué es extraña?

—Quizá no sea la palabra correcta. Anónima. Sin origen claro.

Sonreí con ironía.

—Nos conocemos, señora Garner. Para usted es digno de desconfianza todo el que provenga de más allá de la cerca.

—Milord, no seré yo quien juzgue las decisiones de milady, pero debe tener en cuenta cuánto les ha dolido a nuestras doncellas el desplante de la condesa. Finny y Winny no tienen consuelo. Se sienten rechazadas y se preguntan si hicieron algo tan malo como para ser reemplazadas con esta determinación... tan tajante.

—Bueno, viene recomendada por una de sus mejores amigas, la muchacha parece dispuesta y habilidosa y se caen bien. Quizá no sea más que eso… O sí.

Conforme hablaba, una idea espeluznante me cruzó por la mente igual que un rayo

destructivo. Devastando todo a su paso.

—¿Podría averiguar algo para mí, señora Garner?

—Por descontado, milord, lo que sea, no tiene más que pedirlo.

—Necesito que sea sumamente discreta. Se lo advierto, debe ser la discreción personalizada.

—Cuente con ello. —Sonrió ufana.

—¿Puede averiguarme si la nueva doncella personal de la condesa guarda algún tipo de relación con lord Burgundy o se ve o encuentra con él?

El rostro surcado de pequeñas arrugas de nuestra ama de llaves palideció de repente.

—¿Lord Burgundy, señor?

—Sí, supongo que sabe de quién se trata. Es un caballero muy —me paré a escoger la palabra— conocido en las altas esferas.

—Sé quién es, milord. Y también he oído mencionar su reputación imperdonable. En especial con damas casadas. Disculpe si me entrometo, pero ¿acaso piensa usted que milady…?

No se atrevió a continuar con el dardo de la mirada que le dirigí. Mis dudas me pertenecían. Mis celos no eran de nadie más que míos, y Sarah era mi mujer le pesara a quien le pesara. Yo solucionaría aquello a mi manera.

—Hágame el encargo, señora Garner. Limítese a llevarlo a cabo y traerme cuanta información reúna. Le aconsejo que no saque conclusiones apresuradas.

37

Como un par de amigas

—Mira ese. Y ese otro. Esta tela es muy bonita. La trajeron de París.

—Son los trajes más increíbles que he visto en mi vida —se maravilló Elinor, pasando con reverencia la mano por encima de los brillantes tejidos.

—Francamente, no sé por qué tengo tantos vestidos. Con la excusa de la boda y el ajuar, mi madre volvió loca a nuestra modista. —Con las manos apoyadas en las caderas, meneé la cabeza en sentido negativo—. Tengo más ropa que libros, algo que no puedo concebir.

Rodeé la enorme cama, repleta de suntuosas telas extendidas.

—Este creo que no me lo he puesto nunca. Ese tenía adjudicado un baile, pero no me lo llegué a poner. Este tampoco. Quédatelos tú.

Los ojos de Elinor estuvieron a punto de salirse de sus órbitas.

—¿Yo? Milady, ¿qué dice…?

—Venga, vamos a probarte todos estos. Creo que tenemos la misma talla. Y si te gustan una vez puestos, te los quedas. Vamos, te ayudo con los botones.

Su desconcierto no le permitió oponerse. Además, antes de rematar la frase yo ya estaba desabrochando botones a endemoniada velocidad. Pronto, su vestido de doncella estuvo en el suelo, plegado, convertido en un guiñapo.

—Espera, tengo un precioso corpiño de seda que te irá a las mil maravillas…

—Milady… —trató en vano de oponerse. Yo ya revolvía los cajones de mi cómoda hasta encontrar lo que buscaba.

—Aquí lo tenemos. Mira qué lazos de satén más suaves.

Cuando la tenía a medio vestir, a falta solo de apretar varios corchetes, llamaron a la puerta y tras ella apareció una doncella con el servicio de almuerzo. La expresión atónita de su rostro cuando reconoció a Elinor bajo aquella montaña de brillante seda, no se puede describir con palabras.

Elinor se mordió los labios muy abrumada, seguramente deseando desaparecer.

—Muchas gracias, Finny. —Revisé el contenido de la bandeja—. ¿Por qué has subido un único servicio? Que yo sepa, somos dos.

Mi antigua segunda doncella, una moza rubicunda y rosada, con cara de perpetuo enfado, dirigió una mirada de intensa incredulidad y odio a la joven ante el espejo.

—No, milady, santo cielo, qué disparate —se atropelló Elinor—. Comeré en la cocina, como todos los días.

Le indiqué silencio levantando una mano. Sin apartar mis disgustadas pupilas de Finny.

—Sigo esperando una respuesta.

—Perdone el error, milady —se inclinó ante mí—, en cocinas no imaginaron que una criada…

—Elinor no es ninguna criada, es mi dama de compañía —aclaré con firmeza—. Me gustaría estar segura de que todos en esta casa lo entienden.

Finny apretó las muelas, pero se tragó el disgusto, volvió a hacer otra reverencia. Colocó el servicio de almuerzo sobre la mesa y se apuró con la bandeja camino de la puerta.

—Enseguida subo el segundo servicio, milady.

No me molesté en responder. Las mejillas de la hermosa Elinor estaban arreboladas cuando me giré a mirarla.

—Me odian, condesa. Me odian con cada poro de sus trabajadores cuerpos.

—Este no es tu lugar, Elinor, tan solo zona de paso. Como te dije, estoy convencida de que sirves para ama de llaves en una casa elegante. Y es lo que pienso buscar para ti.

—Milady, a mi edad… Me faltan años…

—Estoy harta de ver amas de llaves decrépitas que no pueden con su amargo mal humor. Encontraré la mejor casa para ti. Ojalá pudieras convertirte en ama de llaves aquí en Farnwood, pero me temo que entre la señora Garner y el conde existe un vínculo afectivo desde la niñez de mi esposo que no podremos romper.

—Además no sería agradable verme obligada a convivir con ellos después de… todo esto. Usted me favorece en exceso, no van a perdonarlo.

No merecía la pena contestar a algo así. Me había quedado absorta mirando su imagen en el espejo de cuerpo entero. El vestido prestado le sentaba como un guante.

—¡Por el amor de Dios, Elinor! ¡Mírate! Podrías pasar perfectamente por aristócrata de la más alta cuna. Probemos con los demás hasta que suban tu plato.

—Ojalá no espere grandes cosas de mí, milady, odiaría decepcionarla, no soy nada especial.

Ah, pero sí que lo era. Especial e irrepetible. Elinor era una buena persona. Con eso me bastaba.

Para nuestra sorpresa, no fue Finny sino Winny la que trajo el servicio que faltaba. Como si después de contarle su compañera el chisme, hubiese tenido que subir en persona a comprobar que no le mentían. Que la nueva doncella estaba vestida con los trajes de la condesa, en sus aposentos privados, departiendo y compartiendo almuerzo como si en lugar de una recogida fuera su mejor amiga.

Me felicité por mi elección. Al principio fue mi instinto el que me aconsejó alejarme de aquellas dos pequeñas arpías que me habían impuesto. Finalmente, quedaba claro que estaba en lo cierto. No las quería rondando por allí más de lo necesario. Ninguna tenía, ni por asomo, la transparencia absoluta en la mirada que tenía Elinor, ni su sonrisa sincera.

—Aunque siempre quise una hermana —le conté mientras comíamos—, crecí rodeada de cuatro hombres que no entendían lo que era disfrutar hablando de cosas fútiles. Y ahora tengo tres amigas que para mí son como hermanas, pero que no viven conmigo. Estando tú aquí, por primera vez me siento realmente feliz compartiendo tiempo y conversaciones con otra mujer. Elinor, vamos a ser muy buenas camaradas.

La joven agachó la cabeza, ruborizada hasta las cejas.

—Creo que se excede en sus expectativas, milady. Insisto, no soy más que una muchacha sencilla con poco que contar. ¿Qué podría parecerle interesante de mi persona?

—Tu visión del mundo. Tu análisis de lo que ves, de lo que oyes. Tienes cerebro, Elinor. ¿Alguna idea de lo valioso que resulta? No puedo soportar a la gente ordinaria y tosca que, para más inri, se las dan de sabelotodo. La ignorancia es muy osada, querida. En tanto la sabiduría peca de prudente. En eso estoy tan de acuerdo con mi amiga lady Grace, como si las dos

hubiésemos inventado la frase.

—¿Y el conde? Si me permite entrometerme en algo tan íntimo.

Pareció arrepentirse nada más mencionarlo. Sin embargo, no era un tema que me desagradara tocar. De hecho, anhelaba un buen desahogo.

—El conde posee una mente brillante. Lo terrible es que prefiera mantenerla encarcelada. Asuntos de familia. Absurdas reglas que no traen más que infelicidad.

Observé entonces que la sagaz Elinor leía mis expresiones. Y entendía más allá de lo que mis palabras habían decidido contarle.

—Usted lo ama, ¿no es cierto?

—No sé cómo ha ocurrido, maldita sea. Pero creo que sí. Y apostaría mi subida al cielo después de muerta, a que a él no le resulto del todo indiferente, que empieza a sentir algo… Si no fuera porque se empeña en mantenerse hermético y cerrado como una ostra. —Suspiré y la miré suplicante—. Lo he intentado todo, ya no sé cómo acercarme a él.

—Seguro que no lo ha intentado todo.

—Una tiene su orgullo. No pienso volver a pasar por nada que suponga una humillación.

—Señora, sé que no soy quién para aconsejarla…

—Elinor —interrumpí su barboteo—. Adelante.

—No permita que un orgullo mal entendido le impida ganarse su corazón. En el campo de batalla del amor, el orgullo es una pérdida de tiempo, milady. Y ahí va el consejo, haga en cada momento lo que le dicten sus sentidos, déjese guiar, que lo que siente por su esposo capitanee su estrategia.

38

Esa puerta quema

Theo

No es que sintiera celos de una dama de compañía. No. Eso no podía ser. Me negaba a aceptarlo. Pero había escuchado risas y conversaciones animadas en la alcoba de la condesa toda la tarde, había pegado la oreja a la puerta para no perder detalle de un modo vergonzoso, me había visto obligado a comer solo cuando hubiera querido tenerla enfrente a ella… Me inundaba una sensación de vacío y pérdida respecto de Sarah, como si la distancia entre los dos, que ya era abismal, de repente se hubiera ampliado.

Un hombre cabal, estas cosas las resolvía entre sábanas. Algo que, por cierto, se me daba condenadamente bien. De modo que, tras cenar en mi gabinete, por si ella decidía honrar al comedor con su presencia pagarle con la misma moneda, me di un largo baño perfumado, me vestí de noche con seda y cepillé mi cabello hasta lustrarlo.

Como un petimetre ridículo de esos que se acicalan y se ahogan en perfume para revolotear por los salones en busca de sus presas. Como lord Burgundy. Solo que dentro de mi propia casa.

Y con mi propia mujer.

Patético.

Me miré por tercera vez en el espejo largo para comprobar mi aspecto. De perfil, de frente, de espaldas, con distintas expresiones interesantes en el rostro. Me humedecí los labios, negándome a reconocer que estaba nervioso, y me acerqué a la puerta que separaba nuestras alcobas.

Levanté la mano para llamar.

La bajé, arrepentido.

Me armé de valor. La volví a alzar.

La bajé con el puño apretado contra el costado. Que no se desmadrara a su antojo.

Me separé de la puerta como si quemara.

¡Maldición!

Sentía cosas por Sarah. Cosas que me debilitaban y no podía permitirme. Cosas hermosas que me contagiaban ganas de vivir, pero que no sabía cómo gestionar.

Di un paso adelante y me coloqué otra vez frente a la madera cerrada. Con las mandíbulas apretadas, conteniendo la respiración, ardiendo de ganas por verla, tocarla, tenerla… Preguntándome si sería buena idea.

El cascabeleo alegre de su risa resonaba en mi cabeza. Deseaba con fiereza que se riera

así conmigo, con esas ganas.

Estuve a punto de golpear con los nudillos. Retiré la voluntad y la mano.

Lo dejé para mejor ocasión.

Mi esposa nos concedió el honor de acudir al desayuno a la mañana siguiente. Lo cierto es que resplandecía. Toda ella irradiaba felicidad y calma. Y me dolía no ser yo la causa de tanta dicha.

No, me corregí. Más que dolerme me irritaba. Me escocía de la peor manera.

—¿Ha dormido bien, condesa?

—Excepcionalmente bien, milord. ¿Y usted?

Percibí un tonillo impertinente y burlón en su repregunta, como si mi bienestar o sufrimiento no le importasen lo más mínimo y solo replicara por educación. Me aclaré la garganta con un carraspeo al tiempo que le ofrecía mantequilla salada.

—¿Qué planes tiene para hoy?

—Pasaré por Bond Street con Elinor. Debo hacer algunas compras.

Disimulé como pude mi sorpresa. Seguramente echaba de menos que contara conmigo para todo.

La señora Garner no había tenido oportunidad de averiguar nada todavía. Pero si la nueva doncella de mi mujer venía encomendada por Burgundy, esta podría ser una excusa perfecta para un encuentro clandestino entre los amantes, mientras la señorita Elinor vigilaba que no los descubrieran.

Se me levantó el estómago. Se me retorcieron las tripas. Se me amargó la saliva. Y a pesar de todo, sonreí como un bellaco.

—Es posible que las acompañe. Querría buscar algunos libros…

—Para eso tiene al servicial señor Fang, que le hace el favor de trasladarse hasta Farnwood. Dudo que una jornada de compras femeninas, entre lazos, guantes y sombreros le resulte entretenida, milord.

—El caso es que yo…

Cerré la boca porque la vi posar la servilleta en la mesa y retirar su silla con una dulce sonrisa impaciente.

—Estaremos de vuelta para la hora del almuerzo. Apuesto a que entretanto estará muy ocupado, como de habitual. Que tenga un buen día.

Sarah me dejó con dos palmos de narices. Indignado y con un sentimiento de abandono, soledad y negrura que me resultaba extraño. He de reconocer que, aunque en un primer momento me propuse no moverme del comedor de mañana, al escuchar revuelo en el recibidor debido a la marcha de las dos mujeres, me aposté cerca de la puerta para analizar cómo iba vestida.

No es que me pareciera que la vestimenta fuese excesiva para una mañana de compras. Es que la vi hermosa por demás. Me había equivocado con Sarah. Al casarnos, en uno de esos horrendos matrimonios por conveniencia, sin conocernos y siendo, como era, la única hija de un conde, la imaginé anodina y simplona cuando lo cierto era que no había nada poco encantador ni frágil en ella. La actitud altiva que venía mostrando en mi presencia la hacía sobradamente digna del título de duquesa.

Y la forma en que olía…

Eso lo había percibido desde nuestra primera noche. Nadie humano podía oler de aquel

modo, olía a algo sabroso que se puede comer, a tarta de frambuesas, a mermelada fresca.

Bajo mis pantalones, mi virilidad se había encañonado pensando en ella. Tosí reprendiéndome mentalmente a mí mismo. Iba a ser mejor que, en efecto, me entretuviera con algo y dejara de hacer cábalas sobre mi infiel y descastada esposa, so pena de acabar trastornado y con palpitaciones.

Subí a mis aposentos a cambiarme de ropa y bajé directo a las cuadras. Llevaba un par de días sin montar, Monarca me esperaba coceando expectante dentro de su cuadra. Antes de que lo sacaran para ensillarlo, le acaricié la testa y las sedosas crines blancas.

—Procura no enamorarte en la vida, amigo, no solo te esclaviza, es una auténtica estafa.

Dimos vueltas por toda la propiedad, atravesamos el bosque tres veces, cruzamos la pradera unas cinco, descansamos junto al arroyuelo, yo leyendo un libro de poemas a la sombra de un árbol, Monarca degustando los brotes tiernos que habían crecido tras la última nevada. Todo con tal de no regresar a casa antes que Sarah. La simple idea de que en aquellas mismas horas ella pudiese estar retozando entre sábanas con aquel desgraciado de Burgundy me encendía por dentro.

Realmente, el pesar que todo aquello me causaba me había pillado por sorpresa. Se supone que seríamos un matrimonio de apariencias donde cada uno de los integrantes colma sus necesidades y vicios con terceros ajenos a la pareja. Sin pedirse explicaciones. Como hacía casi todo el mundo.

Solo que, a mí, de repente y sin siquiera conocer la razón, aquella solución infame ya no me valía.

39

Un regalo encantador

Sarah

En cuanto entramos de vuelta a Farnwood, envié a Elinor de expedición a fin de que averiguase dónde se encontraba el conde. Deseaba vía libre para colarme en su gabinete y dejar sobre su mesa el paquete con el pequeño regalo que había comprado para él. Cuando estaba a punto de salir, me lo pensé mejor y lo dejé sobre su cama.

Regresé una tercera vez para pasarlo del centro del colchón a la zona de almohada. Allí quedaba bien. Muy bien.

Había seguido el consejo de Elinor, que no era para nada malo y, empujada por mi instinto de mujer enamorada, había visitado una tras otra todas las librerías abiertas hasta encontrar lo que buscaba en un tugurio diminuto y escondido al final de la calle de los libreros. Aquel hombre guardaba en su agujero tesoros de tal calibre, que habría que poner al tanto al bueno del señor Fang para que se asociaran.

Para mi desencanto, el conde no acudió al comedor al llegar la hora del almuerzo. Si su cabalgada había terminado y había vuelto a cambiarse de ropa, era imposible que no hubiese visto… Se me encogió un poquito el corazón, había buscado aquellos libros con denuedo y los había comprado con la mayor ilusión. ¿Es que no le habían gustado?

—Milady.

La voz del lacayo me sacó de mis ensoñaciones.

—Milord solicita que acuda a almorzar con él a su gabinete privado.

Sé que no es propio de una dama exponer sus sentimientos en público, menos aún si ese público es el servicio de tu propia casa, pero me levanté de la silla como impulsada por un resorte. Con una ancha sonrisa partiéndome en dos la cara. Subí las escaleras todo lo rápido que pude sin llegar a correr y frené ante su puerta con la respiración entrecortada y el pulso al galope.

Dos veces alcé el brazo para golpear la madera y dos veces lo volví a bajar, dominada por la histeria. ¿Por qué diablos estaba tan estúpidamente nerviosa?

Cuando iba a llamar en mi tercera intentona, la puerta se abrió sola y estuve a punto de estampar mis nudillos sobre la regia nariz de mi esposo.

—Por Dios, condesa, pase. La comida se enfría.

—Lo esperaba abajo…

—No podía verla en el comedor, no sería apropiado, en presencia de los criados, agradecerle su… su…

—¿Regalo? —lo ayudé con los ojos brillantes.

—«Cojo bribón», «Mi adorada Mary Gray». ¿Cuándo demonios escribió lord Byron esos libros?

Derrochaba júbilo. No se había atrevido a cambiar de sitio mi obsequio, los dos libros con su lazo de raso rojo y la flor de invierno que había colocado sobre ellos, continuaban apoyados en la almohada, tal y como yo los había dejado. Pero el dedo estirado que los señalaba temblaba de emoción.

—De eso se trata. Son inéditos. Admito haber recorrido media ciudad. No podía obsequiarle cualquier cosa.

—Sarah…

—Te… ¿Te gustan?

Su respuesta fue un apasionado abrazo que me encarceló contra su cuerpo y el mejor beso que me había dado hasta entonces. Porque estaba lleno de ternura. Sin ser una caricia exenta de pasión, el modo como sus labios se ondularon acariciando los míos me hizo estremecer. Combinando succiones con pequeños mordiscos deliciosos mientras el calor me iba removiendo la sangre, envolviéndome como un velo vivo.

Mis brazos ascendieron a la par que mis ojos se cerraban para dejarme arrastrar por la increíble sensación del momento; se enroscaron alrededor de su cuello, lo atrajeron con codicia hacia mí. Nuestras manos se encontraron muchas veces en su hambriento camino, arriba y debajo de nuestros costados, las espaldas.

Hasta que los dedos de Theo se toparon con mis botones.

Los desabrochó a ciegas, con una habilidad sin parangón que me dejó muda. Sin dejar de besarme, sin dejar de hacerme sentir única con cada susurro y cada toque de sus manos. Me desnudó prenda a prenda, sentí cómo las separaba de mi piel y caían al suelo. El aleteo de la temperatura más baja rozando mis pechos al quedar desnuda. Mi excitación llegó a la cima cuando entendí que no soportaría un solo minuto más sin tenerlo dentro.

Lamiéndome las entrañas, haciéndome ver las estrellas.

Me alzó en vilo y aproveché el movimiento para enroscar mis piernas en torno a sus caderas. Desmadejada, abierta para él, húmeda e impaciente. El ansia me carcomía.

Me entregué por entero. Sin condiciones de rendición. Y me atrevería a afirmar que mi marido, por primera vez, hizo exactamente… lo mismo.

Mi sueño hecho realidad.

El humilde sueño incumplido hasta entonces de quedarnos enredados entre las sábanas, abrazados en su cama después de amarnos. Yo apoyada en su pecho fornido, él rodeándome con sus fuertes brazos, posando a la ligera algún que otro beso sobre mi pelo. Compartiendo silencios que no resultaban en absoluto incómodos.

—¿Crees que ya estarás encinta?

La yema de mi dedo índice dibujó un par de círculos sobre sus trabajados pectorales.

—La verdad, no lo sé.

—No veo que te preocupe mucho.

—¡Santo cielo, milord! Acabamos de casarnos. Claro que no me preocupa. ¿A ti te preocupa?

El hecho de que no me respondiera hizo que me incorporase y lo mirara acobardada.

—Puedes responderme. ¿Te preocupa? Ah, no, claro —comprendí al punto—. Es el duque quien presiona. ¿Acaso no tiene ya a su heredero? El título irá a parar a tus manos. ¿No eres tú en lugar de él quien debería cavilar acerca de ese lejano futuro? Eres un hombre joven, fuerte, en la plenitud de la vida. Y en el caso de que algo te ocurriera, Dios no lo quiera…

—Ahí estaría cualquiera de mis dos hermanos, claro está, pero serían capaces de matarse el uno al otro por acceder al título.

—Imagino que uno de los dos será el mayor.

—Es evidente. Sin embargo, nacieron casi al mismo tiempo, con solo un minuto de diferencia y una vez juntos, tanto el médico como las parteras se vieron incapaces de determinar quién de los dos era el mayor. Son idénticos.

Me fijé en la expresión de su rostro. De pronto ya no era el de siempre, el conde arrogante y engreído que construía muros entre los dos destruyendo los puentes que pudieran unirnos. Era un joven insoportablemente apuesto, herido y asustado. Me invadieron unas ganas terribles de abrazarlo protectora, de darle consuelo.

Me contuve.

—Así que no —prosiguió con un deje de resignación—, no es solo mi padre el que tiene prisa por asegurar el legado con un sucesor. Soy yo, para poder respirar tranquilo y eliminar de una vez por todas la sombra de mis hermanos, que es alargada y oscura.

40

Una esposa como yo

—Háblame de tus hermanos.

Theo chasqueó la lengua con desgana. Ese tema recurrente, mi interés por su ilustrísima familia que ahora también era la mía.

—Poco hay que añadir a lo que tú misma presenciaste en el baile de los duques de Padua. Son temerarios, borrachines y dados al juego y los escándalos. Una vergüenza.

—¿No te parece que exageras? La mayoría de los nobles en los que puedo pensar si me preguntas, responderían a esa misma descripción.

—La casa Cleveland no se merece un cabeza así.

—Pues tendrás que darme más detalles, contarme más cosas para que pueda entender...

Sin brusquedad, pero con determinación, me apartó visiblemente contrariado.

—Ese es tu problema, Sarah, siempre quieres saber demasiado.

—No pretendo hurgar en tus secretos familiares, Theo, quiero conocerte. Llegar al fondo de esa herida, entender qué la está causando, por qué luchas contra tus propios instintos, niegas tus sentimientos y te boicoteas.

—Y se supone que todo ese sufrimiento o gran parte del mismo me lo causas tú. —Retiró las mantas y salió de la cama dejándome en una angustiosa situación de desamparo—. Eres arrogante y soberbia, condesa.

—¿Soberbia? —me revolví con furia.

—Eso he dicho.

—¿De qué me sirve un hombre que me ama cada noche como si el mundo se acabara y luego es incapaz de mostrar una chispa de cariño? Comprensión, apoyo, respeto, ¡eso es lo que te pido!

—¡Eso es lo que no puedo darte! —gimió de espaldas.

—¿No puedes o no quieres?

Habíamos elevado la voz más de lo conveniente y adiviné lo que vendría a continuación: me pediría que lo dejara solo, que me retirara a mi alcoba a descansar y no. No iba a sufrir una nueva humillación. Me marcharía por mi propio pie antes de que me rogaran hacerlo.

Recogí a tirones la ropa que con tanto entusiasmo habíamos arrojado a las alfombras y desanduve el camino hacia la puerta que actuaba como muro de defensa entre los dos. Mis dedos rozaban la manija para abrirla, cuando escuché su voz rota.

—No te marches.

—Ninguno tiene el menor interés en que esta conversación se prolongue.

El conde se mesó el cabello sin variar su posición. Sin enfrentarme.

—Eres una criatura agotadora.

—Lo siento mucho. Siento que hayas tenido que casarte con alguien como yo.

Me refugié en mis dominios y me sentí más segura cuando corrí el pestillo. Sin embargo, por dentro estaba destrozada, hecha pedazos. ¿Cuántas veces pueden romperte un alma que ya se ha roto y te has empeñado en recomponer? ¿Cuántas veces iba a decepcionarme Theo y yo a olvidarlo y a volver a confiar?

—¿Puedo pasar, milady?

Me sequé con premura las lágrimas. Por fortuna ya me había puesto el camisón cuando Elinor tocó a mi puerta y apareció con la bandeja de la tisana nocturna.

—Una de sus doncellas anteriores se había empeñado en subirla. Temo que se haya tomado como un insulto el hecho de que se la traiga yo. Me acusa de impedirle cumplir con sus obligaciones.

—¿Por traer tú misma la tisana?

—Es la razón de que se quede ahí, esperando que usted la beba, para retirar el servicio y sentirse útil. Supongo.

Traté de aclarar mi voz, que no delatara mi estado de devastación.

—Permitámoslo entonces. No daña a nadie y la señora Garner estará más contenta. Es una especie de ceremonial absurdo que empezó una noche cualquiera. Seguramente el ama de llaves solo quería agasajarme. Me calma y me ayuda a dormir, algo que desde que llegué a esta casa, créeme, no es fácil.

Entonces reparó en las huellas que el llanto había dejado en mis mejillas.

—¿Han funcionado los libros de poemas?

—Parecía que sí. Pero de nuevo ha ganado la testarudez del conde, su obsesión por guardarse sus secretos y miserias familiares.

Elinor se me acercó y con las dos manos me apretó afectuosamente los hombros.

—Dele tiempo. Y condésaselo usted también, milady. Cambiar de mentalidad no es algo que se logre de la noche a la mañana. Él lo está intentando.

El día que siguió a mi regalo y sus reproches, apenas me crucé con mi esposo a lo largo de la jornada. No fue hasta la mañana siguiente, durante el desayuno, que me sorprendió, como de costumbre, con una iniciativa inesperada.

—No entiendo a qué viene semejante proposición —gruñí, pendiente de mi huevo pasado por agua—. A estas alturas…

—¿Qué hay de malo en celebrar un baile? El primero en esta nueva etapa de Farnwood como nuestro hogar. Es una forma de celebrar el enlace, el comienzo de una nueva vida, la mayoría pensará que volvemos de la luna de miel.

Lo fulminé con una mirada digna de un mercenario.

—Sí, la mayoría. Todos menos los que ya me han visto en fiestas y bailes sin la compañía de mi marido. Será una humillación en toda regla.

—Es propio de buenas familias guardar los trapos sucios, caso de haberlos, en la intimidad.

Dejé caer la taza sobre el platillo con más fuerza de lo pretendido, haciendo un ruido agudo y desagradable.

—¿Nuestro matrimonio es equiparable a un trapo sucio que hay que esconder?

—Me refería a la circunstancia de haber viajado o no en nuestra luna de miel —aclaró

con un suspiro cargado de paciencia.

—No viajamos porque tú decías estar muy ocupado. Todavía no he logrado averiguar en qué.

Me miró de reojo. Seguramente no tenía intención de que el gesto resultara tan travieso y encantador.

—Buscando el interés. Sin encontrarlo. Apenas empezábamos a conocernos.

—Todos los matrimonios salen de viaje aun siendo prácticamente desconocidos.

—Me gustaría pensar que tú y yo no somos como el resto de la gente.

—Espero que al menos me dejes intervenir en la elaboración de la lista de invitados.

—La lista ya está hecha. Y las invitaciones en marcha. —Cortó de cuajo mis protestas—. Es una sorpresa.

—¿Una sorpresa? ¿Quién de esta aburrida ciudad podría sorprenderme?

—Tus queridas amigas encabezan esa lista. Es todo cuanto puedo decirte.

—La organización de este baile en su honor supone un precioso detalle por parte de su señoría, ¿no le parece, milady?

Elinor ahuecó un poco más los bucles alrededor de mi coronilla. Tenía unas excelentes manos para el maquillaje y los peinados. De no ser porque debía anteponer sus intereses y beneficio a los míos, habría dejado de pensar en buscarle un empleo como ama de llaves y me habría quedado con ella de por vida.

—Es agradable, no digo que no. Un baile en Farnwood, el primero que celebraré como anfitriona… aunque el conde y la señora Garner no me hayan permitido meter baza ni a la hora de elegir las flores.

—Eso no tiene importancia alguna, milady. Usted brillará como la más rutilante estrella y la fiesta será todo un éxito.

Si en aquel momento Elinor o yo hubiéramos siquiera imaginado lo que se desencadenaría en la maldita fiesta, nos habríamos escondido debajo de la cama.

41

Invitados indeseables

En un aspecto no habíamos errado: el festejo estaba resultando todo un éxito. La decoración era una maravilla de cuento de hadas, la comida deliciosa, la bebida de primera y la orquesta que desgranaba las piezas con las que los invitados danzaban, de lo mejorcito que se había oído en Londres en los últimos eventos. La capital comentaría durante meses tanta magnificencia.

No obstante, algo me impedía disfrutar de la fiesta como el centro de atención que se supone que era. Algo terriblemente sórdido y peligroso que me amargó la noche en cuanto lo descubrí.

Me acerqué por detrás a mi esposo, lo aferré del brazo y tironeé insistente hasta llevármelo a un aparte. Theo me miró como si pensara que estaba loca.

—¿Cómo se te ocurre contar con ese individuo para nuestra fiesta?

—¿Qué individuo?

La sonrisilla socarrona colgada en sus apetecibles labios me contó bien claro que sabía a la perfección a quién me refería.

—Lord Burgundy —escupí en un susurro seco.

—Ah, él.

—Sí, él. —Aguardé una explicación que no llegó.

—No pasa nada.

—Sí que pasa, no es decente, ni honorable, es un sinvergüenza.

—Cualquiera diría que lo conoces bien, condesa.

Me retorcí las manos, agobiada.

—Sé lo que todo el mundo comenta. Y me parece suficiente.

—No deberías dejarte llevar tan a la ligera por las habladurías, la gente a menudo comenta empujada por la envidia y otros sentimientos igualmente viles. A lo mejor es un caballero de lo más respetable y se está cometiendo una gran injusticia en su contra.

Examiné la lectura de su rostro.

—¿Buscas hacer negocios con él? De otro modo, de verdad que no me explico su presencia en esta casa.

No me respondió. Se limitó a arquear las cejas con aire burlón y a sacarme de mis casillas una vez más. Mi único refugio seguro eran mis tres amigas con sus correspondientes flamantes esposos. Que me protegieran de su perniciosa presencia, que Burgundy no alcanzara a acercarse a mí en toda la noche, que no nos vieran juntos.

Cielo santo.

Si se le ocurría irse de la lengua… Si de alguna forma desvelaba o insinuaba mi imperdonablemente torpe visita de aquella noche. Si Theo sospechaba…

Debí ser fiel a mis convicciones y no haberme apartado del grupo de las ladies. Pero

pensar en mi fallido amante y en todas las calamidades que podía desencadenar me provocó tal sofoco, que tuve que salir a la terraza a llenar los pulmones de aire fresco. Y al cruzar por una zona de cortinajes gruesos, un brazo violento salió despedido en mi dirección atrapándome por la cintura, arrastrándome a una estancia que usábamos como salita de lectura y música y que, ajena al baile, se mantenía a oscuras.

—Oh, milady, me preguntaba cuándo sabría de usted, cuánto tardaría en manifestar su evidente interés…

Forcejeé para soltarme, aunque solo conseguí separarme unos centímetros.

—¿De qué está hablando? ¿Cuál interés?

—El que supone al haberme incluido en su lista de invitados, querida condesa. ¿Me echaba de menos? ¿Se ha decidido por fin a rematar lo que dejamos… inacabado?

—¡Quíteme las manos de encima! ¿Cómo se atreve?

—Ya no hace falta que actúe como una joven virginal y remilgada, lady Meroy, ya es toda una mujer casada cuya reputación importa menos y puede esconderse mejor.

La mano se me fue sola.

Con un ímpetu que hasta me asustó.

No creí que fuera capaz de asestar una bofetada semejante, pero debí de reunir todo el coraje, el miedo atroz de aquellos meses a que se supiera, la irritación por mi propia estupidez, formar con todo ello una enorme bola y se la lancé a Burgundy a la cara.

Se revolvió como una fiera salvaje alcanzada por una flecha.

—¿Quiere que pensemos que es usted una mujer honorable? ¿Pretende convencernos de su falso recato a estas alturas? —Se frotó malhumorado la mandíbula en la zona donde había recibido el golpe—. Será divertido ver cómo reacciona su esposo cuando le cuente lo que hicimos.

Se abalanzó contra mí con los brazos extendidos y los dedos crispados como garras. Una suerte de hombre murciélago con las bellas facciones desfiguradas por el odio y la lujuria. Con la espalda pegada a un enorme bargueño y sin espacio para maniobrar, temí, si no por mi vida, por mi integridad y mi honra.

Para total desconcierto, Burgundy trastabilló de repente y se precipitó de boca al suelo. Mis ojos atormentados acertaron a ver un pie pequeño interceptado en su camino, con toda probabilidad causante del tropiezo, y un jarrón chino de respetable tamaño volar por encima de su cabeza hasta estrellarse.

Burgundy se desplomó a mis pies como un fardo de piedras.

Al retirar las manos de mi cara y dejar de jadear muerta de miedo, distinguí a Elinor con un dedo sobre los labios, indicándome silencio. Me arrojé a sus brazos y nos abrazamos como dos hermanas.

—Hay que quitarlo de en medio, milady, no vaya a entrar alguien a la sala.

—No podemos contar con nadie del servicio, no me fío de ninguno de ellos —murmuré en un precipitado tartamudeo—. Avisa a mis amigas, por favor. Con toda…

—Discreción —asintió sonriendo—. Cuente con ello.

Quince minutos más tarde, estábamos las cinco rodeando el corpachón inerte de aquel crápula aprovechado. Entre furiosas y mareadas.

—¿Ha intentado atacarte? —Clara se echó las manos a la cabeza—. Esto hay que ponerlo en conocimiento de las autoridades, Sarah, este acto infame no puede quedar impune.

—No supondrá un problema, tenemos a Elinor como testigo —agregó Victoria a media voz.

—Si lo denunciamos todo saldrá a la luz —les recordé trémula—. Todo.

El recordatorio nos petrificó a las cuatro en el acto. Elinor no conocía los antecedentes, pero se mostró igualmente respetuosa con nuestra turbación.

—Será indecoroso el muy… —reverberó Grace tapándose la boca con un pañuelito—. Siento tentación de patearlo en la entrepierna.

—Hay que moverse antes de que se despierte y tengamos que atizarle de nuevo. Podríamos matarlo —consideró Clara con un suspiro.

—¿Y si ya estuviera muerto? —quiso saber Victoria examinando el cuerpo con temor.

—No lo está, milady —la tranquilizó Elinor—, le he comprobado el pulso.

—Saquémoslo por las puertas traseras hasta las caballerizas. Lo dejaremos en una de las cuadras más alejadas —expuse mi plan perfecto—. Una botella de buen whisky, convenientemente rociada sobre su ropa y vacía en su mano, hará el resto.

—Bochornoso estado de embriaguez, tropezón y caída, con el subsiguiente golpe —resumió la sagaz Clara agarrándolo por los tobillos—. Vamos, ladies, no perdamos tiempo.

42

Instintos asesinos

Tras deshacernos de la comprometida carga sin que Burgundy volviera a la vida, decidimos regresar al salón de baile por separado para no despertar sospechas. Supuse que mi pelo parecería un nido de pájaros, revuelto y desordenado y podía sentir mi rostro ardiendo enrojecido por las carreras y el esfuerzo.

No me equivocaba lo más mínimo.

La fiesta estaba en pleno apogeo cuando tuve la mala suerte de toparme de frente con el conde. Hecha unos zorros. Roja y despeinada. Cualquier podría pensar que venía de un encuentro tórrido con un amante en los oscuros rincones del jardín.

Cualquiera.

Mi esposo también.

Me repasó de pies a cabeza con evidente suspicacia.

—¿Has visto últimamente a lord Burgundy, querida? Hace rato que no lo ubico.

Me acomodé los mechones sueltos y me escabullí como pude. Especialmente evité encarar sus pupilas interesadas.

—Yo tampoco, milord. Yo tampoco.

Theo

Hubiera sido un cretino de haberme hecho falta alguna explicación al margen del aspecto de la condesa cuando me la crucé procedente del exterior. Solo por asegurarme, pensaba preguntar qué había estado haciendo, pero se esfumó antes de que pudiera articular palabra. Llevaba el peinado desbaratado y la piel del rostro arrebolada.

Era evidente de dónde venía.

Cualquiera con dos dedos de frente lo habría adivinado.

¿Cómo podía mitigar la hoguera que se me había formado dentro del cuerpo? ¿Aquella que ardía imparable hacia el cuello y el vientre? Notaba el pecho como un incendio, aquello lo cambiaba todo.

O no.

¿Acaso no había sido mi intención invitando a Burgundy? Lanzar el cebo y comprobar si el pececillo picaba. Ponerle a mi esposa la tentación justo delante de los ojos y observar su reacción. Pues allí la tenía.

Sentí que un gruñido me nacía en el fondo de la garganta. Que mis puños se apretaban

pegados a los costados hasta doler. Iba a matar a aquel bastardo con mis propias manos, pensé mientras salía disparado a los jardines en busca del tipo indeseable.

Era imaginar sus sucios dedos sobre su piel de seda y agriárseme la saliva. Los pensamientos asesinos que se me pasaron por la cabeza eran tan graves que me provocaban pavor. Lo distinguí a lo lejos, inconfundible con su levita de escandaloso rojo brillante, dando tumbos extraviados como un borracho penoso. No divisé nadie alrededor, así que me lancé sin pensarlo.

Le agarré las solapas y lo zarandeé sin misericordia. El hombre parecía confuso y perdido, como si le costara identificar el lugar donde se encontraba. Por un instante pensé que ni siquiera sabía quién era yo. Percibiendo el intenso aroma a whisky que lo rodeaba como una aureola santa, no me extrañó lo más mínimo.

—No vuelva a acercarse a mi mujer, ¿me oye? —siseé entre dientes.

Lo vi levantar un dedo estirado, como intentando decir algo y lo callé de un soberbio puñetazo. Luego lo levanté a tirones del suelo y le propiné otros dos mientras amenazaba con matarlo si volvía a pillarlo cerca de Sarah.

—Mi esposa es sagrada, ¿lo entiende, Burgundy? Sagrada para usted. Si lo encuentro mirándola, le sacaré los ojos. Si la toca, le arrancaré los brazos desde los codos.

Balbuceó algo ininteligible en tanto yo lo remolcaba atravesando los jardines hasta la verja de salida donde esperaban los carruajes de los invitados. Abrí la portezuela de uno de ellos, sin saber siquiera a quién pertenecía, y empujé a Burgundy dentro como un saco de pienso para ganado.

—Llévelo al centro de la ciudad y déjelo donde él le indique —ordené al cochero—. Cuando regrese, mi mayordomo le pagará el servicio extra. Y por favor, sea discreto. El caballero ha bebido demasiado.

Elinor

Reconociendo con humildad que no soy quien para juzgar al servicio de Farnwood, ni de ninguna otra casa, y que probablemente la mayor parte de ellos serían gente honrada, las doncellas que revoloteaban alrededor de lady Sarah no me inspiraban demasiada confianza. Miradas torvas de reojo, cuchicheos clandestinos, sonrisitas solapadas.

Como si escondieran un terrible secreto que, al mismo tiempo, les horrorizaba y les hacía mucha gracia.

Cada noche, a la hora de la tisana, prácticamente se entablaba una lucha a vida o muerte por la bandeja, en la que yo intentaba arrebatársela para subirla hasta mi señora y ellas se negaban a renunciar al papel que hasta mi llegada habían desempeñado.

Temí que una noche cualquiera me agarrasen por los pelos para sustraerme la infusión y castigaran mi osadía dándome a beber seis litros completos. Sin embargo, eso solo ocurrió al principio. Una adecuada colección de malas caras y miradas matadoras por mi parte las fue amilanando y últimamente, apenas sin interferían cuando el ama de llaves me entregaba la bandeja, más allá de repasarme de malas maneras con ojos entrecerrados.

Olisqueé la tetera.

—¿Qué lleva la infusión de milady? —indagué con timidez.

—¿Qué iba a llevar? Lavanda, melisa, pasiflora… Hierbas que calman los nervios y ayudan a dormir.

—Milady no es una persona nerviosa… —me atreví a insinuar.

El ama de llaves me cerró la boca con unos ojos que despedían chispas negras.

—Toda dama precisa de ayuda para descansar debidamente —atajó—. Bueno, ¿qué? ¿Piensa subírsela o nos encargamos nosotras?

Me colé por delante de la señora Garner y agarré las asas de la bandeja.

—No, gracias. Ya se encargan divinamente de recogerla una vez vacía y comprobar que la señora no la ha despreciado. No parece necesario que se esfuercen más allá de ese punto.

Desaparecí de las cocinas antes de que pudieran detenerme o lanzarme a la cara sus ofensas. Atendí a milady, la dejé en la cama y me arropé en la mía maquinando una idea. Un puñado de pensamientos alocados que, de funcionar, sofocarían la intriga que me estaba carcomiendo. Y es que cuando se me cuela algo en la cabeza…

Rememoré mi primera noche en Farnwood. La noche increíble en que la condesa me hizo partícipe de sus actividades con las demás ladies. Me había preguntado si no iba a indagar en lo que ella y la duquesa andaban haciendo a hurtadillas en el despacho del barón de Totemfort cuando las sorprendí. Le contesté que no era de mi incumbencia, que las había cubierto por puro instinto. Y porque no terminaba de encajar en el servicio de aquella mansión, eran todos gente muy poco amable.

A continuación, reímos juntas y ella me aseguró que, dadas mis cualidades, era digna de formar parte de su selecto grupo. Que ya habrían querido contar con la buena de Dottie, pero la muchacha, visto lo visto, no estaba interesada.

Así quedamos. Pero sin duda, había llegado el momento de empezar a comportarme como una más de las ladies.

43

El registro

Conocía al dedillo las rutinas de aquella casa. Las horas con sus minutos y segundos contados en las que cada miembro del servicio desarrollaba sus tareas y se tomaba sus descansos. No me resultó difícil cruzar datos y encontrar el nudo y momento en el que la señora Garner se ausentaba, por largo espacio de tiempo, de su dormitorio.

Permitiéndome registrarlo a fondo.

Con franqueza, no buscaba nada en concreto. Ni siquiera sabía qué buscar. Únicamente me dejé guiar por un pálpito y la actitud sospechosa de aquella mujer, sus bisbiseos con las antiguas doncellas de milady… Latía algo en aquel corazón que no me gustaba de todo. Y yo, si estaba allí por algo, era para proteger a mi benefactora. A toda costa y por encima de quien fuera.

El cielo me había concedido una habilidad natural para escudriñar hasta el último rincón de un mueble y dejarlo exactamente en el mismo estado en el que me lo encontré. A veces, cuando rezaba, le preguntaba a Dios el porqué de aquellas virtudes y si era mi destino desposar un hombre santo que encarrilara mis pasos antes de que fuera tarde. De ser así, poco importaba si torcía mi camino un poquito más por un buen fin.

En el último cajón de la cómoda de la ropa interior, no había más que papeles. Y bajo ellos, una serie de saquitos de arpillera llenos de hierbas. Los olí uno por uno. Verbena. Lavanda. Melisa…

Flor de zanahoria silvestre.

Ahogué un gemido.

Volví a pegármela a la nariz. Desaté la bolsita y volqué parte de su contenido en la palma de mi mano. Observé con cautela la forma y el color de las florecillas. No cabía duda, eran zanahoria silvestre. Con manos temblorosas y la respiración entrecortada, las dejé de nuevo en su lugar, recoloqué los papeles que las ocultaban y sujetando el pulso acelerado de mi corazón con el puño apretado contra el pecho, abandoné la habitación del ama de llaves. Subí a la carrera hasta la alcoba de la condesa.

—¡Milady, milady! ¿Me concedería un minuto para que hablemos? Se trata de algo de suma importancia.

Sarah

—¿Me requería, milady?

Los ojos del ama de llaves saltaban de Elinor a mí y vuelta a empezar, inquietos como una rana juguetona. La presencia de mi doncella le provocaba una visible incomodidad que voluntariamente pasé por alto.

—¿Sería tan amable de explicarme con toda exactitud qué hierbas componen mi tisana nocturna?

La señora Garner dio un respingo. Quizá pensara que no nos habíamos dado cuenta de su sobresalto, porque se repuso enseguida.

—Es una receta familiar antigua. Todo es natural, hierbas campestres para que relaje los nervios tras el ajetreo del día y duerma mejor.

La perforé con unas pupilas frías como el hielo.

—¿Y nada más?

Debió de adivinar que ya conocíamos la respuesta y que solo la interrogábamos para hacerla pasar un mal rato. De pronto, el aire en mi gabinete se espesó y se hizo irrespirable. El nerviosismo del ama de llaves se transformó en temblores y Elinor y yo nos contagiamos.

—Repito, señora Garner, ¿y nada más?

—Un chorrito de miel para endulzar, condesa —se enrocó firme tras tragar saliva.

—¿Está segura de que no añade flores de zanahoria silvestre para impedir que me quede encinta?

Enterró la mirada en los dibujos de la alfombra y enmudeció. Retorciéndose las manos sobre el regazo, desplazando el peso de un pie al otro. Muda como una estatua de barro.

—La han visto, señora Garner. La han visto preparando la cocción que tanto empeño pone en que beba cada noche —me aventuré a inventar.

Entonces, al oír aquello, alzó el cuello como si le hubieran pegado un tirón.

—¡De acuerdo! ¡Es cierto! ¡Lo hice!

—¡Lleva haciéndolo meses! —la acusé dolida en lo más hondo.

La mujer apretó los dientes a pique de romperlos por efecto de la presión.

—¿Por qué haría usted algo tan horrible, señora Garner? ¿Por qué? Yo tenía un buen concepto de usted, milord la aprecia como a alguien de la familia, ¿por qué nos causaría tan grave perjuicio?

Se mantuvo callada. Al borde de las lágrimas. Sus hombros empezaron a convulsionar.

—¿Qué mal le he hecho yo? —insistí— ¿Puede decírmelo?

—¡Es indigna de esta casa! —escupió por fin con ira—. Indigna de ser la esposa de milord, de ser futura duquesa. ¡Indigna! ¡Indigna!

Asombrada por el ímpetu de su furia, di un paso atrás al tiempo que Elinor lo marcaba hacia adelante, sirviéndome de escudo.

—¿Por qué dice eso tan espantoso? ¿De qué se me acusa?

—Fui yo. ¡Lo admito! —prosiguió, casi como en trance— ¡Fui yo! Para que no concibiera y milord no encontrara obstáculos a la hora de anular este matrimonio erróneo. Usted no reúne la honorabilidad requerida por la casa Cleveland. Ni para ser su esposa, ni para el título. Usted… ¡Tiene un amante!

Se me secó la garganta.

—¿Un amante? ¿Yo?

—¿Ha perdido usted el juicio, señora Garner? ¿Cómo se atreve…?

Aferré el antebrazo de Elinor y tiré de ella, no solo para acercarla a mí, también para indicarle sin palabras que no interviniera.

—¿De dónde saca usted una idea tan ridícula? —exigí.

La mujer retorció un pañuelo recién aparecido entre sus dedos y se lo pasó por la cara empapada de lágrimas.

—Lo vi. Con mis propios ojos. Descolgándose desde su ventana, vestido de negro, al poco de llegar usted aquí. No ha tenido decencia ni respeto por el apellido y el honor de esta familia.

—Se equivoca, señora Garner.

—Debería sentir vergüenza.

Suspiré removiéndome en mi silla. Estupefacta.

—No pondré al conde al corriente de lo que ha hecho si se marcha sin armar escándalo.

—¿Marcharme?

—Sin escándalos. Con discreción.

—Llevo toda mi vida en esta casa. ¿Cree que milord transigirá con que abandone mi empleo sin explicaciones?

—Lo que ha hecho solo puede calificarse de atroz.

—¡Estaba justificado! Es mucho peor lo que ha hecho usted, meter a su amante en su propio dormitorio, a un paso del lecho de su esposo. Si he de marcharme, me iré, pero antes lo contaré todo. Y su reputación será una flor muerta que nadie podrá volver a la vida.

44

Acusaciones infundadas

La intranquilidad me zarandeó desde dentro. Desde luego, no tenía un amante por el que preocuparme, aunque tampoco podía explicar a quién vieron escalando la fachada desde mi ventana al jardín sin poner al descubierto mis dudosamente legales actividades nocturnas. Una opción era olvidarlo todo, dejar de tomarme aquella dichosa tisana, permitir que la naturaleza siguiera su curso y tener en la señora Garner a mi peor enemiga.

Tenía que pensarlo. Sin embargo, no veía otra salida.

—Sé lo que piensas al respecto, Elinor. Lo sé y lo entiendo. Pero necesito hacerlo para rebajar esta ansiedad que me está matando.

—No me mire así. Yo no soy quién para calificar la conveniencia o inconveniencia de sus decisiones, milady —repuso la chica con devoción.

—Bueno, una incursión clandestina en la casa de unos duques no es precisamente una decisión. —Recalqué la última palabra de mi frase—. Es más bien un… delito.

—Igualmente lo respeto. Sus secretos están a salvo conmigo.

—Ni volverlos locos cambiando sus cosas de casa o incluso quedándonos con algo valioso… Tampoco es una mera decisión.

Ella sonrió con dulzura y no añadió nada.

Recordaba nuestra conversación de aquella noche, hacía muchas semanas, como si hubiera sido por la mañana de aquel día. Cuando pregunté a Elinor si no pensaba interrogarme acerca de lo que andábamos haciendo en el despacho del barón de Totemfort durante el baile, cuando nos sorprendió. Y ella me respondió que no. Que no era asunto suyo, que si nos había cubierto y protegido fue por pura corazonada y olfato. Y porque el servicio de aquella casa y sus patrones le caían bastante mal.

—Estoy convencida de que no hacen daño a nadie, milady. Me refiero a verdadero daño.

—Sí, eso es cierto. Lo hacemos por diversión, emoción y entretenimiento. Al menos, así empezó. Pero siempre buscando un bien ulterior: llámese escarmiento o el síndrome de Robin Hood, que robaba a los ricos para dárselo a los pobres. Si vieras las maravillas que han hecho las monjas en un edificio que se caía a pedazos con el botín que les adjudicamos…

—A muchos de ellos les está bien empleado, milady. Y permita que me exprese como si fuera una de ustedes…

—¡Ven con nosotras! —decidí de repente—. Acompáñanos esta noche. Será divertido.

—Pero ¿qué dice, milady? Suena a locura.

—Sé a lo que suena, pero ellas estarán contentas, estarán de acuerdo conmigo en que

participes. Vamos, Elinor —le tomé las manos y se las sacudí con afecto—. Decídete y ven.

—Podría ponerlas en peligro, yo no sé nada de… —bajó la voz— de eso que ustedes llevan a cabo. Podría provocar que las descubran, Dios no lo quiera…

—Ninguna de nosotras empezó sabiendo. Con la excepción de la duquesa. Clara es una maga de las llaves maestras y las ganzúas. El resto hemos confiado en nuestras habilidades naturales y las hemos pulido con la práctica. Del mismo modo que puedes hacer tú.

Los ojos de Elinor revolotearon por el saloncito nácar buscando un sitio donde posarse. Los muebles con sus estanterías llenas de libros, la chimenea profunda con embocadura de piedra blanca, el conjunto de asientos tapizados en terciopelo verde bosque. Mi pequeño paraíso, mi refugio especial, mis amigos los libros.

Y mis angustias.

La eterna pregunta respecto a la señora Garner y su terrible secreto. Si debía contárselo o no a Theo. Cuál sería su reacción. Era cierto que aquella mujer lo trataba desde niño y que seguramente le debía toneladas de amor. También que lo que había estado haciendo suponía un crimen abominable contra la prolongación de la estirpe Beale. El conde de Meroy no perdonaría fácilmente.

Y de ahí, mi mente volátil regresó en un planeo al próximo golpe y a mi empeño en que Elinor nos acompañara.

Insistí hasta que le arranqué un «sí» tembloroso y poco convencido.

La mansión escogida pertenecía a los duques de Cornwell una ilustre y adinerada familia a la que le sobraba de todo. A lo largo de fiestas, bailes y recepciones las cuatro habíamos podido comprobar que la duquesa y sus hijas tenían varias piezas de joyería por duplicado y triplicado y que apenas si recordaban el contenido de sus abultados joyeros. La presa ideal para nuestro Robin Hood colectivo, amén de cambiar de casa una estatuilla de bronce bañada con una gruesa capa de oro, que colocaríamos en la biblioteca de los marqueses de Volant dirimiendo, así, viejas rencillas entre ambos clanes familiares.

Dicho de otro modo, desatando furias y venganzas entre todos ellos.

La noche y sus percances prometían diversión a raudales.

Por más que me esforcé, no logré convencer a Elinor para que nos acompañara al interior de la mansión. Se la veía muerta de miedo, por completo paralizada por lo que pudiera pasar. Accedió a venir, a quedarse en el patio, bajo la ventana por la que íbamos a colarnos, sujetando las cuerdas y vigilando, junto con Victoria, para avisar de inmediato si detectaban algo peligroso: ruidos, movimientos, llegadas o salidas.

Cualquier signo de vida inteligente que pudiera dejarnos al descubierto.

La guarda de las vías de escape también era una labor vital en el círculo de las justicieras.

Lady Grace, lady Clara y yo misma entramos en la mansión. Conforme a nuestros informadores, los duques y sus hijos mayores se encontraban pasando unos días en su casa de campo. Los hijos menores vivían internos en sus respectivos colegios y en la casa solo quedaban criados. La ocasión perfecta para llevar a cabo nuestro plan.

Dejamos a lady Victoria y a Elinor en el exterior, escalamos la fachada hasta la ventana del segundo piso que estaba entreabierta y saltamos dentro. Era un gabinete privado completamente a oscuras y con pinta de no estar ocupado por nadie de la familia de manera habitual. La estatuilla que llevaríamos a la mansión de los marqueses dos días más tarde se

encontraba en el vestíbulo del primer piso, Victoria y Clara la habían seleccionado durante un recital de piano al que asistieron tres días atrás.

Al margen de eso, había que localizar algunas de las joyas que las damas poseían por triplicado y asignarlas a mejor fin en manos necesitadas. Nos repartimos por señas las tareas. Mientras lady Clara se hacía con la estatuilla y debía salir con premura, Grace y yo nos quedaríamos dentro de la mansión buscando las joyas.

Todos los dormitorios estaban silenciosos y desocupados. Nos movíamos de puntillas, sigilosas como gatos, prácticamente en tinieblas. Recordando el plano memorizado de la mansión a cada pulgada de pared que rozaban nuestros dedos. Lady Clara se nos unió con la figurita dentro del saco que cargaba a la espalda.

—Voy saliendo. Subo una planta y…

—¡Miladies! ¡Miladies, por Dios!

Aquel siseo ansioso y apresurado nos congeló la sangre en las venas y nos paró el corazón.

45

Una huida de emergencia

—¡Elinor!

—¿Qué haces aquí dentro?

Venía desencajada. Con el bonito rostro congestionado y sudoroso de, seguramente, recorrer la mitad de la casa buscándonos hasta dar con nosotras.

—No pueden salir por la misma ventana por la que han entrado.

—¿Cómo?

—¡No pueden!

—Busquemos un rincón algo menos expuesto para aclarar qué está pasando —sugirió la sensata Grace, adivinando que luchábamos contra la estupefacción.

Todas la seguimos, obedientes como corderitos, acoplándonos como pudimos en el primer habitáculo disponible que se nos ofreció: un cuarto minúsculo que parecía un escobero.

—Alguien está desvalijando la casa —nos explicó Elinor a borbotones y cuchicheos—. Alguien que no son ustedes.

—¿Cómo dices?

—Hay un grupo de personas en la habitación por la que han entrado, es posible que por eso estuviera abierta la ventana. Están descolgando hatillos con objetos gracias a una cuerda gruesa desde arriba.

—¿Dónde está lady Victoria?

—Abajo, escondida tras unas matas de rododendros. Esa gente no nos ha visto de milagro.

—Supongo que estarán muy entretenidos saqueando la mansión ahora que sus patrones se encuentran de viaje…

—Y has entrado a avisarnos —me admiré.

—Por supuesto, milady, no podíamos permitir que se toparan de frente con los malhechores…

—Bueno, yo no sé si ese nombre nos correspondería igualmente a nosotras —dejó caer Clara con las cejas arqueadas.

—Hay que salir lo antes posible —Con su acostumbrada bravura, Grace estaba a punto de resolver el asunto—. Y desde luego, por otro lado.

—La puerta principal es la vía de escape más simple y directa —nos sugirió una temblorosa Elinor.

Le agarré las manos y se las apreté para confortarla, consciente del enorme sacrificio que habría supuesto para ella entrar en aquella casa venciendo sus reparos y su pánico atroz.

Íbamos a movernos cuando se escuchó un rumor de susurros pasillo adelante. Lady Grace nos hizo una seña con la mano en alto y todas nos apretujamos dentro del escobero, deseando

desaparecer o fundirnos con las paredes.

—Jimmy cogerá el dinero. Debemos irnos —gruñó una voz cascada.

—Edna, olvídate de las joyas de las señoritas, no hay tiempo.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Identificamos un único timbre de mujer—. Si William se ha quedado con la pistola de su excelencia, no entiendo por qué yo no…

—¡Edna! ¡Hay que volver o van a descubrirnos!

Siguieron discutiendo en murmullos roncos todavía un rato más hasta desaparecer del todo, mientras nosotras cuatro conteníamos la respiración a un paso de ahogarnos. Solo cuando el silencio fue de tal calibre que engulló el edificio entero, nos atrevimos a abrir una rendija en la puerta del cuchitril y asomar las cabezas.

—Despejado —siseó lady Grace, animándonos a avanzar con un vaivén del brazo.

Formamos una hilera perfecta y descendimos escalón a escalón hasta la entrada. La gran puerta no estaba cerrada del todo y se colaba una franja luminosa desde la zona de jardines que nos sirvió de guía. Los corazones encogidos, como casi siempre, era parte del encanto de aquellas intrusiones, la presión del pánico a ser descubiertas, los nervios tensos al límite de rotura, la inenarrable sensación de alivio y relajación cuando por fin todo pasaba.

Encajamos la puerta principal para no dejar rastro de nuestro paso, cruzamos la terraza a toda velocidad y saltamos a los jardines. Clara emitió un sonido con la garganta, como el ulular de un ave nocturna que nos dejó a todas atónitas, pero que bastó para que Victoria detectara nuestra presencia. En un santiamén nos reunimos en la calle.

Posteriormente, dentro del coche de alquiler que nos repartiría por nuestros respectivos hogares.

Estábamos muy calladas. No solo porque no nos habían cazado por poco y eso nos tenía medio petrificadas. Nos preguntábamos si aquellos ladrones que se nos habían adelantado y que, desde luego, no pensarían entregar parte del botín a los pobres, pertenecían al servicio de aquella casa. Pero nos lo preguntábamos individualmente, sin comentar nada con las demás, encogidas del susto.

Para sorpresa general, la duquesa sacó un hermoso brazalete de diamantes de un bolsillo y nos lo mostró en la palma extendida de su mano.

—Es para Elinor.

La única persona presente que se opuso a la propuesta fue la propia Elinor, un manojo de nervios, roja como una cereza.

—¡Qué disparate! ¿Qué dice usted, excelencia? ¡Ni pensarlo!

—Lo cogí nada más llegar y ya tenía decidido que fuera para ti, por haber tenido el valor de acompañarnos, porque lo necesitas y eres nuestra buena obra.

—¡Cierto! —aplaudí encantada con la idea—. Además de los hospicios y las monjas, nuestra Elinor podía ser destinataria de algunas de estas piezas.

Ella no cejaba en su balbuceo negando y negando sin parar, agitando las manos por delante de su cara.

—Hasta que amases tu pequeña fortuna personal. Que la amasarás.

—Tenemos quien las compre. Recibirás dinero en efectivo. Contante y sonante.

—De verdad, se lo ruego, no puedo aceptarlo…

—Nosotras te lo rogamos a ti, Elinor, nos has vuelto a salvar. Siempre hemos tenido como lema que lo que a esta gente les sobra vaya a parar a manos menos afortunadas. Tú eres una de esas manos.

—Y no discutas, chica valiente. —Lady Victoria le rodeó los hombros con el brazo y la

atrajo hacia sí con un surtido de tironcitos—. Ahora eres un componente valioso del club de las ladies.

La duquesa de Montrose llenó el carruaje con su melancólico suspiro.

—Ojalá mi Dottie se animara también. Creo que está demasiado enamorada de Pepper como para actuar con lucidez. El amor, cuando es intenso y de verdad, empaña el entendimiento.

Se alzó un murmullo de aprobación general, propio de mujeres felizmente casadas sin ninguna intención de dejar de estarlo.

Todas, menos la joven Elinor, sabían bien de lo que hablaba. Lo habían experimentado en sus propias carnes. Una pasión arrebatadora, invencible, capaz de barrerlo todo sin compasión, un huracán de aromas que anulaba tus sentidos y se transformaba en el milagroso centro de tu universo. Un amor que era alimento y cura para todo mal, que cicatrizaba heridas y te hacía renacer.

—Por cierto… —arrancó la duquesa con un destello de ilusión en los ojos de miel.

—¿Se avecina boda? —palmoteó Victoria anticipándose a la noticia.

Lady Clara asintió con su elegancia de siempre.

—Nuestros queridos Dottie y Pepper por fin se han decidido a dar el paso. Gail y yo pensamos que íbamos a tener que arrastrarlos por el pelo hasta la iglesia.

—Supongo que estamos todas invitadas. —Grace meneó encantada la cabeza.

—Por descontado. Aunque espero que entiendan que se trata de un enlace entre sirvientes, nada sofisticado ni…

—¡Aceptamos! —gritamos todas a coro.

46

Una conversación pendiente

Theo

En los últimos cuatro días, tras los incidentes en la fiesta, mis relaciones con Sarah fluctuaron entre la nada y una aspiración de normalidad tan alejada de lograrse, que al final acabaría conmigo. Había apaleado y expulsado de Farnwood a su amante y desconocía si después, ellos habían vuelto a reunirse, si el despreciable de Burgundy me había acusado y dejado en evidencia a ojos de mi esposa. Me daba bastante que pensar el que su puerta hubiese estado cerrada todos aquellos días y que nuestros encontronazos en los corredores o escaleras no hubieran pasado de simples coincidencias plagadas de monosílabos.

Parecíamos un par de extraños obligados a compartir vivienda.

Sarah había preferido ordenar sus comidas en su biblioteca privada y aunque si nos cruzábamos su expresión no era especialmente hostil… Algo se había torcido. Lo sabía, lo notaba en el tuétano de los huesos.

Aquel abismo que había vuelto a expandirse entre nosotros no podía significar más que una cosa: Sarah sabía de mis represalias contra él y me las reprochaba. Y si las conocía era porque mi penoso plan no había conseguido desterrar su relación adúltera con el miserable lord Burgundy, ni un arañazo en la superficie.

Era pensarlo y hervirme la sangre.

Había tardado en admitirlo, siempre se me ha dado mal reconocer errores, pero amaba a mi mujer mucho más de lo que esperé amarla, me importaba, quería su bien, compartir sus desdichas, librarla de todo mal y por encima de cualquier cosa, conservarla a mi lado. La idea de que tuviese un amante me enervaba. Que se entregara a los brazos de otro hombre, que otros labios la besaran. Y otras cosas más íntimas, mucho peores de imaginar.

La ira me nublaba la visión.

No pensaba con claridad.

¿Puede un hombre estar furioso y avergonzado al mismo tiempo? Yo lo estaba.

Aquella mañana desperté dispuesto a poner las cartas bocarriba. A preguntarle a bocajarro lo que tanto me dolería escuchar, no solo la realidad de si tenía un amante, sino si lo amaba. Si lo prefería a su aburrido esposo, para quien heredar el título de duque era la estrella central que daba sentido su universo.

Preguntaría, atendería a sus razones y respuestas y le diría cuánto había llegado a amarla sin querer siquiera. Después le haría una oferta: ser amigos y sembrar las bases de una convivencia pacífica, tal y como ella había sugerido tras la boda. Algo que yo no tuve interés en escuchar y que ahora daría mi fortuna por obtener.

Como solía decir mi madre, los matrimonios infelices son propios de gente burda y sin

clase.

Me vestí de oscuro, elegante y seductor sin que se notara demasiado y bajé del mejor talante al comedor del desayuno… Para encontrarme con que Sarah ya salía a paso vigoroso por la puerta principal a la calle, sin despedirse y sin aclarar a dónde se marchaba.

Flanqueada por la tal Elinor.

No quería ser injusto, no es que tuviera nada en contra de la muchacha, creo que no había escuchado ni el tono de su voz. Pero su presencia y lo que probablemente significaba estaba convirtiéndose en un cepo de espinas que yo cada vez asumía peor.

Abrí la boca para decir su nombre, pero no articulé sonido alguno. Creo que mi corazón hecho trizas atrapó las palabras y las exprimió hasta convertirlas en ceniza. Me estaba doliendo. Aquello me estaba destruyendo por dentro y las emociones y las heridas me habían cercado estando yo distraído en otras cosas. Cuando me creía a salvo de las trampas del amor, convencido de que un matrimonio amañado bajo intereses comerciales de las familias es un árbol muerto incapaz de dar fruto.

Recuerdo que pasé el peor día de mi vida.

Cuando avisaron que servirían el almuerzo y milady no había regresado. Cuando llegó la hora del té y ella no estaba. Me sentí solo, más solo que nunca. Al sonar los pasos de los lacayos sirviendo la cena para un comensal sin compañía, tuve ganas de llorar.

—Sírvanme la cena en mi gabinete —ordené malhumorado, ahogado en frustración, arrojando la servilleta arrugada sobre la mesa.

A sabiendas de la ausencia de Sarah, hice algo imperdonable. Poco honesto y menos respetable todavía. Entré en su alcoba y retiré el pestillo que cerraba la puerta de enlace. Así podría abrirla, entrar y sorprenderla nada más oírla llegar, antes de que le diera tiempo a correrlo de nuevo.

La perspectiva de la pequeña travesura me reconfortó. Hasta esbocé una sonrisa. A continuación, me senté frente al fuego con una copa en la mano y la oreja bien alerta para actuar en cuanto la escuchara.

La jornada entera fuera de casa. Y sin rendir cuentas de su destino.

Esposa díscola… ¡Maldita fuera mi suerte!

No podía estar en otro sitio más que en brazos de su amante. Con su doncella cubriéndole las espaldas, por si acaso.

Noté que me temblaba una mano.

Me puse histérico.

Me bebí otro vaso de brandy para sosegarme.

Lo logré solo durante un puñado de minutos.

Luego la rueda giró y todo volvió a repetirse en un par de ocasiones, de modo que para cuando escuché movimiento en los aposentos de la condesa, me abalancé sobre la puerta y la abrí, ya iba algo más que achispado.

Minucias si lo comparábamos con el estado de ebriedad en el que llegó mi mujer.

Al empujar la puerta, lo primero que vi fue la chimenea bailoteando alegre. Mis pupilas ansiosas la buscaron en la estancia. Estaba de espaldas, vestida de una forma corriente y poco sofisticada, tambaleándose como un junco frente a un huracán.

—¡Sarah!

Giró sobre sus talones y dos ojos brillantes en exceso me sonrieron jubilosos.

—¡Querido!

—De dónde… ¿De dónde vienes? ¿Y qué haces vestida como una criada?

—¿Te gusta? Es de Elinor, me lo ha prestado para pasar desapercibida.

La lengua le patinaba de un modo que, de encontrarnos en otras circunstancias, me habría parecido muy gracioso.

—¿De Elinor? ¿Estás diciéndome que has salido a la calle el día completo con el vestido de una doncella?

—Exacto. Qué inteligente eres, esposo.

Trastabilló escorándose peligrosamente hacia la derecha. En un movimiento intuitivo, la sujeté para que no cayera. Sarah dejó escapar una risita juguetona.

—¿Por qué? Haz que entienda este proceder tuyo tan inadecuado, ¿dónde has ido? ¿Con quién has estado? —Enfrié visiblemente el tono al llegar a esa última frase.

En lugar de responderme y sacarme de dudas, Sarah se dejó caer como un fardo en uno de los pequeños sofás.

—¿Me sirves una copa?

—¿Acaso no has bebido suficiente para un mes, condesa?

Se encogió de hombros y me mostró las palmas de las manos.

—¿Ordeno que te preparen café? Servirá para despejarte.

—Café… Suena a broche amargo para un día perfecto.

Me dediqué a observarla, un poco menos enfadado, un poco más compungido.

—¿Vas a decirme a qué has dedicado el día?

—Está bien, lo admito. ¡Confieso! —Elevó la voz—. Vengo de la boda de dos criados. —Se tapó la boca con una mano, reprimiendo la risa.

—¿Una boda? ¿Has estado en una… boda?

—Dottie, la doncella personal de lady Montrose se ha desposado con Pepper, el ayuda de cámara de su duque, no podíamos faltar. Todo queda en familia. ¡Meroy! —Abrió teatralmente los brazos— ¡Qué bonito es el amor! ¡Qué maravilla casarse estando enamorados! Si llegas a ver cómo se miraban a los ojos…

Me cubrí de bochorno, de pies a cabeza.

—Me habría gustado verlo.

—Eran un cuadro precioso. Y sí, yo soy una dama horrible que se codea con cualquiera. A tu señor padre le daría un patatús si se enterara. Te lo advertí, milord, nunca debiste casarte conmigo.

No hay palabras para describir el inmenso alivio que me invadió por completo, bajándome por la espalda como una cálida caricia. Una boda. Mi preciosa mujer había pasado la jornada en una inocente boda de criados, vestida con humildad para no destacar, otra prueba de su grandeza. Sentí unas ganas irreprimibles de abrazarla desde aquel mismo instante hasta que el sol volviera a lucir en el horizonte.

Di un paso hacia adelante. Clavé una rodilla en la alfombra, delante de ella, le tomé una mano sedosa y le besé los nudillos. Tal que si fuese a pedir su mano con la veneración que ella merecía y que nunca le otorgué.

—Creo que casarme contigo es lo único bueno que he hecho en toda mi vida.

47

Llega la paz

Sarah

Estaba tan borracha que la habitación daba vueltas a mi alrededor y solo abrazarme a mi marido, recreándome en los músculos duros en su ancha espalda, me sirvió de ancla. Caímos sobre el lecho enredados en un lazo infinito, apasionado y eterno, preludio de lo que vendría después: nos devoramos a mordiscos furiosos, notando cómo la piel se calentaba y humedecía conforme nos arrancábamos la ropa.

Prenda a prenda.

Cayendo al suelo como un torbellino de plumas.

Permitiendo que fueran los cuerpos, y no las palabras, los que expresaran cuánto nos deseábamos.

Había en los gestos de Theo, en sus jadeos, en la respiración entrecortada, el pecho agitado y en su forma de tocarme, una especie de ruego. Un mensaje mudo y complaciente. Un beso al aire, un aroma perdido en el bosque y recuperado junto al mar.

Todo un mundo de poesía. Envolviéndonos igual que un chal de seda tibia.

Aunque tal vez fuera el alcohol corriéndome por las venas lo que lo magnificaba todo. ¿No? Podía ser. Cada pulso se multiplicaba. Cada roce suyo lo sentía como si me tocara por todas partes.

Mi marido siempre me había amado con absoluta devoción, con aquellos susurros placenteros en voz baja que me encogían el estómago y me hacían gritar.

Nos quedamos desnudos, zambullidos en el placer ciego. Los ojos entrecerrados para sentir mejor, oler mejor, oír mejor cada gruñido, cada gemido y cada crujido de las sábanas sobre las que nos retorcíamos como si el mundo se acabara en ese mismo instante.

Aprisionada por su peso deseable. Arqueada elevando las caderas sedientas, con la carne de gallina y los sentidos alerta. Theo separó mis piernas y se acomodó entre ellas. Sin interrumpir los besos se adentró en mi vientre, embistiendo, asolando, murmurando promesas, conquistando.

—Sarah, Sarah, mi querida e insaciable Sarah.

Quise preguntarle por qué me consideraba insaciable. Por qué me hacía suya como si no fuéramos a volver a vernos. Quise desvelar tantas cosas… Pero el éxtasis me había zarandeado varias veces, brutal y delicioso, agotándome. Los vapores de la bebida me adormecieron, acurrucada contra su pecho, arrullada por su voz grave.

¡Que me perdonase el cielo! Qué dichosa me sentí en aquel momento.

Cuando el ayuda de cámara del conde llamó a la puerta por la mañana, yo aún navegaba entre brumas, con las piernas enredadas en las de mi esposo. Somnolienta y feliz, ligeramente confusa. El criado carraspeó muy abrumado al descubrirme en la cama de su señor. Rojo como una cereza madura y sin querer levantar los ojos de las alfombras.

—Un aviso de su excelencia, señoría. Acaban de traerlo.

Con toda la precipitación de la que es capaz un humano, dejó una bandejita de plata con una nota en medio sobre la mesita que le pilló más cerca.

—¿Desea su señoría que le sirvan el desayuno en su alcoba?

—Buena idea, Sebastian —alabó Theo apretando el abrazo que me unía a él—. Que suban también el desayuno de la condesa.

—Enseguida, milord.

Escapó volando como si le faltara el aire. Nosotros compartimos unas risas de complicidad. Theo besó mi sien y abandonó la cama para ir a leer la nota.

—¿Qué querrá mi padre tan de repente?

Le miré el cuerpo desnudo. Recreándome en la divina visión. Tan hermoso y bien formado como una escultura griega. Ahogué un suspiro y le ordené a mi vientre que dejara en el acto de temblar.

—El duque quiere vernos. Hoy sin falta —anunció con un deje de contrariedad en el tono.

—¿Dice de qué se trata?

No había vuelto a coincidir con mi familia política desde el día de la boda. Una invitación tan repentina, si no se amoldaba a un cumpleaños, nacimiento, funeral o aniversario, era, cuanto menos, inquietante.

Theo no respondió de inmediato. Cruzó la puerta abierta que lo llevaba a mi alcoba y regresó con mi bata, entregándomela junto con el camisón.

—No se molesta en adelantar nada.

—Vuestra relación tampoco es todo lo fluida que cabría desear, ¿verdad que no?

Negó con la cabeza.

—Mi infancia la salvó mi abuelo y el hecho de que él prácticamente me criara aquí, en Farnwood. Mi padre… en fin, era militar, ¿qué podemos esperar de él salvo tiranía y mandatos?

Iba a acariciarle la cara, cuando su ayuda de cámara regresó cargado hasta las cejas con tazas y delicias con las que romper el ayuno y recomponer nuestros cuerpos cansados. Esperé paciente hasta que todo estuvo dispuesto con primor en la mesa y el servicio se hubo marchado. Theo me hizo un ademán galante para que tomara asiento.

—Mis hermanos consideran que una personalidad como la del duque es mucho más apropiada a la hora de ejercer la autoridad que, por ejemplo, la mía. Ellos apenas si recuerdan al abuelo, eran más pequeños y bastante revoltosos. ¿Té o café?

—Té, por favor. Gracias.

—Lo digo porque mi abuelo era afectuoso y considerado y, pese a ello, su influencia sobre la gente era innegable. Todos tendían a obedecerlo de una forma casi innata. Porque se lo había ganado. Por respeto. Por devoción.

—Supongo que es el modelo que quieres seguir.

—No te quepa duda. Lo malo es que mi padre no sabe verlo. Tampoco mis hermanos. Yo… En su día le hice una promesa a mi abuelo.

—¿Qué clase de promesa?

—¿Crees que convertirme en duque es lo único que me importa?

No supe qué contestarle a aquello que no le ofendiera. La verdad, sí.

—Piensas que soy un miserable capaz de cualquier cosa por no jugarse su ilustre título —adivinó antes de que yo pudiera negarlo.

—La palabra miserable no es muy… compasiva, que digamos —repuse—. ¿Te importaría anularla?

—Le prometí que salvaría la dignidad de los Cleveland. Mis hermanos son dos balas perdidas a los que bastaría un par de meses para arrastrar a la familia por el fango, ya te lo dije. Saltando de escándalo en escándalo sin remordimiento. Pese a mi primogenitura, el duque y su abogado pensaban inventar alguna fechoría para privarme de mis derechos. Me lo advirtió el abuelo.

—Pero eso no puede…

—Amenazó con llegar a donde hiciera falta. Incluso a tildarme de enajenado y encerrarme en un sanatorio si no respetaba sus términos.

Escuchar aquella barbaridad me sublevó de tal manera, que salté de la silla como si estuviera tachonada de púas.

—Pero ¿qué clase de monstruo haría algo así con su propio hijo?

Theo alargó la mano. Sostenía un panecillo untado con mantequilla y mermelada de moras.

—Mi padre. El duque de Cleveland no tiene corazón.

48

Si lo hizo, soy culpable

Me vestí con mis mejores galas de día para acudir a la cita en la casa solariega de los Cleveland, cerca de Brighton. Por desgracia, pese a nuestras expectativas, nadie salvo los criados salió a recibirnos. Mis suegros nos hicieron esperar un buen rato en la biblioteca y cuando por fin se dignaron a aparecer, solo venía el duque. Puede que se alegrara de ver a su hijo, no lo discuto. En lo que a mí respecta, su saludo fue tan escueto y tirante como si se hubiera cruzado con el deshollinador después de haber rematado su faena.

De la gran sala de los libros nos condujeron ceremoniosamente a otra biblioteca más pequeña y tuvimos que aguardar, manteniendo las sonrisas forzadas, hasta que se sirvió la merienda.

—Usted dirá, padre —se impacientó Theo, después de recibir su taza de café y sus pastelillos—. ¿A qué se debe esta convocatoria inesperada y con tantos preliminares?

Los ojos de su excelencia pasaron por encima de mí un instante. Luego buscaron enseguida otro lugar donde posarse, como si mi presencia lo incomodara.

—La señora Garner vino a verme.

—¿La señora Garner? —se extrañó mi marido— ¿Mi señora Garner?

El corazón me dio un salto mortal dentro del pecho.

—En efecto. Pidió audiencia y confesó su crimen.

—Su… ¿crimen? ¿De qué está hablando? Mi ama de llaves no ha cometido en su vida ningún delito. ¿Qué clase de broma es esta?

—Oh, no, nada de eso. Ojalá todo fuera una broma desagradable y sórdida en lugar de una historia que nadie querría escuchar. Me temo que no nos queda más remedio.

Me atraganté con el sorbo de café. Noté que empezaba a tiritar. La espesa atmósfera que empezó a crearse a nuestro alrededor no presagiaba nada bueno.

—Tu ama de llaves ha estado suministrando una infusión bastante… digamos peculiar, a tu condesa. Cada noche desde hace algún tiempo.

—¿Una infusión? ¿Qué clase de infusión?

—Flores de zanahoria silvestre —admití abochornada.

—Para evitar la concepción —agregó innecesariamente el duque.

El gesto de horror de Theo me probó que sabía a la perfección a qué nos referíamos. Se puso en pie con los puños apretados y los ojos enrojecidos.

—¡Sé el efecto que producen esas hierbas! La cuestión es, ¿por qué? ¿Cómo se atreve esa mujer…? —Se giró hacia mí— ¿Tú lo sabías?

Jadeé incapaz de articular palabra.

—¡Responde! ¿Lo sabías?

—Elinor lo descubrió —confesé casi sin fuerzas.

—¿Y no me lo dijiste?

—La cuestión no es el error terrible cometido por la señora Garner del que ya se ha excusado.

—¡Padre!

—Siéntate, Theodore. La señora Garner ya ha pedido perdón por su abominable acto. El caso es que tenía un motivo. Un motivo que la honra.

Mi esposo soltó una carcajada que se desgarró antes de extinguirse. Se mesó el cabello y dio un par de vueltas histéricas por la estancia. Desde mi posición, casi al otro extremo del saloncito, podía oír sus dientes chirriar. Miraba a su padre como si no pudiera creer lo que estaba viviendo. Sus ojos también resbalaban hasta mí de cuando en cuando. Se dejó caer lentamente en la silla. Sus pupilas se habían vuelto frías como el hielo.

—Si es cierto lo que me ha contado, no hay excusa posible para lo que esa mujer ha estado haciendo.

—Desde luego que la hay. Impedir que la condesa concibiera un heredero, ya que tu esposa, querido hijo… parece haber estado entretenida en otros menesteres que no son precisamente preservar la reputación de esta familia. Tu esposa tiene un amante.

Un silencio ominoso se extendió por la sala como un charco de aceite mugriento.

—Un hombre repugnante que la visita en tu propia casa, en su alcoba, escalando por la pared igual que una araña.

—¡Eso no es cierto! —me rebelé en un grito rasgado.

—¡La señora Garner lo vio con sus ojos! Ella misma lo divisó bajando ladrillo a ladrillo desde la ventana de su dormitorio. No te atrevas a negarlo, mujer, deberías sentirte avergonzada. ¿Y tú? —espetó a su hijo— ¿No dices nada? Vamos a anular este matrimonio degradante de inmediato.

—Padre.

—No puedes seguir casado con una mujer que te humilla. Si al menos hubiera sido discreta…

—Esta mujer indigna, como usted la llama, es mi esposa y la amo. Haría cualquier cosa por ella. Cualquier cosa.

Boqueé. Nunca lo había dicho en voz alta. «Te amo».

¡Diantres! ¡Qué bien sonaba!

—Te ha faltado al respeto que te debe en nombre del vínculo sagrado del matrimonio —prosiguió ofuscado el duque.

—Si la condesa tiene un amante, si es eso lo que hizo…, nadie más que yo tiene la culpa.

—¿Qué clase de estupidez estás diciendo?

—Que soy culpable. De desatenderla. De no entregarle hasta la última gota de mi sangre. De no adorarla y ponerla en un altar, que es lo que merece. De haberme casado con ella porque usted me lo impuso. Así que, a partir de ahora, lucharé hasta dejarme la piel para ganarme su perdón, su confianza y su amor.

Se me llenaron de lágrimas los ojos.

¿Cómo podía hablar tan bonito? ¿Defender lo nuestro con aquella pasión?

Presenciando la discusión entre el duque y su hijo tuve la sensación de que soñaba. Se me formó un extraño nudo en la garganta, las figuras se volvieron borrosas. El aire enrarecido me mareó. No es que no me sintiera halagada, pero… ¿Acaso el conde compartía la descabellada teoría del amante de la señora Garner? ¿Ella lo había puesto también al corriente? ¿Aquello era

la razón de sus comportamientos inexplicables? ¿O no le importaba un bledo el que hubiera otro hombre en mi vida?

Un incendio se desencadenó en mis entrañas. La urgencia por huir, por salir de allí cuanto antes me dominó por completo. Los dedos de mi mano derecha se crisparon como garfios con la servilleta arrugada en el hueco.

—Voy a dejarlos…

—Lo que vas a dejar es de ser condesa, muchacha —me amenazó el duque—. Tú vas a…

—Si espera que acepte repudiar a mi esposa, padre, temo que va a llevarse una decepción.

—Harás lo que se te diga.

Escuché sus frases como si procedieran del mismísimo fondo de la tierra. Mientras me dirigía hacia la puerta a pasos lentos y rígidos.

—No se atreva a ofenderla, padre —farfulló mi marido—. Ni se le pase por la cabeza. Hice un juramento al abuelo y con tal de cumplirlo acepté sus deshonrosas condiciones: no publicar jamás mis poemas, desposar a la hija de los condes de Pembroke. Y me importaba tanto mantener mi palabra que acepté. Me vendí o permití que usted me vendiera. Ahora las cosas han cambiado.

—¡No me digas que te has enamorado de ella!

—Sí, padre. Aun en contra de mi voluntad, el cielo me ha bendecido con el regalo más valioso. De modo que, si tiene algún inconveniente en que alguien que no se comunica a gritos y con un látigo sea el próximo duque, le agradeceré que me lo haga saber. Con mucho gusto renunciaré al título. Y que Dios y el abuelo me perdonen.

49

Como dos desconocidos

Theo

No supuse que las piernas de Sarah pudieran correr tan ligero cuando me tocó perseguirla huyendo de Cleveland House. Nuestro carruaje todavía aguardaba en la puerta y tanto el cochero como los lacayos, que hasta entonces se habían mostrado ociosos y relajados, se apresuraron a saltar al suelo y abrir la portezuela al comprobar el estado de ánimo de mi adorada mujercita, su inesperada carrera buscando desaparecer.

Creí que estaría atribulada, pero iba furiosa como una leona a la que han robado sus cachorros.

Justo cuando iba a introducirse en la berlina, giró sobre sus talones y me enfrentó con un dedo estirado que colocó entre mis cejas.

—¡Alto ahí!

—Sarah.

—Tú, tu horrenda familia, sus sucios acuerdos plagados de trueques comerciales con humanos, su escasa decencia. Tu maquiavélica ama de llaves, tus concesiones y juramentos… ¡No se te ocurra acercarte a mí!

—Sarah, escúchame —insistí, arrollado por el ímpetu de su ira.

—No hay nada que escuchar, milord. También pensabas que tengo un amante y que por las noches lo meto a hurtadillas en mi cama, ¿verdad?

Supongo que el lacayo que sujetaba la portezuela hubiera querido que se lo tragara la tierra. Me sentí terriblemente humillado, no era el lugar ni el momento para aquella conversación tan íntima. La pausa, sin embargo, solo sirvió para que la condesa tomara carrerilla.

—Esa bruja de la señora Garner te lo dijo y tú, sencillamente, lo creíste. Es tristísimo.

—Sarah…

—Imagino que tus apuestas señalaban a lord Burgundy. Ahora entiendo muchas cosas, la presencia de ese rufián en el baile, tus insinuaciones…

—Sarah, diablos, ¿quieres escucharme?

—¡No! Dicen que los planes originarios siempre son los mejores. Pues sigamos el suyo.

Desapareció dentro del coche y permitió que el perplejo lacayo cerrase la puerta tras solicitar mi permiso mudo.

—¿Puede recordarme cuál era?

—Cohabitar como dos desconocidos.

Iba a ver alejarse el carruaje sin entender nada. Nada en absoluto. No sé qué me había empujado a creer que mi encendida defensa de su honor ante el duque sería muestra bastante de mi amor por ella. De que era capaz de renunciar a lo que más ansiaba con tal de no perderla. Y en lugar de agradecérmelo con un beso interminable y un abrazo que nos fundiera como

mantequilla sobre pan caliente, Sarah me fulminaba con los ojos como si me deseara la más lenta y espantosa de las muertes.

¿Qué era eso tan horrible que había hecho?

Me aferré con las dos manos a la ventanilla del coche y lo verbalicé con amargura.

—¿Aceptaste no publicar tus poemas con tal de convertirte en duque?

—¡No! Con tal de no incumplir la promesa que hice a mi abuelo.

—Querido y patético milord. Eres el primogénito, la ley está de tu lado, te has dejado manipular de mala manera por tu padre. Qué carácter tan blando el tuyo.

—Sarah…

Volvió a señalarme con el dedo. Como si deseara perforarme el cráneo y sacarlo por detrás. Un gesto que empezaba a exasperarme.

—Te rogaría que no te acercases a mí. Los tiempos en los que habría hecho cualquier cosa por el amor del conde de Meroy quedaron atrás. Muy atrás. ¡Adelante, cochero!

Si lo hubiera meditado con un mínimo de sensatez no habría agarrado la manija como si de ello dependiera mi vida, ni me hubiera montado en la berlina en marcha. Suerte que no lo medité. Mereció la pena ver la expresión de pasmo de mi mujer al verme de repente acomodado en el sillón frente a ella.

—Sal del coche —me ordenó—. De inmediato.

—Sal tú. El vehículo es de mi propiedad.

—¡Como la biblioteca! ¡Como tus tesoros! ¡Como la casa! ¡No! No desde que nos casamos. Todo el patrimonio nos pertenece a medias.

Hice un gesto de aquiescencia que la irritó muchísimo.

—Entonces tengo la mitad del derecho de uso. De la otra mitad te concedo la disposición. Repartamos los asientos.

—No quiero compartir espacio con usted, conde pusilánime.

—Puede apearse cuando guste… —De pronto reparé en sus hirientes palabras—. ¿Ha dicho pusilánime?

—¿Cómo le llamaría a alguien que se deja manipular por su familia del modo que usted lo ha hecho?

—Es usted la mujer más testaruda que he tenido la desgracia de toparme. ¡Tenía mis razones! ¡Mis buenas y honorables razones! Aunque su terca mente no sea capaz de entenderlas.

Sarah

¿Cómo encajar todo aquello?

De verdad, no sabía cómo responder a los pretendidos sentimientos de Theo. Al brío con el que había defendido nuestro matrimonio ante su padre, aun a expensas de perder el título que tanto le importaba.

Suponiendo que todo aquello que con ardor había expuesto en su sermón fuera cierto.

Hubiese dado mi vida por poder jurarlo. Solo que no podía.

Porque se había convencido con enorme facilidad de la existencia de otro hombre en mi

pulcra vida y eso no iba a perdonárselo fácilmente. ¿Qué cimientos podría tener un matrimonio si se había quemado la confianza? Mi esposo se había conformado con que me acostara con otro hombre y lo mirase después, directamente a los ojos.

Con el mayor descaro.

Como solo se comportan las mujeres indecentes.

Yo no era eso.

Lloré durante horas. Con el único consuelo de Elinor, que subió a hacerme compañía con una tisana relajante preparada por sus propias manos. Nos habíamos quedado sin ama de llaves.

—Debes entregar una nota a lady Grace. Me encargaré del traslado de la estatuilla que nos llevamos de la mansión Cornwell, a casa de los marqueses de Volant —expliqué entre hipidos—. Doy por supuesto que no deseas acompañarme, de modo que iré sola.

—No entraré si así me lo permite, milady, pero por supuesto que voy a acompañarla. Hasta la misma puerta. Haré guardia, vigilaré y la esperaré a que salga, igual que siempre. Si me disculpa la insistencia, milady…

Me sequé con rabia las lágrimas vertidas por el conde y me ocupé de la taza.

—Dime, Elinor.

—Esa casa que me dijo que había encontrado…

Se me cayó el alma a los pies. Habida cuenta mi penoso estado de ánimo, mi irreprimible tentación de lanzarme a las ruedas de un carruaje, lo único que me faltaba era perder a mi mejor apoyo. No quería ni pensar siquiera en que Elinor ocupase un puesto en otra casa.

Pero era lo que le había prometido.

—La familia Lindsay. Sí, buenas personas, buscan un ama de llaves.

—¿Puedo preguntar… para cuándo sería?

—Elinor. ¿Considerarías la posibilidad de ser ama de llaves aquí, en Farnwood?

La adorable muchacha pestañeó llena de asombro.

—¿Aquí, milady?

—Eso he dicho.

—Pero esta casa… ¡Esta casa es enorme!

—Y tú estás plenamente capacitada. Confío en tus talentos como no he confiado jamás antes en nadie.

—Muchos miembros del servicio me detestan, milady.

—Solo tienes que darme una relación de sus nombres. Los pondré a buscar trabajo en un par de días.

—No podría con mi conciencia si hiciera algo así, milady.

Lo sabía. De sobra lo sabía.

—Me gustaría que te asentaras y que dispusieras de una base sólida para muchos años, querida Elinor.

—Yo… señora, no me lo tome a mal. Nunca podré agradecer todo lo que ha hecho por mí, pero…

—Prefieres instalarte en una casa donde nadie te conozca —adiviné.

Elinor asintió con pesar.

—Conozco sus actividades. Las de las ladies. Y no dude que me llevaré el secreto a la tumba, puede contar con ello. Sin embargo, cuando milord me mira, yo… yo no sé qué hacer ni dónde meterme. Si alguna vez me interrogara al respecto…

Me dolió ver cómo se retorcía las manos, convertida en un manojo de nervios.

—No puedo decir que no lo entienda.

50

La tormenta frustra el plan

—Milady, han sido ustedes tan generosas conmigo. Yo… el brazalete…

Le tomé una mano y se la palmeé para que se calmase. Comprendía su afán por no decepcionarme, pero Elinor era muy joven todavía. Y muy honrada también. No sería fácil convencerla para que formara parte del club de ladronas. Necesitaba madurarlo con tiempo. Nadie pensaba apremiarla.

—Habrá muchos más como ese. Eres nuestra encantadora cómplice. —Compartimos una tímida sonrisa—. Y ahora, si eres tan amable, llévale cuanto antes la nota a lady Grace. Necesito distracción urgente, emocionarme y ponerme histérica con algo que no tenga nada que ver con el conde de Meroy, o terminaré haciendo alguna tontería de la que no tardaré en arrepentirme.

—Enseguida, milady.

—Mientras haces el recado, escribiré una carta a la señora Lindsay. Vas a ser la mejor ama de llaves del mundo, querida.

Si algo caracterizaba a mi amiga Grace, era su templanza y el inteligente acierto con el que tomaba todas sus decisiones. Admitió mi necesidad personal de encargarme de aquello; se reducía a entrar en la mansión Volant y dejar la estatuilla que nos llevamos de la otra casa, en cualquier sitio no muy a la vista. Una pequeña travesura sin demasiadas consecuencias, la verdad. Confieso que a ratos sentía, si no remordimientos, sí escrúpulos por lo que habíamos puesto en marcha. Aquella oleada de invasiones en casa ajena, apoderarnos de lo que no era nuestro. Y aunque en su mayoría eran lecciones bien merecidas, mi obstinada conciencia martilleaba con insistencia.

Mientras me escabullía por la escalera vestida de negro y pegada a la pared, no descendería por la fachada mientras mi memoria recordara a la señora Garner, decidí que propondría un gran golpe en la mansión Cleveland. Mi odiosa familia política había acumulado méritos suficientes como para desvalijarlos, aunque luego todo quedase en una o dos piezas que, en lo que a mí respectaba, irían a parar a manos de Elinor y la recién casada Dottie.

En el patio trasero, junto a las entradas a cocinas, aguardaba Elinor, embozada hasta las cejas, temblando de frío. Al cielo parecían haberle robado todas sus estrellas y lucía negro como el interior de una mina de carbón.

—Hace muy mal tiempo, milady.

No quise escucharla, empeñada como estaba en desfogar mis angustias con la arriesgada excursión.

—¿Llevas la estatuilla?

Ella señaló el morral que llevaba cruzado a la espalda.

—Lo haremos muy rápido —la animé—. Antes de que puedas darte cuenta estaremos en

mi biblioteca tomando té caliente con galletas.

—Eso espero, milady.

Cruzamos dos calles para alejarnos antes de tomar el primer coche de alquiler que más tarde dejamos para detener un segundo, que nos llevó hasta nuestro destino. En aquel momento, el temporal que revoloteaba turbulento sobre nuestras cabezas ya estaba a punto de desencadenarse. El viento se embravecía segundo a segundo y la lluvia era una densa cortina recrudeciéndose cuando nos apeamos del coche.

Entregué el pago al cochero, que ni siquiera se molestó en mirarnos, y nos pegamos al muro de piedra que rodeaba el exterior de la casa. Tanto Elinor como yo tuvimos que aferrarnos a las rejas para no salir volando arrastradas por el aire.

—Milady, no creo que sea buena idea llevar esto a cabo esta noche.

Observé la lisa fachada del edificio. Con cornisas estrechas empapadas de agua de lluvia.

—Detesto equivocarme, pero estaría loca de no admitir que tienes razón. Pasos mojados y viento huracanado son mala combinación para la seguridad.

—Y para la vida, milady. Una caída desde ahí arriba…

Se estremeció imaginándome desmadejada y medio muerta a sus pies tras precipitarme desde lo alto de la ventana escogida. Todo porque las puertas laterales estaban reforzadas con gruesos barrotes de hierro y sin Clara y sus ganzúas, se me antojaban infranqueables.

Miré la piedra clara del muro, reprimiendo un gruñido de frustración. Me hubiese venido tan bien poder sudar de miedo antes de irme a la cama…

—De acuerdo. Regresemos —me rendí—. Será lo mejor.

Farnwood estaba sumida en un sepulcral silencio cuando entramos. Elinor corrió a su cuarto a despojarse de las ropas de ratera antes de cruzarse con alguien y meterse en un lío. Una vez vestida de doncella prepararía el té que nos calentaría las tripas revueltas.

Mientras, en mis aposentos, yo hice lo propio colocándome la ropa de dormir. Pegué la oreja a la puerta que me separaba del conde. No se escuchaba el menor ruido, mientras que en el exterior la tormenta había estallado con toda su furia, llovía torrencialmente y el alarido del viento daba pavor.

Me alegré de haber reculado en cuanto a la intrusión. Por una vez había sido más sensata que tozuda. Bien por mí.

O el conde dormía profundamente, o allí no había nadie. Me lo estaba preguntando a la vez que me preguntaba por qué tanto interés en saberlo, cuando observé una pequeña nota doblada con mi nombre, apoyada en el espejo de mi tocador.

Mis dedos volaron impacientes a desplegarla y mis pupilas ansiosas recorrieron las escasas líneas escritas por Theo. Su caligrafía inconfundible.

«¿Dónde fuiste, mi amor?

Sé que estás enfadada. Recuerda, sin embargo, que por más que huyamos, siempre nos buscaremos y acabaremos encontrándonos. Imposible escapar de este sentimiento que es como una dentellada profunda en lo más sensible de la carne.

P.D. La señora Garner nunca me habló de tu amante. Yo mismo lo vi descolgándose desde tu ventana. Ojalá hubiese perdido la vista en ese mismo instante».

En un santiamén se me secó la boca. Se me humedecieron los ojos.

Me mojé los labios llevando la nota al pecho, apretándolo con el deseo inalcanzable de guardarlo dentro, cerca del corazón que ahora latía al son de aquellas palabras. Recé para que las cosas no fueran tan complicadas. Sin contar con nuestro consentimiento nos habían casado, y de algún modo nos las habíamos apañado para construir algo débil, pequeño, pero destinado a crecer. Un milagro diminuto y frágil que la desconfianza del conde, mis escandalosos secretos o los intereses del duque podían echar a perder.

Con movimientos rígidos abrí un cajón y guardé la nota. Puse todas las trabas mentales posibles para bloquear esa voz interior que me ordenaba acostarme y asentar las ideas hasta la hora del desayuno. Levanté la barbilla, llené los pulmones y entré en el dormitorio de mi esposo.

—¿Theo? ¿Theo, estás aquí? ¿Podemos hablar?

Imposible distinguir nada en mitad de aquella oscuridad tenebrosa. Regresé a mi alcoba, tomé una palmatoria con su vela encendida y volví sobre mis pasos. Pero en los aposentos del conde de Meroy no había nadie.

—¿Theo?

—Milady.

Miré por encima de mi hombro. Elinor acababa de aparecer, con una bandeja enorme que depositó sobre la mesa. La angustia que leí en sus ojos no se correspondía con la simpleza de la tarea.

Sentí una tenaza retorciéndome el estómago. No me preguntéis por qué, me temí lo peor.

—Milord ha salido a buscarla.

—¿Cómo que ha salido a buscarme?

—Con el mayordomo y varios hombres del servicio Al no encontrarla en todo Farnwood, y como nadie sabía de su paradero, la tormenta tan fuerte lo desesperó. Dicen los criados que ha salido, desquiciado como un león enjaulado al que de repente dejan en libertad.

51

No quise enamorarme

—¿Hace mucho tiempo de eso?

—Por lo que he podido averiguar, debió de ser pocos minutos después de que nos marchásemos nosotras.

—Eso son muchas horas.

—Lo son, milady. Están todos muy afligidos.

—¿Cuántos hombres quedan en la casa?

—No sabría decirle, milady. No creo que muchos. Como la señora Garner se ha marchado, no sé a quién preguntar.

—Busca a los lacayos, si queda alguno —la hostigué mientras me arrancaba el camisón sin dejar de caminar—. Y luego iremos a las cuadras. Puede que algún mozo se mantenga de guardia y pueda ayudarnos. Coged los candiles y abrigaos. Vamos a buscar al señor.

Reunimos un pequeño grupo somnoliento y agotado por las tareas del día, pertrechados con capas y linternas, barrimos toda la finca, las calles adyacentes y los alrededores. La virulencia de la tempestad no hacía más que aumentar y amenazarnos con una muerte inminente. Finalmente, tuve que doblegarme a la prudencia de los muchachos y ordenar el regreso a la mansión con las manos vacías y el alma encogida.

Cruzamos el acceso principal de Farnwood como una procesión de cadáveres. Un enjambre de criadas se abalanzó sobre mí, creo que por primera vez, sinceramente preocupadas por mi bienestar desde que me instalé en aquella casa.

—Santo cielo, milady, está usted empapada.

—¿Ha vuelto milord?

—No, señora. No se sabe nada, ni de él ni tampoco de los hombres que salieron acompañándolo.

—Subiré a mi dormitorio…

Theo y la cuadrilla aún no habían regresado. No nos habíamos cruzado con ellos durante la búsqueda. La tormenta no amainaba, todo lo contrario.

Empecé a temer por su vida.

¿Acaso les había ocurrido algo malo? Si Theo había sufrido algún daño yo solo tendría ganas de acabar con mi existencia. Lo amaba y lo había amado desde el momento en que lo vi. Todas aquellas discusiones, ponerme en riesgo con las ladies, rogar por su amistad… Burdas artimañas con las que llamar su atención. Ahora podía verlo.

—Oh, Elinor…

Mi eficaz doncella acababa de librarme, ni sabía cómo, de las prendas mojadas y se las había arreglado para vestirme de nuevo con ropa seca y caliente.

—Estarán bien, milady. Tenga por seguro que el conde retornará sano y salvo, no tiene

por qué inquietarse.

—Es muy tarde. Es muy tarde y yo le dije cosas horribles.

—Regresarán, milady. Le prepararé algo caliente que la ayude a dormir.

—¡No quiero dormir, Elinor! ¡Quiero que vuelva!

Me consoló como pudo, porque mi desazón y mi desconsuelo eran cada vez mayores. Me subió una infusión, otra para ella, y se sentó a mi lado frente al fuego, simplemente a estar, a confortarme con su compañía silenciosa.

—No pienso rendirme, Elinor —gemí al cabo de muchos minutos que fueron para las dos como cristales rotos—. Yo no sé si él quiere, pero yo no, no quiero perderlo. No me daré por vencida tan pronto.

—El conde la ama, milady. Puede que no lo exprese del modo que a usted le gustaría. Puede que incluso la vaya descubriendo poquito a poco, con todas sus virtudes. Que no sea un amor inmediato que llega de la noche a la mañana y arrasa con todo. Cada amor es distinto y todos son igualmente válidos.

—Hermosos.

—Cálidos.

—¿Sabes? No tenía intención de enamorarme. Solo pensé que me había caído en suerte un marido inteligente, atractivo, con una sonrisa mareante y que con el tiempo podíamos llegar a ser amigos. En beneficio de la convivencia. —Una lágrima solitaria rodó mejilla abajo. Corrí a enjugarla con el revés de la manga—. Pero esto que estoy sintiendo… esto que siento por él, esta desesperación, el ansia, la urgencia, no me lo habría figurado en la vida. ¿Qué haré si ha sufrido un accidente? ¿Qué haré sin él?

A esa espinosa cuestión no supo responderme. Tampoco mi llanto le concedió oportunidad. Solo se acercó en el sofá donde estábamos acomodadas y me rodeó con sus brazos delgados y fuertes. Aquel abrazo de hermana me calmó como un bálsamo milagroso que roza tus heridas y las cierra sin dejar huella.

Pasaron muchas horas antes de tener noticias. Rayaba el alba cuando un súbito ajetreo se adueñó de la casa y todos corrimos a ver lo que sucedía. Volvían los hombres que habían peinado el campo y los bosques buscándome, regresaba mi esposo, el conde. Todos empapados, cubiertos de barro de pies a cabeza, los semblantes agotados, ateridos de frío. Theo y uno de los lacayos, alto y de envergadura, igual que él, traían a rastras a un mozo, en apariencia herido.

—¡Avisen al médico! ¡Rápido! Hay varios hombres que precisan de ayuda.

—¿Y usted, milord?

—Yo estoy bien, estoy bien, ¡avisen al médico! ¿Se ha sabido algo de la condesa?

—Theo —lo llamé con debilidad desde la balaustrada de la escalera.

Sus ojos volaron a buscarme. Ansiosos, desesperados.

—Estoy aquí —dije con la voz entrecortada.

Subió las escaleras de tres en tres para abrazarme, enloquecido. Empapado de arriba abajo como si acabara de salir del río. Hundí la cara en su pecho, embriagada por su olor y por la tenue calidez que, pese al agua de lluvia, desprendía. Su mano derecha rodeó mi cuello sujetándome por la nuca y sus dedos entretejieron lazos con los mechones de mi cabello suelto.

—Estás bien, gracias a Dios, estás bien —murmuraba una y otra vez, igual que una letanía.

—Tienes que cambiarte de ropa, vamos a tu alcoba.

—¿Han llamado al médico? Fredick ha caído por un terraplén, hay varios hombres malheridos.

Me sentí terriblemente culpable. Si tan solo me hubiera molestado en avisar que salía… Solo había pensado en mí, en mi necesidad de sofocar la angustia, sin imaginar lo que podía desencadenar.

Alcé la mano con la intención de acariciarle el rostro y me percaté de que ardía. Atemorizada, la posé en su frente. La temperatura era demencial y el color de su piel había virado a una palidez grisácea inquietante.

—Hay que acostar a milord, ¡vamos! —reclamé de la servidumbre— ¡Ayúdenme!

—No me pasa nada, estoy… bien —aseguró cada vez con mayor fragilidad.

Dos lacayos se aprestaron a sujetarlo y lo condujeron a su dormitorio. Yo corrí para adelantarlos, seguida de Elinor, y entre las dos abrimos la cama y preparamos ropa seca. Su ayuda de cámara no estaba presente, era uno de los hombres lesionados.

—Yo lo cambiaré. Solo necesito a uno de ustedes para que me ayude —organicé con eficacia—. Elinor, que preparen un remedio contra los resfriados severos y usted —me dirigí al segundo lacayo—, ocúpese de que el doctor suba a visitarlo una vez haya revisado a los heridos más graves.

—Pero milady…

—Primero los heridos más graves —insistí firme.

Era cierto que Theo abrasaba. Y que progresivamente iba perdiendo las fuerzas y el conocimiento. Como si su cuerpo las hubiera conservado aun estando al límite, para poder volver, poniendo a salvo a los lastimados. Me senté en el borde de su cama, tomé su mano y la sostuve entre las mías. Todo él sudaba copiosamente.

Que mantuviera los ojos cerrados me destruyó por dentro, me convirtió en pequeños pedazos rotos.

52

Una promesa de vida

—Sarah —balbuceó.

—No te esfuerces. Tienes mucha fiebre. He mandado llamar al médico, no tardará en venir…

—Sarah… —Atrapó una de mis manos y se la llevó a la mejilla. Luego me la besó. Una y otra vez.

Así nos quedamos, en silencio, sin querer soltarnos, sin apartar mis ojos de la comisura de su deseable boca. No pude reprimir el impulso: me levanté, me incliné sobre él y lo besé en los labios.

—Gracias por buscarme —susurré cerca de su oído.

—No tenía más remedio. Te quiero más que a mi vida, ¿crees que sobreviviría si te perdiera?

—Yo no lo haría.

—Pues en eso también nos parecemos. ¿Te has dado cuenta la cantidad de cosas absurdas en las que coincidimos?

Sonreí, porque una sonrisa que sale del alma, llenita de amor, expresa mucho mejor lo que una siente que una montaña de palabrería, por escogidas que estén.

—Sarah… Mi amor… —Para mi alivio, por fin separó los párpados y me regaló una mirada melancólica.

—Guarda fuerzas, hazlo por mí hasta que llegue el médico.

—Solo es un enfriamiento —recitó muy despacio.

—Que debemos procurar que no se convierta en nada más. Nos queda tanto por hacer…

—Queda —convino con esfuerzo—. Porque no pienso arrojar la toalla tan pronto. El matrimonio es una promesa que lleva toda una vida cumplir. Y por muy acertados que estemos al elegir compañero, nadie cumple a la perfección todas nuestras expectativas.

—Shhh…

—Si renunciáramos a la lucha cada vez que enfrentamos un bache, nuestra promesa sería débil como el cristal y tan inútil como el humo.

¡Cielo santo! ¡Qué preciosos pensamientos!

Un nudo espantoso se engarfió en mi pecho, apretando hasta impedirme respirar. Necesitaba besarlo, abrazarlo y besarlo de nuevo. Gritarle a él y al mundo lo mucho que había llegado a amarlo, el modo infame y delicioso como había terminado convertido en parte de mí. Pero en lugar de dar rienda suelta a todo aquel tornado de emociones, me contenté con besarlo en la frente.

—Amaina la tormenta —observó volviendo a cerrar los párpados.

—Y el médico ya está aquí.

—Por todo lo sagrado, querida, no exageres, se trata de un simple destemple. Asustarás a

tu estimada Elinor por nada…

Me incliné con un movimiento rápido y lo besé por enésima vez en los labios.

—Calla de una vez, hombre testarudo. Obedecerás al doctor y te tomarás lo que te recete.

—No pienso morirme de esta.

—Pero sí permitirás que te mime, sin discutir ni poner inconvenientes.

—Solo si me besas otra vez.

—Ardes de fiebre…

—Se cura con besos. Lo he leído en alguna parte.

Tuve la precaución de dejar entreabierta la ventana que pensaba utilizar. Para no encontrar ningún obstáculo a la hora de escalar la fachada. Con mi ropa de faena favorita, pantalones negros ceñidos, camisa de hombre, máscara cubriéndome cabeza y cara, calzado especialmente confeccionado para las ladies por un artesano.

Mi adorable esposo llevaba dos días en cama por orden del médico, refunfuñando, chocando con todo y jurando por sus ancestros que su estado de salud era óptimo. Sus padres, los duques de Cleveland se habían desplazado hasta Farnwood para comprobarlo en persona y, debo admitir, que su trato para conmigo, en especial el del duque, fue mucho más amable y considerado de lo que cabía esperar.

Era probable que nos fuésemos todos a la tumba sin estimarnos en demasía, si bien con su nuevo comportamiento dejaban claro que su hijo les importaba. No solo como futuro cabeza del ducado, sino como parte de la familia. Y que estaban dispuestos, aunque no los hiciera especialmente dichosos, a respetar sus decisiones entre las que, para su infortunio y lamento, me encontraba yo.

Se abría una nueva etapa en nuestras vidas. Una puerta al destino que escribiríamos a dúo, de puño y letra, conforme a nuestros deseos y voluntades, con radiantes colores, distinto del que hasta entonces otros habían dibujado para nosotros a trazo grueso y precipitado.

Esa era la razón de que Sarah Chester, la ladrona, estuviera colándose a hurtadillas aquella noche en el dormitorio del conde de Meroy.

Lo sorprendí plantándome de un salto en mitad de la estancia. Su sobresalto hizo que el libro que sostenía entre las manos volara por los aires y cayera abierto al suelo. Luego, repasó con cierto asombro mi envergadura y, convencido de que podría empotrar al intruso en un muro con un simple revés de su brazo, bastante repuesto del susto, sonrió ladino y preguntó:

—¿Puedo saber quién es usted…, caballero?

Me arranqué el embozo que me tapaba el rostro y lo atrapé con una sonrisa que era toda perversión.

—El mismo al que milord cazó deslizándose por la fachada desde los aposentos de la condesa. Una vez descubierto, no me ha quedado más remedio que venir a mostrarle mis respetos.

De repente sus ojos eran todo pupilas.

—T… ¿Tú?

—Yo, milord. La misma que viste y calza. No hay amante.

—¿Lord Burgundy no…?

—Seguramente le habría gustado, y no quiero que suene petulante, pero no.

—Has sido tú todo el tiempo. También la sombra que confundió las ideas de la señora

Garner.

Asentí mientras me deslizaba hacia su lecho, despojándome de las prendas que cubrían mi cuerpo anhelante a medida que avanzaba.

—¿Por qué no se lo aclaraste?

—¿Y rendir cuentas ante el servicio? —sonreí lobuna—. Querido, no es propio de una condesa. Ella debió hablarlo conmigo antes de… —Salté sobre la cama y quedé a cuatro patas casi sobre él— envenenarte con sus maledicencias.

—No llegó a… ¡Oh, diantres! ¿Qué hacemos perdiendo el tiempo?

Tiró de mí casi con violencia y quedé tumbada con él debajo. Nos entregamos a una algarabía interminable de besos y dulces mordiscos, aderezados con jadeos y largos suspiros de placer.

—Dime que tus caricias siempre han sido para mí —me exigió con voz ronca y oscura.

—Esto es lo que viste huyendo de mi alcoba. Me gusta escapar por la noche. —Le mordisqueé el lóbulo de la oreja y me recreé en su estremecimiento—. Asaltar mansiones. —Lamí la piel sensible de su cuello, junto al nacimiento de su mandíbula—. Soy una peligrosa ladrona.

Mi esposo dejó ir una carcajada de incredulidad mientras terminaba de desnudarme por completo y sus manos recorrían mis muslos buscando el centro de todos mis placeres.

—Debes dejar de leer tantos libros de aventuras, querida. No te convienen.

Suspiré con fingida resignación. Por completo entregada a las llamaradas que iban surgiendo y que no tardarían en convertirse en hoguera.

—Con el tiempo, si algún día lo descubres, amor mío, no te atrevas a decir que no te lo confesé.

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN por estrellas / COMENTARIO u OPINIÓN (lo que prefieras) en Amazon. Apoyarás mi esfuerzo y me ayudarás a difundir la novela. Tú, lectora, eres fundamental para proseguir mi trabajo. **¡Deseo seguir regalándote muchas horas de diversión!**

¡¡EMPEZAMOS SERIE NUEVA!!

«Calle de Madrid»

«LA HIJA DEL MARQUÉS»

Cómprala en PREVENTA con un 25% de DESCUENTO

EMPIEZA A LEERLA:

Empieza a leer…

Una terrible desgracia

A aquellas horas, una casa insigne en el número diez de la calle del Barquillo, en Madrid, dormía plácida.

Lo hizo hasta que aquellos golpes apresurados en la puerta principal quebraron la paz de las rutinas mañaneras, alteraron los nervios de las criadas que subían y bajaban escaleras cargadas con sábanas limpias, y envararon al mayordomo que, en el comedor de servicio, degustaba un espléndido café recién hecho.

—¿Qué son esos ruidos espantosos? ¿Alguien pretende echar la casa abajo?

—Llaman a la puerta, señor Cortés —informó un criado con librea, al estilo de los lacayos ingleses.

El mayordomo frunció el ceño, resistiéndose a abandonar su cómoda actividad, buscando con pupilas irritadas al ama de llaves, sin encontrarla. No obstante, la insistencia de quien fuera aporreando la puerta lo obligó a levantarse.

Con un resoplido. En las buenas casas, es el mayordomo quien debe recibir a las visitas. Sin embargo, ninguna visita medianamente honorable golpeaba de aquella forma una puerta principal. Ni por asomo.

Estiró el chaleco desde los bajos, alzó el mentón y tratando de olvidar lo delicioso que estaba el café que había tenido que abandonar, procedió a la apertura.

Desde luego, ni en sus peores pesadillas hubiera esperado encontrar lo que aguardaba tras los gruesos maderos. Un joven alto y bien parecido, con el rostro desencajado y una silueta inánime, desmadejada, en sus brazos, tratando de entrar sin siquiera ser invitado.

—¡Abran paso! ¡Avisen a un médico! ¡Un médico!

—¿Puedo preguntar quién…?

El riguroso señor Cortés se mordió la lengua y no acabó la frase cuando sus ojos se abrieron con desmesura. Al acercarse un poco, pudo reconocer el rostro pálido de la muchacha sin sentido, que no era otra que su señorita, la hija de su patrón, el marqués. Venía sucia, con el pelo revuelto y le faltaba un zapato.

No entendía nada.

La señorita debía de estar durmiendo en su alcoba, era muy temprano, todavía no se habían servido los desayunos de la planta noble. ¿Qué diablos estaba ocurriendo?

—¿Piensa quedarse ahí plantado como un pasmarote? Esta joven precisa de asistencia urgente. ¡Dígame donde puedo acomodarla!

El vozarrón del desconocido acabó de perturbarlo. Sin necesidad de mirar, podía adivinar al grueso de los criados a sus espaldas, observando la escena como bobalicones almidonados.

—¿Quién es usted? —logró balbucear muy confundido.

—¿Acaso eso importa? —Elevó ligeramente los brazos y con ello, a la muchacha, como señalándola— ¿La conocen?

—Me temo que eso no es asunto suyo.

El joven puso los ojos en blanco. Cualquiera más avispado que el señor Cortés, cuyos

intereses se reducían a la impecable marcha de la casa donde servía, se hubiese dado cuenta de que empezaba a impacientarse.

—Siento llevarle la contraria, lo es si la joven me ha indicado una dirección equivocada.

—¿Ella le ha dicho que la traiga?

—En los breves segundos en que recuperó el sentido, sí.

—¿Qué ha pasado?

—La he atropellado con mi coche.

El corazón y el estómago del señor Cortés sufrieron un espasmo que estuvo a punto de enviarlo al otro barrio. Se tambaleó con evidente peligro al tiempo que indicaba la puerta abierta a un coqueto salón de visitas.

—Ahí… en el sofá. ¡Andrés!

El chico del servicio llegó corriendo a saltos.

—Señor Cortés.

—Avise a la señora Manuela. Que dé cuenta de la desgracia a los señores. ¡Teresa!

—Sí, señor Cortés.

—Llame con urgencia al doctor Ferrer. Que venga de inmediato.

—Por fin algo de efectividad y diligencia —farfulló el joven adentrándose en la estancia, depositando con cuidado a la muchacha en un sofá que le pareció la mar de incómodo.

—Le aseguro que si algo sobra en esta casa es diligencia. Ha sido la parálisis del pasmo… —El señor Cortés fue repentinamente consciente de que se estaba excusando delante de un extraño, algo que su categoría no permitía en absoluto. Así que se calló.

Un extraño no demasiado bien vestido, por cierto.

En un puñado de minutos, un huracán parecía haberlo barrido todo, la casa estaba patas arriba. El marqués había ordenado que no se despertara a la señora y que, en lo posible, se impidiera que conociera la noticia hasta que el médico hubiese emitido un diagnóstico acerca del estado de su querida hija. El ama de llaves, doña Manuela, blanca como la cal y temblorosa, prescribía indicaciones a las criadas a fin de que cargaran con ollas de agua hervida, toallas y remedios del botiquín, por si acaso. Mientras el doctor, que estaba terminando de atender un parto, llegaba.

El marqués apareció en la sala, pulcramente vestido de mañana y doña Manuela corrió despavorida a su encuentro.

—Deberíamos trasladarla a su dormitorio, señoría —susurró al oído de su patrón, restregándose las manos con nerviosismo.

—No creo que sea buena idea —los interrumpió el desconocido—. Quién sabe qué lesiones pueda padecer, no es conveniente moverla…

—En apariencia solo ha perdido el conocimiento —observó demudado el mayordomo.

El joven del que nadie sabía su nombre lo fulminó con una dura mirada de reproche.

—Las lesiones internas, las que no se ven y solo puede descubrir un médico, a menudo son las más peligrosas.

—¿Hace cuánto que ha ocurrido? —quiso saber el marqués, rígido como un tronco, con las suelas de sus lustrosos zapatos pegados al suelo, sin permitirle avanzar un solo paso.

El desconocido, mucho más cerca de la herida que su padre, desvió la mirada y la observó con aflicción.

—Un par de horas… Aproximadamente.

—¿Un par de horas? —bramó el marqués, que por fin parecía ir saliendo de su sopor— ¿Cómo se le ocurre no traer de inmediato a la señorita a su hogar?

El joven se irguió cuan alto era. Ofendido y algo irritado por la recriminación.

—¿Quizá porque no la conozco, ignoraba hacia dónde dirigirme y la señorita no estaba en condiciones de facilitarme dato alguno?

—Señoría, entiendo que esto es intolerable… —se entrometió el señor Cortés.

—¿Quizá porque puse por delante la salud de la señorita y salvarle la vida propiciando que la viera un médico, siguiendo a pies juntillas sus indicaciones?

El marqués de Bonagua agachó la cabeza y todo su ilustre ser pareció encogerse.

—Tiene usted razón. Deberíamos ser más agradecidos.

—¿Agradecidos? —se oyó una voz femenina y aguda por la espalda— ¡Es él quien la atropelló!

—Querida, ¿qué haces que no estás en la cama?

La marquesa cruzó por delante de todos ellos como un tornado imparable. Se arrodilló junto al diván y tomó la mano inerte de su hija, con lágrimas en los ojos.

—Ya llegó el doctor —anunciaron a dúo dos criados—. ¡El médico! ¡El médico ya está aquí!

CONTINUARÁ…

Sígueme en Amazon Author ☺

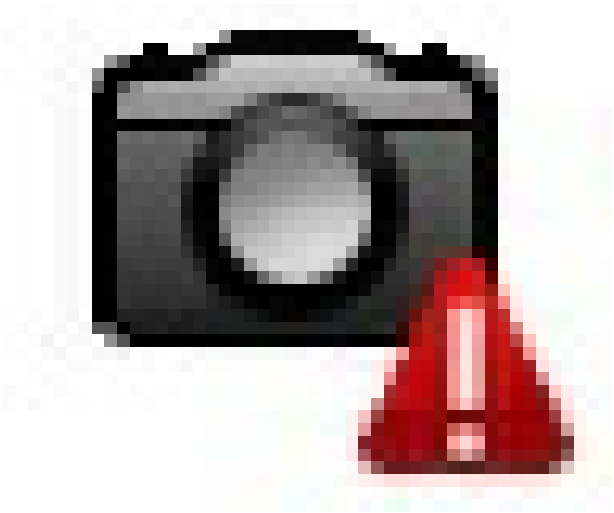
SERIE
«LAS LADIES»
COMPLETA:

Amor, humor, pasión y aventuras en la
Inglaterra de la Regencia.
6 mujeres más que atípicas.
Un entretenimiento insospechado.
6 sublimes historias de amor que todo lo puede.

EL MARQUÉS Y LA LADRONA:

Enlace Universal: https://mybook.to/marquesladrona





Empieza a leer GRATIS:

https://goo.su/7yNvS

UN SUEÑO PARA UNA DAMA:

Enlace Universal: https://mybook.to/suenoparaunadama



Empieza a leer GRATIS:

https://acortar.link/MHPm3I

JAQUE AL CABALLERO:

Enlace Universal: https://mybook.to/jaquecaballero



Empieza a leer GRATIS:

https://acortar.link/Jd3X1Q

LOS DESEOS DE MILORD:

Enlace Universal: https://mybook.to/deseosdemilord



Empieza a leer GRATIS:

https://acortar.link/xzlaVj

UNA PROFECÍA PARA MILADY:

Enlace Universal: https://mybook.to/profeciaparamilady



Empieza a leer GRATIS:
https://l1nq.com/4XA1e

SERIE
«GUANTE DE SEDA»

Amor, humor, pasión, aventuras, misterio y secretos familiares en la Inglaterra de 1815

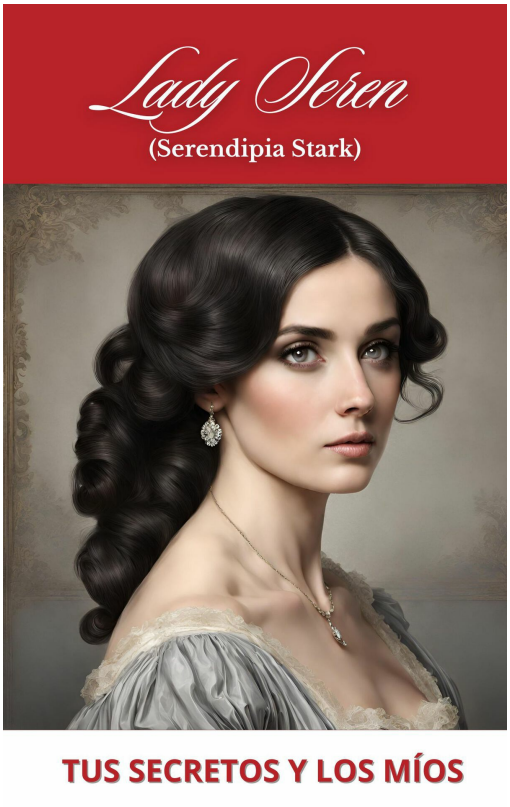
Cuando las mujeres se necesitaban más que nunca y sin embargo, eran rivales

Sororidad, capítulos cortos, mucho diálogo, lectura ágil, diversión asegurada

¡¡Muy Bridgerton!!

TUS SECRETOS Y LOS MÍOS:

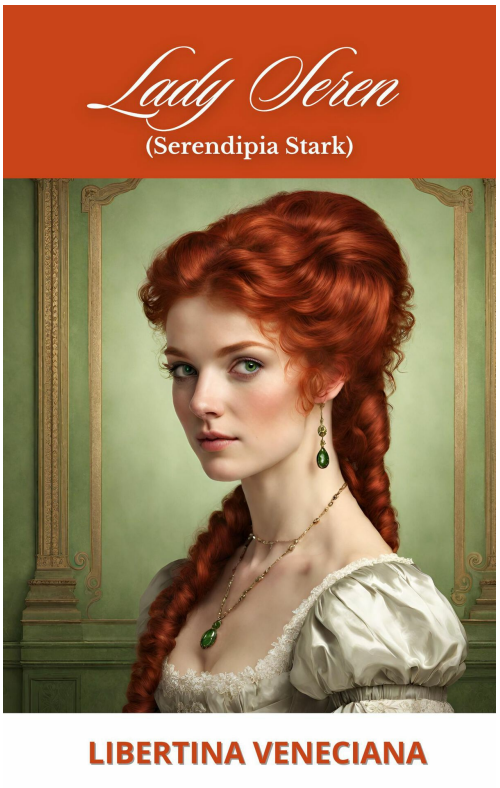
Enlace Universal: https://mybook.to/tussecretosylosmios



Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/Yp80Sv

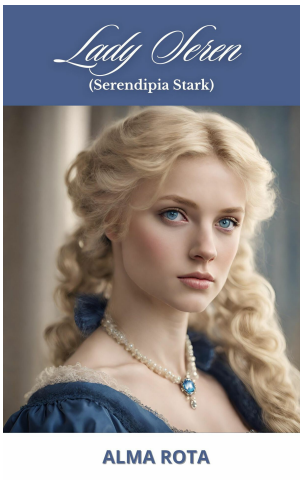
LIBERTINA VENECIANA:

Enlace Universal: https://mybook.to/libertinaveneciana



Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/FioXD8

ALMA ROTA:
Enlace universal: https://mybook.to/almarota



Empieza a LEER GRATIS:
https://acortar.link/WjifpE

DELICIOSO GRANUJA:

Enlace Universal: Comprar aquí



Empieza a LEER GRATIS:
https://acortar.link/m87EcW

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN por estrellas / COMENTARIO u OPINIÓN (lo que prefieras) en Amazon. Apoyarás mi esfuerzo y me ayudarás a difundir la novela. Tú, lectora, eres fundamental para proseguir mi trabajo.
¡¡GRACIAS!!

Agradecimientos

Llegué hasta aquí, triste y decepcionada. Por muchas cosas. Perdida la ilusión por escribir, algo que antes, que siempre, me había llenado el alma. En serio, os digo que pensé que jamás saldría de mi teclado una nueva historia. Pero uno de esos ángeles sin alas que andan rulando por la tierra, me agarró las mechas y me puso marcando el paso. Me enseñó que hay que ser fiel a la esencia con la que naciste, que todos los esfuerzos merecen la pena, que si había que derrumbar lo que construí por muchos años y empezar desde cero, ahí estaba su mano. Y la tomé, vaya si la tomé. Y no viviré lo suficiente como para agradecértelo, mi querida L. Marie.
Y a mis lectoras cero, algo más que mi agradecimiento. Todo mi amor. ¡¡Formamos un pedazo de equipo!! Siempre juntas, chicas, hasta las tantas de la mañana, que sarna con gusto no pica.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «Por el amor del conde de Meroy» de entre toda la oferta actual. Que haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie.
Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases una valoración, comentario o reseña en la plataforma de venta. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores, supone un apoyo vital. De nuevo gracias.

Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.
Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales? Quedas advertida, te vas a divertir.

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora
https://www.instagram.com/serendipia_stark_escritora/

FACEBOOK: Serendipia Escritora
https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/